

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

MAYO-JUNIO



2000

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca, 2000

Sumario

	<u>Págs.</u>
Del Señor Obispo	
CARTAS	
La Pascua, ¿una fiesta de primavera?	269
Familia y uniones de hecho	271
Apóstoles santos a tu Iglesia	272
La salud y el trabajo	274
Jubileo de los enfermos	275
Comienzo de una nueva cercanía	277
Pentecostés	278
Huellas de la Trinidad	280
Es el día del Señor, es decir de la Caridad	281
La Iglesia ora por Pedro	283
HOMILÍAS	
En el domingo de “Carnes Tollendas”	285
Domingo de Ramos	287
Jueves Santo	289
Vigilia Pascual	291
Domingo de Pascua	292
En la festividad de San Juan de Ávila	294
Vida Ascendente	298
En el Jubileo de las familias	302
Vigilia de Pentecostés	307
En la festividad de San Juan de Sahagún	311

	<u>Págs.</u>
ARTÍCULOS	
Apostolado Seglar	315
La Eucaristía y la celebración de la Eucaristía en la Iglesia	323
Exposición en Calatrava	334
DECRETOS	
Decretos	335
OTROS	
Decreto de elección de San Juan de Sahagún, San Juan de San Facundo González de Castrillo, como patrono celestial de la Policía Municipal de Salamanca	339
 Curia Diocesana	
CANCELLERÍA-SECRETARÍA	
Acta de la reunión del Consejo Presbiteral, 15 de noviembre de 1999	341
Actas dedicación de nuevos templos:	356
Dedicación de la iglesia de San Juan de Mata	356
Acta de la dedicación del templo de la Sagrada Familia en la parroquia de la Santísima Trinidad, Diócesis de Salamanca	358
Convenio de colaboración entre el Consorcio "Salamanca 2002" y el Obispado de Salamanca	359
TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO	
Edicto	362
DELEGACIÓN DIOCESANA DE APOSTOLADO EN CARRETERA	
Juntos en el camino	363

Crónica Diocesana

	<u>Págs.</u>
VI Encuentro Regional de Catequistas	367
Bodas de oro y plata sacerdotales	367
Ordenaciones sacerdotales	368
El convento de las "Dueñas" abre un museo de "La Negrita"	368
Inaugurada la Exposición "Miradas 2000. La figura de Jesús"	369
Peregrinación diocesana al sepulcro de San Juan de Sahagún	370
Gran devoción al Cristo de Cabrera	370
Jornadas de fin de curso	371
XVI Encuentro Internacional de Convivencia Espiritual	372
Necrológicas	372

Iglesia en Castilla y León

Actas del II Encuentro de delegados diocesanos de MCS de la Región del Duero	375
---	-----

Iglesia en España

Mensaje del Comité Ejecutivo de la CEE en el 80 cumpleaños de S.S. Juan Pablo II	379
Mensaje del Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar: "Apostolado Seglar en Pentecostés"	382
Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en el Día de Caridad en la festividad del Corpus Christi	385

	<u>Págs.</u>
Iglesia en el Mundo	
Homilía de su Santidad Juan Pablo II en la misa de beatificación de los pastorcitos de Fátima, Francisco y Jacinta	389
Colaboraciones	
Dedicación de la nueva iglesia de San Juan de Mata	395
Testimonio sacerdotal	397
Acceso a la figura de Jesús por el arte: sobre la exposición "Miradas 2000" en el Seminario de Calatrava	403
25 Aniversario del Beato José María Escrivá	407

Del Señor Obispo

CARTAS

La Pascua, ¿una fiesta de primavera?

No es fácil determinar la fecha en que la Iglesia comenzó a celebrar la Pascua una vez al año. Tampoco es fácil señalar si el inicio de la celebración anual de la Pascua apareció a un tiempo en todas la Iglesias. Tal vez por eso hay actualmente una tendencia a presentar la fiesta cristiana de la Pascua como una fiesta de primavera simplemente. La tendencia ecologista y a la vez naturalista y la vuelta a esa especie de paganismo ingenuo, tan al uso de la religiosidad *new age*, inevitablemente lleva a esa conclusión: una fiesta agrícola de primavera ha sido adaptada bellamente al renacimiento de Jesús, pretendido hijo de Dios, que sale del sepulcro después de morir.

¿Es así realmente? Parece afirmarlo el hecho de que la fiesta de Pascua coincide siempre (en el hemisferio norte) con una serie de circunstancias que no han pasado inadvertidas a predicadores y teólogos cristianos: la primavera, el equinoccio y la luna llena. Por otra parte, la tradición cristiana, inspirándose en la tradición hebrea, ha considerado la Pascua como aniversario de la creación. Todo lo cual ha contribuido a consolidar la impresión de que la Pascua es una fiesta de primavera simplemente.

Lógicamente, hay una relación entre la creación y la alianza. Pero justamente hay que decir que la Pascua no se sitúa en el mes hebreo de Nisán por ser éste el primer mes del año y el aniversario de la creación. Por el contrario, Nisán es el primer mes del año y el aniversario de la creación por celebrarse en él la fiesta de Pascua. Quiero decir que el tema de la creación hay que entenderlo en función del tema de la Pascua.

Cuando nos preguntamos si la Pascua es una fiesta de primavera, en realidad nos estamos preguntando por el contenido de la fiesta de Pascua. ¿Qué celebramos? ¿Celebramos el renacimiento periódico de la vida, de la energía, de la luz? En absoluto. El cristianismo es una religión histórica, cuyo punto de partida es la intervención libre y espontánea de Dios en la historia de los hombres. El culto cristiano no celebra el rodar cíclico y permanente de las estaciones, sino esas intervenciones salvíficas de Dios en la historia que culminan en Cristo, en la plenitud de los tiempos. Y esto hay que decirlo especialmente de la celebración de la Pascua.

Otra cosa es que el entorno cósmico de la Pascua en el plenilunio de primavera confiera a esta fiesta un colorido especial, que la teología y la predicación cristiana han utilizado por motivos eminentemente pedagógicos. El fenómeno cósmico de la primavera es indudable que ofrecen al predicador unas analogías impresionantes con el contenido salvífico y regenerador de la Pascua. No son tan sosos los cristianos ni la liturgia cristiana como para no apreciar el ingrediente lírico que tiene su fe.

Pero el contenido nuclear de la Pascua es el triunfo de Cristo sobre la muerte, su paso de este mundo al Padre y, en definitiva, el inicio de un proceso de transformación en el que se ve inmersa la historia de los hombres y hasta la creación entera. Interpretar la Pascua únicamente con referencia a la primavera, desvincunlándola del acontecimiento de la resurrección de Jesucristo, es privarla de su contenido fundamental y definitivo. ¿Cómo podrían, si no, celebrar la Pascua con autenticidad las comunidades cristianas que viven en un hemisferio distinto del nuestro, en el que el rodar periódico de las estaciones y de los ciclos no es coincidente con el de la cuenca del Mediterráneo en la que nace el Cristianismo?

Familia y uniones de hecho

Resuena todavía la súplica del Papa, cuando decía en marzo en Nazaret: *“Pido a la Sagrada Familia que nos inspire a todos los cristianos para defender a la familia contra las numerosas amenazas que actualmente pesan sobre su naturaleza, su estabilidad y su misión”*. La nueva situación cultural ha producido tantos cambios en la concepción de la persona, que no tardan en reflejarse en disposiciones legales, que crean confusión. Pondremos dos ejemplos recientes.

El 16 de marzo último, el parlamento Europeo aprobó una resolución sobre los derechos humanos en la UE. En el texto el Parlamento Europeo solicita a los estados que todavía no lo han hecho que adecúen sus legislaciones para introducir la convivencia registrada entre personas del mismo sexo y para reconocer legalmente la convivencia fuera del matrimonio independientemente del sexo, constata también la necesidad de realizar rápidos progresos en el reconocimiento recíproco de las diferentes formas de convivencia legal de carácter no conyugal y de los matrimonios entre personas del mismo sexo existentes en la Unión Europea.

¿Se pueden equiparar con el matrimonio cualquier tipo de convivencia entre dos personas, incluso del mismo sexo? ¿En nombre de qué filosofía política se puede pedir a los Estados miembros una modificación de sus ordenamientos legales en estos temas? Resulta llamativo el interés de legislar para los que optan “de hecho” por situaciones sin ley, sobre todo cuando esas parejas pueden acogerse a ellas. ¿No es incoherente hablar de situaciones privadas y libres y reclamar legislación pública sobre ellas?

Esto sencillamente es un grave atentado contra la familia fundada en el matrimonio civil o religioso (católico o no), como unión de amor y de vida entre un hombre y una mujer, de la cual naturalmente nace la vida. Y en el fondo, negar esta fundamental y elemental verdad sobre el ser humano llevaría a la destrucción del tejido social. Algo muy serio.

“Una cosa es el tratamiento legal especial –ha declarado recientemente el Obispo de Ciudad Rodrigo– que evite discriminaciones e injusticias, por ejemplo, en el ámbito de las pensiones o de la transmisión de bienes entre personas que conviven durante mucho tiempo, para lo que

bastaría una aplicación oportuna de la legislación vigente, y otra muy distinta equiparar jurídicamente esa convivencia con el matrimonio y la familia". Debería ser claro que la reglamentación de estas uniones civiles no debería hacer referencia al matrimonio, civil o religioso, equiparando ambas realidades de naturaleza humana y social muy diversa. Pero ahí está la confusión pues se quiere reconocer un pseudomatrimonio. Y la víctima de todo este barullo es siempre la familia. ¿No sería mejor confesar que se quiere conseguir esta equiparación para ir en contra del matrimonio religioso y el civil? Así se ha confesado ya.

El otro ejemplo es el registro municipal de parejas de hecho aprobado por el Ayuntamiento de Ciudad Rodrigo, cuestionado por el obispo civitano: ¿qué hacer con las parejas que no aceptan el matrimonio civil o religioso? Pero aquí lo sorprendente son las declaraciones del alcalde, cuando pretende explicar el caso diciendo que una cosa es la autoridad eclesiástica y otra la municipal. No es el matrimonio eclesiástico el atacado, es el matrimonio y la familia independientemente de que ésta haya nacido de una boda civil o religiosa.

Apóstoles santos a tu Iglesia

La semana del 7 al 14 de mayo ha sido una semana fuertemente vocacional, precedida por la ordenación de 3 presbíteros y 1 diácono de la Orden de san Agustín, continuada con la preparación y el Jubileo de los sacerdotes seculares de nuestra Iglesia de Salamanca y culminada con la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones de especial consagración este domingo, en el que 2 sacerdotes y 10 diáconos serán ordenados por mí en la Catedral Vieja. Nuestra Diócesis contará con un nuevo sacerdote y esa decena de diáconos, unos religiosos y otros de la diócesis de Bata (Guinea Ecuatorial) y de Santo Domingo.

El Papa nos invita en el mensaje para este día a reflexionar sobre el don que es la llamada divina, pero afirma algo que me parece muy sugestivo: "*Cristo revela plenamente el hombre al hombre y le comunica su altísima vocación*" (GS, 22), escondida en el corazón del Eterno. El misterio

del Verbo encarnado será plenamente descubierto sólo cuando cada hombre y cada mujer sean realizados en Él, hijos en el Hijo, miembros de su Cuerpo místico que es la Iglesia.

Sabemos lo difícil que resulta transmitir hoy la fe. Hace falta “*una determinada determinación*”, como decía santa Teresa, para empeñarse en anunciar y convencer que ser cristiano es una altísima vocación y, sobre todo, una muy cierta posibilidad de conseguir la felicidad que tanto ansia el ser humano. Por eso hay que orar para que, como a los de Emaús, puestos a la mesa con Jesús, a muchos de nuestros jóvenes y adolescentes se les abran los ojos y reconozcan a Jesús. La eucaristía de este domingo, pues, constituye el momento culminante en el que Jesús, al darnos su cuerpo inmolado y su sangre derramada por nuestra salvación, descubra el misterio de su identidad e indique el sentido de la vocación a cada creyente.

Hemos de pedir en este domingo que especialmente el corazón de los jóvenes, que puede estar vacío por tantas cosas que anhela y quiere probar, que puede estar pesaroso por la falta de esperanza y de perspectiva de vida auténtica, se apacigüe con las palabras de Jesús, y conduzca Él al puerto de la vocación a los que llama a continuar en el mundo su servicio de maestro y guía de la humanidad. Pidamos igualmente por los que, fascinados por Jesucristo, están ya en los seminarios y casas de formación preparando ese seguimiento del Señor en el ministerio sacerdotal y en la vida religiosa.

Pidámosle a Dios que Jesús cree en muchos jóvenes y muchachas el deseo de una vida plena de cosas bellas y santas y que ese deseo no quede sin la respuesta de la belleza de la vida contemplativa o de la consagración por el reino de los cielos. Oremos, además, para que Cristo dé a conocer a muchos que la evangelización nace en Él como un río nace en su manantial, y que de esa fuente surjan nuevos apóstoles, nuevos misioneros que sean fermento evangélico entre las gentes.

Y orad también, cristianos laicos, por nuestros sacerdotes y las personas consagradas. Han sido elegidas por el Señor y enviadas por la Iglesia al mundo para anunciar con vosotros el Evangelio y dar la gracia que santifica y salva. Sin la vitalidad y el vigor evangélico que sólo Dios puede dar no puede mantenerse vivo el testimonio de Jesucristo que todos los miembros de la Iglesia hemos de dar. Orad por los sacerdotes que celebran este año su jubileo de los 50 y 25 años de ordenación. Orad por los nuevos ordenados, y orad por mí, para que mi ministerio sea fecundo.

La salud y el trabajo

El día 1 de mayo se celebró en Tor Vergata, a las afueras de Roma, el Jubileo de los trabajadores, que la Iglesia de Salamanca celebrará el sábado día 27 de mayo. En torno al Papa se congregaron obreros, estudiantes, desempleados, hombres del mundo de las finanzas, políticos, empresarios... casi 200.000 personas. Ha sido un 1 de mayo histórico. Por primera vez se unió en una sola fiesta el carácter religioso y civil de la fiesta de los trabajadores. De hecho, se unieron al encuentro jubilar sindicatos de izquierda, centro y derecha, algo que hace tan sólo algunos años hubiera parecido un disparate. Era masiva la presencia de jóvenes, en especial de la Acción Católica, y de otros movimientos cristianos obreros y no obreros.

El momento culminante fue la celebración eucarística, presidida por el Papa y su sucesivo encuentro con representantes del mundo del trabajo en todas las categorías, que comenzó con un saludo dirigido al Santo Padre por Juan Somavía, Director de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). El Papa subrayó la necesidad de no desvincular nunca el progreso de la economía de los puntos firmes de la ética, especialmente en este Jubileo, que definió como momento importante de redescubrimiento del sentido del trabajo: *“Las nuevas realidades que embisten con fuerza el proceso productivo, como la globalización de las finanzas, de la economía, de los comercios y del trabajo, no tienen que violar nunca la dignidad y la centralidad de la persona humana, ni la libertad y la democracia de los pueblos”*, afirmó Juan Pablo II.

Esta dignidad de la vida humana está atacada en su raíz con la situación sufrida por los accidentes laborales y el deterioro de la salud en el trabajo. Tres trabajadores mueren cada día en España en accidentes laborales y otros cuarenta sufren graves secuelas físicas y psíquicas que a veces les dejan incapacitados de por vida. La precariedad laboral y el incumplimiento de las normas de seguridad parecen las principales causas de un problema social más grave, por el número de víctimas, que el terrorismo, aunque sea éste más deleznable por su maldad intrínseca. Pero el problema de la seguridad en el trabajo pasa casi desapercibido.

Para la Jornada Internacional por la Salud Laboral (el 28 de abril pasado) los Obispo de la Conferencia Episcopal escribimos una nota, en la

que llamábamos la atención para que todos (Administración, empresas, sindicatos, y los mismos trabajadores) cumplan las leyes de prevención existentes y se pongan cada vez más medios para mejorar las condiciones laborales, desde el propio contrato de trabajo hasta los aspectos de seguridad e higiene. Es una cuestión de defensa de la vida, que obliga a todos y cada uno.

También quiere unirse a este aspecto del mundo del trabajo que es la salud laboral, la HOAC diocesana, que con la pastoral obrera prepara con ilusión el Jubileo de los trabajadores. Es un asunto que debe interesar cada vez más a los salmantinos, si es que somos capaces de enfrentarnos a problemas que han de solucionarse. Para ello es necesario combatir la resignación, denunciar las responsabilidades, convertir la salud en el trabajo en una prioridad social, promover el respeto efectivo de los derechos laborales y combatir la precariedad en el trabajo, exigir el cumplimiento de la ley de prevención de riesgos laborales, fomentar la cultura de prevención, etc.

Jubileo de los enfermos

El Jubileo de los Enfermos es una ocasión entrañable dentro de nuestro calendario jubilar. La Pastoral de la Salud ha preparado con mimo la celebración en los tres ámbitos en los que trabaja: parroquias, hospitales, residencias. Es además Jubileo especial. No olvidemos lo dicho por la Bula de convocación del Año Jubilar acerca de dónde obtener la indulgencia: *“en cada lugar, yendo a visitar por un tiempo conveniente a los hermanos necesitados o con dificultades (enfermos, encarcelados, ancianos solos, minusválidos, etc.), como haciendo una peregrinación hacia Cristo presente en ellos”*.

Esto nos lleva a dirigir una mirada a nuestro mundo, que es el mundo de Dios y de nuestros hermanos enfermos, que pueden ser manipulados por ser más débiles, por ejemplo por medio de la ingeniería genética o tratando de “normalizar” la “muerte asistida”. Los progresos técnicos en la medicina y la sanidad merecen una alabanza unánime, siempre que estén acompañados por un suplemento ético.

Gracias a Dios, la salud humana y la enfermedad son entendidas cada vez más con una concepción global, que abarca a la persona entera y, por tanto, reclama la atención de muchos profesionales sanitarios y sociales. La actividad de estos profesionales de la salud tiene un valor inestimable de servicio a la vida. Amor al prójimo lo llamamos los cristianos. Los profesionales cristianos de la salud y la enfermedad juzgan, por ello, aparte de ver su comportamiento a la luz de la razón humana, como sus compañeros no creyentes, que la figura y el valor del ser humano le ha sido revelado definitivamente en la palabra y el ejemplo de Jesús, el Hijo del Dios. Pero el resto de la comunidad cristiana tiene mucho que hacer en el campo de la salud y de la enfermedad. Como el buen samaritano, el cristiano debe mirar a su hermano enfermo, compadecer con él y actuar. En el fondo, si actuamos así, es el Señor quien acoge a los enfermos y quien es acogido en ellos. Peregrinar hacia el hermano enfermo.

Al ser humano, única criatura a la que Dios ha amado por sí misma, también si está enfermo, hemos de acogerle con la dignidad que tiene recibida de Dios. Bien lo sabe la familia que, en el dolor de cada uno de sus miembros, sufre toda entera, y sostiene y conforta, pero necesita a su vez ayuda. La familia no puede ser suplida tampoco en este campo de la enfermedad de cada uno de sus miembros.

La atención al enfermo por el personal médico-sanitario y social ha de ser realizada de forma supletoria, como si en el ámbito de la salud se ampliara el de la familia. Objetivo de la Pastoral de la Salud es que la parroquia y las diversas asociaciones apostólicas presten igualmente esta atención con los enfermos, los ancianos, sobre todo con los más pobres.

El dolor no es un triste patrimonio de los creyentes. La humanización del dolor tampoco les ha sido reservada en honoroso privilegio. Toda la comunidad humana está llamada a hacer suyas las actitudes del Buen Samaritano, que muchos Padres de la Iglesia compararon con la misma persona de Jesús. Por ello, todos tenemos el deber de recordarnos a gobernantes, educadores, creadores de opinión, empresarios y gestores, organizadores de pequeñas y grandes fundaciones que podemos prestar nuestra colaboración para ofrecer una sincera acogida y una eficaz compasión a los hermanos que sufren.

Comienzo de una nueva cercanía

Entre el último de los misterios de Cristo ya acontecidos, que es la Ascensión a los cielos, y el que aún esperamos que suceda, que es su segunda venida, hay un misterio del que somos contemporáneos: que Jesús está sentado a la derecha del Padre. A este artículo del Credo no le damos mucha importancia, pero en la tradición patristica estaba en el centro de la confesión de fe. Quiere sencillamente decir: Cristo después de su triunfo en la resurrección no ha dejado de ser hombre, sino que ha introducido a la humanidad en la gloria de Dios, porque su propia humanidad, que tomó de nosotros, ha sido glorificada.

¿No les extraña esa observación que el evangelista san Lucas introduce en el episodio de la Ascensión del Señor? Dice en su evangelio que los discípulos estaban alegres cuando volvieron del monte de los Olivos a Jerusalén. Esto no concuerda con nuestra psicología: la Ascensión del Señor era la última aparición del Resucitado; los discípulos sabían que ya no lo volverían a ver en este mundo. ¿Por qué estar alegres? Porque, a diferencia de la despedida del Jueves Santo, esta vez Jesús no se ha marchado a la muerte, sino a la vida. No está vencido, sino que Dios le ha dado la razón. Así, pues, hay razones para la alegría.

Pero hay una segunda anotación de san Lucas que también nos parece importante. Dice que Jesús extendió las manos y los bendijo. Mientras bendecía desapareció. La Ascensión es gesto de bendecir. Las manos de Cristo se han convertido en el techo que nos cobija y, a la vez, en la fuerza de apertura que abre hacia arriba la puerta del mundo. Se va bendiciendo, pero también cabe decir lo contrario: se queda bendiciendo.

La Iglesia oriental identifica la oración del Señor, en la despedida de la última Cena pidiendo para nosotros “*el otro Paráclito*” (Jn 14, 16), con la bendición del día de la Ascensión: las manos que bendicen son también manos suplicantes, manos orantes. De este modo no nos deja huérfanos y está con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

La Ascensión de Cristo no es un espectáculo para los discípulos, sino un acontecimiento en el que ellos mismos quedan introducidos. Es un *sursum corda*, un movimiento hacia arriba al que todos estamos llamados.

Nos dice que el hombre puede vivir hacia arriba, que es capaz de la altura. Más aún, que la única altura adecuada a la medida de la condición humana es la altura de Dios mismo. En dicha altura puede el hombre vivir, y sólo así lo entendemos correctamente. No se entiende al hombre cuando sólo se pregunta de dónde viene. Sólo se le entiende cuando se le pregunta también adónde puede ir. La Ascensión de Cristo imprime en nosotros el recuerdo de la grandeza. Nos enseña en profundo respeto y nos devuelve la alegría de ser hombre y mujer.

La Ascensión alegró a los discípulos. Sabían que ya nunca estarían solos y que estaban bendecidos. La Iglesia quiere que a nosotros, los discípulos actuales de Jesús, también nos embargue esa gran alegría que ya nadie podría arrebatararnos. Para que surja es preciso el encuentro con Cristo, posible sólo en la Iglesia. Un encuentro que es escucha íntima de las palabras del Señor, como sugiere la Escritura. A esta apertura nos invita la fiesta de la Ascensión. Con esta apertura entenderemos la gran alegría que nació aquel día, cuya aparente despedida fue en realidad el comienzo de una nueva cercanía.

Pentecostés

Esta es la tercera gran fiesta cristiana, culminación de los cincuenta días de la Pascua. Es la fiesta de la alegría de ser cristianos, el domingo en el que nos sentimos los creyentes orgullosos de tener el Dios que tenemos. Es el Jubileo del apostolado seglar. Pentecostés es el día del fuego, que nos transmite el gozo del Espíritu. Algo de lo que sintieron los apóstoles cuando Él descendió sobre sus cabezas y ellos salieron entusiasmados a anunciar la alegría de creer.

La alegría de creer. ¿Somos creyentes contentos de serlo? Un escritor no creyente decía algo preocupante: “*Con frecuencia me pregunto si los que creen en Dios le buscan tan apasionadamente como nosotros, que no creemos, pensamos en su ausencia*”. La frase es terrible, sobre todo si es verdadera, porque no deja de ser paradójico que muchos ateos busquen a

Dios con angustia y cierta pasión, porque no consiguen encontrarlo, y muchos creyentes –que tenemos la suerte de creer en Él– no sentimos el gozo y el entusiasmo de creer. “*Hemos logrado compaginar la fe con el aburrimiento y con la siesta* –decía J.L. Martín Descalzo–, *en una especie de extrañísima anemia espiritual*”.

La fe habría que compararla con un terremoto, no con una siesta. La fe es fuego, una pasión, no un puro asentimiento: ¿cómo se puede creer de veras que Dios nos ama y no ser feliz? ¿Cómo se puede pensar en Cristo sin que el corazón nos estalle?

Precisamente en la fiesta de Pentecostés, los discípulos de Jesús estaban aquel día tan tristes y aburridos como nosotros lo estamos con harta frecuencia. Creían, sí, pero creían sin coraje, con vacilaciones, con demasiado cálculo como para lanzarse a anunciar el nombre de Cristo. Pero descendió sobre ellos el Espíritu Santo en forma de fuego, cuando estaban con la Madre de Jesús orando, y ardieron. Y salieron todos a predicar, dispuestos a dar sus vidas.

¿Acaso a nosotros Dios nos ha dado el Espíritu con tacañería? ¿Se nos dio a nosotros en el Bautismo y en la Confirmación menos fuego, menos Espíritu que a los apóstoles? ¿Qué hemos hecho de nuestro Espíritu? Sabemos que la fuerza de Dios es aún más grande que nuestra mediocridad. Y que, a pesar de todas nuestras tacañerías espirituales, la Iglesia es magnífica, porque todos nuestros pecados manchan tan poco a la Iglesia como las manchas al sol. A pesar de todo, Cristo está en medio de nosotros como el sol, brillante, luminoso, feliz. Sí, ser cristiano es vivir siempre en primavera.

Resplandores de este sol, parte de ese fuego del Espíritu Santo es san Juan de Sahagún, nuestro santo Patrón, hasta cuyas reliquias peregrinaremos a la Catedral el lunes, día 12. Testigo del amor de Jesucristo, nos anima el santo agustino a ser buenos discípulos del Señor y a vivir con intensidad este Año Jubilar. A él acudimos para que lleve ante el Padre los deseos de renovación de nuestra Iglesia, el propósito de estar presentes los cristianos de esta Diócesis en aquellos retos que la sociedad salmantina tiene en estos momentos, la petición de que los padres tengan ánimo en la transmisión de la fe a sus hijos, el propósito de luchar contra la injusticia y de estar cerca de los más pobres, la decisión de seguir anunciando a

Jesucristo en nuestra sociedad y el convencimiento de que en la Iglesia tenemos siempre la oportunidad de encontrarnos con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

Huellas de la Trinidad

También en este Año Jubilar, el día de la Santísima Trinidad, la Iglesia diocesana tiene un recuerdo especial para aquellas hermanas que, en el silencio de los monasterios de vida contemplativa, son “huellas de la Trinidad”. Son mujeres cristianas que han sido llamadas a consagrarse a Dios, y, de este modo, *“se convierten en una de las huellas concretas que la Trinidad deja en la historia, para que los hombres puedan descubrir el atractivo y nostalgia de la belleza divina”* (VC 20).

Gracias, hermanas contemplativas, por lo que hacéis, por lo que sois y por lo que ofrecéis. Me gustaría confirmaros en vuestra hermosa vocación, y en vuestro camino de fe, que es tan preciso para el bien de la Iglesia. Desde los diversos caminos y enseñanzas de vuestros fundadores y fundadoras, estáis llamadas a colaborar en la misión de esta Iglesia. Por eso deseo exhortaros a hacer de vuestras vidas un mensaje de paz, simbolizado en aquella paloma enviada por Noé que, como escribe santa Teresa de Jesús, *“ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo”* (Morada séptima, III, 13).

Una multitud de personas llama a vuestro corazón, y se une espiritualmente a vosotras en los cantos y en las plegarias que ya no serán sólo vuestros sino de toda la humanidad. En el clamor de tantos hermanos y hermanas sumergidos en el sufrimiento, en la pobreza y en la marginación. Son muchos los que sufren por falta de amor y de esperanza, los que han sucumbido al mal y se cierran a toda luz espiritual, los que tienen el corazón lleno de amargura, víctimas de la injusticia y del poder de los más fuertes.

Todos sabemos de vuestra generosidad y vida sencilla. Sabemos, y nos apena, la falta de vocaciones en que os encontráis, cuando es el vuestro

tro un camino precioso para llenar todas las aspiraciones de una mujer cristiana. Pero pedimos que no desmayéis, que vuestra vida es grande a los ojos de Dios.

Seguid siendo una prolongación de la plegaria de Jesús al Padre, llenando de filiación tantos momentos huérfanos como sufren otros hermanos. Seguid en ese silencio henchido de la Palabra y en esa soledad habitada por la Presencia (*Verbi Sponsa*, 3). Seguid siendo un luminoso ejemplo de comunión fraterna, con ese alto grado de unidad de espíritus y ese desarrollo de las virtudes comunitarias. Seguid siendo signo de reconciliación y de paz, viviendo con particular intensidad la cruz de Cristo, para la reconciliación de los espíritus divididos.

Vuestro trabajo oculto, conocido únicamente por Dios, no sólo dará misterioso suplemento de eficacia a pastores de la Iglesia, a gobernantes, educadores y catequistas, formadores de conciencias, sino que será igualmente polo de atracción de nuevas vocaciones que se inmolen como amor de Cristo a los hombres y mujeres de este mundo.

¿Valoramos en la Iglesia de Salamanca la vida de las contemplativas? Ellas viven sólo para Cristo, pero, ¿no sería necesario conocer mejor esta vocación cristiana tan específica y tan necesaria para nuestra Diócesis que constituyen los 23 monasterios de monjas? Con alguna frecuencia se lamentan ellas de que sólo se les valora por el arte que atesoran sus conventos, por los dulces que elaboran o por el trabajo que realizan. ¿No sería más conveniente ver en profundidad el sentido de su vocación y la riqueza de su vida?

Es el día del Señor, es decir, de la Caridad

¿Qué pensarán en estos tiempos de globalización y mundialización las personas que lo pasan realmente mal a causa de las dificultades económicas, la enfermedad o su indefensión a la hora de conseguir una posibilidad de trabajo en este mundo tan competitivo? Me preocupan las personas concretas, los salmantinos con menos posibilidades, para los que apenas

hay oportunidades y para los que la mundialización de la economía neoliberal no hará sitio para su persona, su corazón, su libre voluntad, sus decisiones, su iniciativa personal.

La mundialización de la economía, basada en Internet y el correo electrónico, manifiesta la intención de sobrepasar las barreras entre naciones y comunidades para instaurar, con el comercio y el intercambio, la comprensión recíproca, el respeto de las diferencias e incluso la paz..., pero en realidad alimentan el sentimiento en muchos de que cualquier persona podría sustituir a otra, porque la persona cuenta poco. Para nosotros, los cristianos, no debe ser así.

Nos rodean siempre las acuciantes palabras de Cristo: *“Cuanto hicisteis o dejasteis de hacer con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis o dejasteis de hacer”* (Mt 25, 40.45). Jesús, en efecto, nos dejó dos signos de su presencia en la Iglesia y en el mundo: uno, sacramental, que es la Eucaristía; el otro lo dejó de modo más existencial, diríamos, en nuestros pueblos y ciudades: en los más pobres, en los ancianos abandonados, en los enfermos de Alzheimer, de Sida, en los hambrientos, en los drogadictos, en los que no cuentan.

Es algo escandaloso para muchos, pero lo mismo que nos arrodillamos –que casi ya no lo hacemos– ante el Santísimo al paso de la procesión del Corpus o en oración contemplativa ante el sagrario de nuestras iglesias, hemos de arrodillarnos junto al lecho del enfermo para curarle o limpiarle. Compartir es, así, palabra clave en esta fiesta del Corpus: compartir la **cáritas** / el amor de Cristo en este Año Jubilar de su presencia entre nosotros; compartir el pan y el hambre de Dios que tantos y tantos tienen y no pueden ser saciados, porque no compartimos el tesoro del Evangelio, ni nuestros talentos.

El Documento *La Iglesia y los pobres*, de la Comisión Episcopal de Pastoral Social glosa de este modo el discurso evangélico del Juicio Final: *“Venid, benditos de mi Padre, porque estaba parado y me disteis trabajo; era inmigrante y me acogisteis; estaba hundido en la droga, el alcoholismo o el juego, y me tendisteis una mano para levantarme; era un feto y me defendisteis contra el aborto para que pudiera nacer y vivir; estaba muy anciano, enfermo y solitario, y vinisteis a limpiarme, a hacerme la comida y a hacerme compañía; era un niño de la calle, sin familia y sin techo*

donde cobijarme, y me buscasteis un hogar donde poder crecer con afecto y con dignidad..." (nº 154).

¿Por qué esta conclusión? Sencillamente porque el Verbo de Dios, *siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo* (Flp 2, 6). ¡Él sí que compartió! ¿No debemos hacerlo también nosotros?

La Iglesia ora por Pedro

El domingo posterior más cercano a la fiesta de san Pedro y san Pablo la Iglesia Católica ora de modo especial por aquél en que hoy vive Pedro, el Papa Juan Pablo II y organiza una colecta, llamada del "óbolo de san Pedro", que en nuestra Iglesia de Salamanca se celebrará este domingo 2 de julio de 2000. No se trata, en realidad, de una colecta para hacerle un regalo al Papa, sino una colecta para la caridad del Papa, que él distribuye tanto para los organismos de la Sede Apostólica como para tantas ayudas a las Iglesias del Tercer Mundo y para tantas catástrofes que aparecen por doquier a lo largo del año.

El Papa acaba de cumplir 80 años, una vida gastada a favor de la Iglesia y aún de la humanidad entera. Es un sentimiento de agradecimiento el que me parece que debe anidar en los católicos. Aquel dinamismo evangelizador, la valentía de la predicación, la armonía que tuvieron las comunidades cristianas primitivas, son impulsados hoy por Juan Pablo II. La fortaleza de su espíritu y sus palabras de sabiduría recuerdan las que Dios otorgaba al apóstol san Pedro en los inicios de la predicación evangélica.

La Iglesia de hoy goza del mismo don de Dios a través del sucesor de Pedro. Él es también un verdadero testigo, que no puede dejar de hablar de lo que ha visto y oído (cf. Hech 4, 20). Esa es la experiencia que tenemos los obispos en los encuentros personales con él. Sin duda: con su palabra y con su vida ejerce el ministerio confiado por el Señor de confirmar en la fe a los hermanos.

Le vemos como el seguidor de Jesucristo, que le confiesa su amor una y otra vez. Era impresionante ver su figura de anciano arrodillado ante el Santísimo Sacramento en la procesión romana del Corpus la semana pasada. No pierde ocasión de proclamar a Jesucristo redentor del mundo por su muerte y resurrección, y Señor y Salvador universal. Como lo hizo Pedro ante el Sanhedrín, el Papa habla con sinceridad y valentía ante las multitudes que lo rodean y ante los gobernantes de las naciones y les anuncia a Jesucristo y el mensaje del Evangelio.

Constantemente está impulsando la acción de los católicos y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad a favor de la paz y de la justicia, contribuyendo a crear la nueva civilización del amor. Como a aquel paralizado al que curó Pedro, también hoy el Papa dice a la humanidad, a menudo desesperada o desorientada: *“En nombre de Jesucristo, ponte a andar”* (Hech 3, 6).

Muchos no han entendido aún que, como Pedro andaba recorriendo todos los lugares donde había ya cristianos como Lida, Joppe o Cesarea (cf. Hech 9 y 10), Juan Pablo II, si viaja por todo el mundo, estos viajes no son más que la expresión del servicio eclesial del sucesor de Pedro a todas las Iglesias. En unión con los fieles de esta Iglesia de Salamanca, expreso hoy mi vinculación afectiva y efectiva con el Obispo de Roma y le agradezco su palabra estimulante y el ejemplo de su vida entregada.

HOMILÍAS

En el domingo “De Carnes Tollendas”

Otro año más, hermanos, llega de nuevo la Pascua. Y parece que nos repitamos cuando decimos: estos son los días más importantes del año. Pero no. Cada celebración de la Pascua nos renueva. En cada celebración de la Pascua deberíamos dejarnos renovar, por dentro y quizá incluso por fuera: “*Os lo pedimos: Dejaos reconciliar con Dios*”, decía san Pablo a sus cristianos. Cuando alguien renueva su vida se le nota hasta en su aspecto.

El camino de renovación lo recorremos de la mano de Jesús, yendo al desierto, venciendo las tentaciones; subiendo al monte de la transfiguración; venciendo a nuestro peor enemigo, la muerte, con la vida resucitada que nos concede Jesucristo. Con Él entraremos en Jerusalén. Veremos cómo lava los pies a sus discípulos. Recibiremos de Él el memorial de su muerte. Con Pedro le seguiremos de lejos en su pasión. Adoraremos el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Y, en la noche más santa, con Jesús, reviviremos el paso del Mar Rojo del bautismo, guiados por Él mismo, la “columna de fuego” que va delante de nosotros. Con Jesucristo seremos sepultados (Él en el sepulcro, nosotros en el agua); con Él, el resucitado de entre los muertos, emprendaremos una nueva vida.

En ese caso, ¿es la Cuaresma únicamente para los ya bautizados, que preparan durante este tiempo la renovación del Bautismo, recibido cuando eramos pequeños? No es así. El tiempo de Cuaresma tiene un doble carácter: prepara a los ya bautizados, a los ya fieles cristianos, para en el misterio pascual renovar su iniciación al cristianismo, pero prepara también y sobre todo a los catecúmenos para los sacramentos de esa Iniciación.

Hoy tenemos la dicha de que nos acompañen, en el inicio de esta celebración, tres catecúmenos, que inscribirán enseguida sus nombres, para que, una vez elegidos, por la catequesis final y los escrutinios, sean conducidos a los sacramentos que harán de ellos cristianos, nacidos por el

amor de Cristo en la fuente bautismal, fortalecidos por el Espíritu en la Confirmación y sentados a la Mesa para gozar de la presencial real de Cristo en la Eucaristía. La comunidad de los ya bautizados debe orar por ellos y ayudarles con su ejemplo y la alegría de vivir en cristiano.

Por su parte, los fieles cristianos, dedicados con mayor asiduidad a escuchar la Palabra de Dios y a la oración, mediante la penitencia se preparan para renovar las promesas del Bautismo en la Noche Santa o en el día de la Pascua.

Los ya bautizados tenemos más responsabilidad, pues la fe cristiana depende en parte de cómo nosotros la vivamos. Este año, más que nunca debemos ser receptivos del amor de Dios hacia nosotros, hombres y mujeres. El Año jubilar es año en que nosotros, los hijos de la Pascua, debemos vivir la alegría de la conversión y la reconciliación. Año en el que el hombre tiene la oportunidad de unirse a sus hermanos y hermanas, unirse a la creación, unirse a Dios y darle el valor que realmente tiene en nuestra vida, de modo que se note.

No estaría mal insistir, hermanos, que por medio de catequesis o celebraciones consideremos las consecuencias sociales del pecado, que hace sufrir a hombres y pueblos enteros; también deberíamos ver aquella genuina naturaleza de la penitencia, que detesta al pecado en cuanto es ofensa a Dios, y trae malas consecuencias a los seres humanos y a la naturaleza que nos rodea. Orar por los pecadores es típico de la Cuaresma, pero no con menosprecio, sino porque, incluyéndonos a nosotros mismos que pecamos, vuelvan (volvamos) a Dios, felicidad del hombre.

El devaluado y a veces despreciado sacramento de la Penitencia que perdona los pecados, por muy en decadencia que parezca estar, tiene una virtud que todos hemos experimentado: da la paz y renueva objetivamente para tener ganas de emprender el nuevo camino. NO puede ser de otra manera: es la vuelta al Padre de la que nos habla tantas veces Juan Pablo II. Recuperar la amistad de Dios, su gracia y la vida sobrenatural, la única en la que pueden resolverse las aspiraciones más profundas del corazón humano, no es cosa baladí y que no atraiga a las personas.

La persona es así introducida *“nuevamente en la vida de Dios y en la plena participación en la vida de la Iglesia. Al confesar sus propios pecados, el creyente recibe verdaderamente el perdón y puede acercarse de*

nuevo a la Eucaristía, como signo de la comunión recuperada con el Padre y con su Iglesia” (Bul. IM 9). El perdón, concedido de forma gratuita por Dios, implica como consecuencia un cambio real en la vida, una progresiva eliminación del mal interior y una renovación de la propia existencia.

En una sociedad como la nuestra, tantas veces apoyada en la mentira, en el dinero y en triunfo fácil, en lo placentero venga de donde venga, en el materialismo que asfixia, en aprovecharse sin un proyecto común, en despreciar al que no tiene, en discriminara al de fuera, ¿esta oferta no vale, no es atractiva? Sin duda. Sólo hace falta el combate. Las armas: oración, ayuno y limosnas por el Reino de Dios.

Pidamos a nuestra Señora que nos acompañe en nuestra ascensión al monte santo de la Pascua. Que así sea.

Domingo de Ramos

Hermanos queridos:

Los cristianos no pasamos sin más de una fiesta a otra, de una celebración o solemnidad a otra sin discernir qué celebramos. Ahora, en este día de Ramos, ha llegado aquel tiempo en que todo vuelve a comenzar, a saber, el anuncio de la Pascua venerable, en la que el Señor fue inmolado. Nosotros nos alimentamos, como de un manjar de vida, y deleitamos siempre nuestra alma con la sangre preciosa de Cristo, que fluye como de una fuente. Nuestro Salvador está siempre a disposición de los sedientos; los que no tienen sed de Él no se suelen acercar: están satisfechos; por esta razón, Cristo, por su benignidad, atrae a la celebración del gran día, que anuncia este domingo de Ramos, a los que tienen sus entrañas sedientas de lo verdadero, lo justo, lo bello, lo honesto, según aquellas palabras suyas: *El que tenga sed, que venga a mí y que beba.*

Pero este es domingo de Ramos en la Pasión del Señor, y el verdadero venerador de la pasión del Señor tiene que contemplar de tal manera,

con la mirada del corazón, a Jesús crucificado, que reconozca en él su propia carne.

Toda la tierra ha de estremecerse ante el suplicio del Redentor, aunque hoy le aclamemos con nuestros ramos. Las mentes infieles, duras como las piedras, han de romperse. A ninguno de nosotros, pecadores, se nos niega nuestra parte en la cruz, ni existe nadie a quien no auxilie la oración de Cristo. Si ayudó incluso a sus verdugos, ¿cómo no va a beneficiar a los que se convierten a Él? Se eliminó con la pasión de Cristo, con la entrega amorosa de su vida, la ignorancia, se suavizaron las dificultades y la sangre de Cristo suprimió aquella espada de fuego que impedía la entrada en el paraíso de la vida. La oscuridad de la vieja noche cedió ante la luz verdadera.

Hoy se invita a todo el pueblo cristiano a disfrutar de las riquezas del paraíso, y a todos los bautizados se les abre la posibilidad de regresar a la patria perdida por sus pecados, a no ser que alguien se cierre a sí mismo aquel camino que quedó abierto, incluso, ante la fe del ladrón arrepentido.

No dejemos, por tanto, que las preocupaciones y la soberbia de la vida presente se apoderen de nosotros, de modo que renunciemos al empeño de conformarnos a nuestro Redentor, a través de sus ejemplos, con todo el impulso de nuestro corazón. Porque Él no dejó de hacer ni sufrir nada que no fuera útil para nuestra salvación, para que la virtud que residía en la cabeza residiera también en el cuerpo.

Y como, desde antiguo, la condición humana esperaba ser sanada de sus heridas y purificada de sus pecados –cosa que, en el fondo, también sucede hoy–, el que era unigénito Hijo de Dios quiso hacerse también hijo de hombre, para que no le faltara ni la realidad de la naturaleza humana ni la plenitud de la naturaleza divina.

Nuestro es lo que, por tres días, yació exánime en el sepulcro y, al tercer día, resucitó; lo que ascendió sobre todas las alturas de los cielos hasta la diestra de la majestad paterna: para que también nosotros, si caminamos tras sus mandatos y no nos avergonzamos de reconocer lo que, en la humanidad del cuerpo, tiene que ver con nuestra salvación, seamos llevados hasta la compañía de su gloria.

Venid, y al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy otra vez de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres.

Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, a su paso, ramos de olivos, vestiduras o palmas, sino para prosternarnos nosotros mismos, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser captado por nosotros.

Repitamos en esta mañana aquella sagrada exclamación que los niños cantaban en el primer domingo de Ramos, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: *Bendito el que viene, como Rey, en nombre del Señor.*

Jueves Santo

Hermanos:

Vamos a participar en la Pascua. Estamos en la introducción del Santísimo Triduo Pascual, la Misa de la Cena del Señor. Nuestra celebración todavía sucede en esta vida, de manera figurada, aunque ya de modo más claro que en la antigua ley. Algún día participaremos en la Pascua de un modo más perfecto y más puro, cuando el Verbo de Dios beba con nosotros el vino nuevo en el reino de su Padre, cuando nos revele y nos descubra plenamente lo que ahora nos enseña sólo en parte.

Qué cosa sea aquella bebida y aquella comprensión corresponde a nosotros aprenderlo y a Cristo enseñárnoslo. Pues la doctrina de Aquel que alimenta es también alimento, como su Cuerpo y su Sangre dados por nosotros.

Para esta Pascua no sacrificaremos jóvenes terneros ni corderos con cuernos y pezuñas; ofreceremos a Dios un sacrificio de alabanza sobre el altar del cielo, unidos a los coros celestiales. Es el sacrificio de su Hijo

Jesucristo, que como Sumo Sacerdote atraviesa la primera cortina y llega verdaderamente hasta el Santo de los Santos.

Deseemos comer la Cena del Señor, pues Él, antes de padecer, nos adelantó sus dones. A nadie niega Él estos dones, ni siquiera al traidor, hasta permitirle cenar con Él. Reunidos en asamblea, como pueblo santo, para celebrar el comienzo de la solemnidad de la Pascua, le pedimos a Cristo que nos escuche con clemencia, para acercarnos a su santísima Cena, fatigados como estamos por los quehaceres mundanos y manchados en nuestro cuerpo por los pecados, pero limpios ahora por el perdón del Sacramento de la reconciliación, abundante en estos días, ya que su entrega nos ha liberado, su muerte nos ha redimido, su cruz nos ha llenado de vida, y su sangre nos ha limpiado.

Pero antes de acercarnos a la mesa del Señor, contemplemos con asombro el amor de Jesucristo en su entrega hasta la muerte. Le vemos hoy lavar los pies incluso del que le había de entregar. Pero, ¿por qué admirarnos si se ciñó la toalla, cuando al tomar forma de siervo se revistió de hombre? ¿Por qué admirarnos de que echara agua en la jofaina para lavar los pies de sus discípulos, el que derramó su sangre en tierra para limpiar las manchas del pecado? ¿Por qué admirarnos de que limpiara con la toalla, con la que se ciñó, los pies de los que había lavado, si con la carne con que se revistió confirmó los pasos de los predicadores del Evangelio? Y ciertamente que, para ceñirse la toalla se quitó su vestidura; pero al recibir la forma de siervo, cuando se humilló a sí mismo, no se despojó de la que tenía, sino que recibió la que no tenía.

Hermanos: se nos pide hoy inmolarnos nosotros mismos a Dios, viendo el ejemplo de Jesucristo; estemos dispuestos a todo por causa del Verbo; imitemos su pasión con nuestros padecimientos, honremos su sangre con nuestra sangre, subamos decididos a la cruz. Seamos Simón Cireneo, o en buen ladrón, o José de Arimatea, o Nicodemo, el que de noche adoraba a Dios; ven como él a enterrar su cuerpo, y úngelo con ungüentos. “*Si eres una de las Marías, o Salomé o Juana, llora desde el amanecer, y verás también a los ángeles o incluso al mismo Jesús*” (San Gregorio Nacianceno, *Sermón 45, 24*).

Vigilia Pascual

Hermanos:

La Pascua de Cristo no es sólo un suceso que acontece dentro de la historia. Es un acontecimiento que funda y configura la historia. Es el nuevo Génesis que hace nuevas todas las cosas (Is 43, 19). El Viviente, Cristo, vive dentro de la comunidad y la está vivificando en su misma resurrección. Dios sigue “pasando” por su Pueblo y le otorga la vida nueva de Cristo resucitado. Ahora el don increíble de Dios a su Pueblo ya no es la antigua liberación de Egipto. Es una liberación de todas las servidumbres exteriores e interiores. Es la introducción del Pueblo en el “Hoy” eterno de Cristo resucitado, en la “*plenitud de los tiempos*” (Gál 4, 4), “*en los últimos días*” (Heb 1, 2), “*en la última hora*” (1 Jn 2, 18).

La nueva Pascua hace a los hombres y mujeres contemporáneos de Cristo y de los misterios redentores de su vida. Los creyentes de todos los tiempos y lugares revivirán el mismo suceso original de Cristo, insertando en Él sus problemas y tensiones para poder renovar la creación entera, sometida a la frustración (cf. Rom 8, 19ss).

La Pascua es siempre intervención gratuita de Dios. En la pascua hebrea Dios libera a su pueblo de la servidumbre de Egipto y le encamina a la tierra de la libertad. En Cristo, Dios intervino para sacarle del sepulcro y de la muerte y otorgarle la resurrección. Ahora Dios nos está dando al Hijo para que vivamos por Él. Sentado a la derecha del Padre, envía el Espíritu Santo a la Iglesia, su Cuerpo. La vida de la Iglesia es la resurrección de Jesús. Cristo vive en la Iglesia; en ella vivifica a los que son sus hijos.

Hoy ha llegado esta vida resucitada y pujante por primera vez a cuatro hermanos nuestros, ya hijos de la Iglesia: Manuela, Michelle y Anibal Salvador reciben esta vida siendo ya adultos, tras adherirse al Señor; Valentín, en los primeros días de su vida, tras ser engendrado por sus padres; al ser bautizado siendo bebé se ve mejor aún la gratuidad de tan enorme gracia.

Os envidiamos, hermanos neófitos, recién nacidos a la vida de Cristo. Os envidiamos y nos alegramos por la felicidad que supone para vosotros

Cristo, su Evangelio y su Reino. Y vosotros, los padres de Valentín, cuando él vaya creciendo, idle diciendo con vuestra vida y con vuestras palabras de dónde ha nacido y con qué sangre y agua ha sido comprado y lavado.

Un grupo nutrido de hermanos termina en esta Noche Pascual el proceso de su reiniciación cristiana, que culminó hace unos días con una nueva renuncia a Satanás y su adhesión renovada a Jesucristo. Lo han hecho en el llamado “Camino Neocatecumenal”. Han sido años de seguimiento de Jesucristo, de conocerle a Él y a su Iglesia con mayor profundidad, años de vencer resistencias a la vida que recibieron en el bautismo. Y hoy la Iglesia diocesana os acompaña y da gracias a Dios por vuestras vidas renovadas.

El resto de la Asamblea hemos renovado también, concluido el itinerario cuaresmal con todo el Pueblo de los bautizados, ese mismo santo Bautismo. Sepultados con Cristo en su muerte, queremos vivir con su gracia una vida nueva. Nos unimos a vosotros, recién bautizados, y a los que habéis hecho el camino de reiniciación bautismal. Somos también en esta noche recién nacidos en Cristo. Ya no tenemos envidia, hemos podido recibir un año más la gracia de la Pascua.

Domingo de Pascua

Hermanos:

Hoy todo desborda alegría, después de haber participado anoche en la Gran Vigilia la gracia del triunfo de Cristo y nuestra participación en una vida nueva. Neófitos y los ya bautizados hace tiempo cantan de alegría. Alégrese el cielo y goce la tierra: la cruz ha purificado el aire, la sangre ha limpiado la tierra, el madero ha dejado de ser instrumento de tortura: el madero de la cruz ha puesto de nuevo en orden todas las cosas. Dios, clavado en la cruz, ha redimido así al hombre, no con la fuerza sino con la gracia.

En nuestra Liturgia hispánica damos gracias al Padre Santo, Dios eterno y todopoderoso, por Jesucristo en el Espíritu Santo, por este grande y primordial domingo. En él crea lo que no existía; en él redime lo creado salvándolo en Cristo. Este primero, el que creó el Señor, en el que comenzó la creación del tiempo, y se hizo glorioso por la redención del hombre. En el mismo día en que Dios ha creado la luz visible, manifiesta la gloria de la resurrección.

A quien llorábamos hace tres días, hoy celebramos resucitado del abismo por su propio poder, haciéndonos partícipes de su vida resucitada, al abrirnos a los pecadores el camino del cielo. En la madrugada del sábado, al alborar el domingo, María Magdalena y la otra María van al sepulcro (Mt 28, 1-10). Los hombres, los apóstoles, no están. Se han quedado encerrados. Con miedo. Al sepulcro van las mujeres. Lo querían demasiado como para quedarse quietas en casa. Van al sepulcro desconcertadas, pero también con una secreta esperanza.

Allí en el sepulcro, todo se transforma, todo es novedad. Y ellas experimentan aquel mundo renovado que empieza entonces. No, no quedó Jesús encerrado. La fuerza del amor de Jesús, la fuerza del amor de Dios, vence a la muerte y cambia el mundo. Y por eso el ángel puede decir, y Jesús puede repetir después: “*¡No tengáis miedo!*”. El Testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el Príncipe de los reyes de la tierra nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, nos ha convertido en un reino, y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. Podemos mirar al que atravesamos. Este es el gran mensaje.

Porque, ¿qué es el miedo? El miedo es, al fin y al cabo, pensar que el mal y la muerte pueden vencer sobre el amor, sobre la fraternidad, sobre la justicia, sobre la generosidad. El miedo es pensar que Jesús ha fracasado. El miedo es no ser capaces de creer que Jesús ha resucitado y que, con su resurrección, podemos caminar en paz su mismo camino. El miedo es no creer que, ocurra lo que ocurra, el amor vence siempre, el amor es siempre mucho más valioso, más lleno de vida que cualquiera de los éxitos que a veces lamentablemente tanto valoramos.

La experiencia de la resurrección de Jesús es algo totalmente diferente de las cosas que vemos y sentimos en nuestra vida. Es una experiencia distinta también, claramente, de la experiencia de su muerte y sepultura.

Nosotros somos hijos del testimonio de aquellos primeros hombres y mujeres. De ese testimonio hemos nacido los cristianos de todos los tiempos, las comunidades, los grupos, las parroquias, los movimientos, las Iglesias que peregrinan en todos los lugares del mundo.

Este testimonio ha hecho posible que la fuerza del Espíritu de Jesús haya sido vivida y celebrada en las más variadas y distintas situaciones y haya mantenido la fidelidad y la entrega de hombres y mujeres de todas las procedencias y de todas las formas de ser. Y nosotros también, ahora, débiles e infieles pero convencidos de que en Jesús encontramos la vida, nos reunimos todos los años en el día santo para celebrar esta vida nuestra, la Pascua del Señor.

La paz de Cristo nos invada y nos lleve a irradiarla. Déjate conducir cristiano por el Espíritu del resucitado, amando siempre y en todo. Es tiempo de Pascua. Cincuenta días para salir de nosotros mismos e ir a Cristo, nuevos por Él. Feliz Pascua.

En la festividad de San Juan de Ávila

Convocados por la fuerza de atracción que tiene nuestro Patrón, celebramos gozosamente esta fiesta del Maestro Ávila en el marco del Año Jubilar de los 2000 años del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, que por su misterio pascual hace nuevas todas las cosas, también en nuestro tiempo, dimensión en la que Él se encuentra con nosotros.

Felicitemos ya a los hermanos que en 1950 y 1975 fueron ordenados presbíteros, queriendo revivir con ellos esa realidad del sacramento del Orden, recibido una vez, pero presente constantemente en nuestras vidas. También es bueno conmemorar la alegría que vuestra ordenación trajo a vuestras familias, presentes aquí, y a la Iglesia de Salamanca.

En la comunión sacramental tenemos hoy presente a Daniel Martín, que convalece de una operación, a Leoncio Redero y Ángel Sánchez, que trabajan en estos momentos en otras Iglesias hermanas de América, y a

Julio Parrilla, cuya responsabilidad en ADSIS le impide estar con nosotros. Fue muy expresiva y cariñosa la carta de Leoncio Redero, cuyo deseo de estar con nosotros y de saludar a sus compañeros indican que pertenecer a un presbiterio no es cosa que no deje huellas. Es normal: la Iglesia local es una realidad demasiado importante como para que no se note.

Me gustaría destacar algún aspecto de la persona de san Juan de Ávila que me parece interesante para el momento en que vivimos. En primer lugar la sensibilidad con Jesucristo, de quien tiene una enorme experiencia el Maestro Ávila. Una anécdota lo dirá mejor que mis palabras: *“Estando ayudando misa a cierto sacerdote en el dicho Convento de Santa Clara, en un altar cerca de la puerta de la sacristía, entró el maestro Ávila al tiempo que el dicho sacerdote hacía los signos con la partícula sobre el cáliz y los hacía muy de prisa y con poca reverencia, y se llegó a él el dicho Maestro Ávila como que llegaba a enderezar una vela, y le dijo en voz baja: ¡Trátelo bien, que es hijo de buen Padre!, y acabada la misa, se llegó a él el dicho Maestro Ávila y con mucha modestia y cortesía le persuadió a la devoción, reverencia y recato del santo sacrificio de la misa...”*.

Tener experiencia de Dios y de Jesucristo no lo conseguiremos con ordenador, tan válido para tantas cosas; se consigue con familiaridad con el Señor y no se improvisa, de modo que es algo que se nota y que atrae a la gente, porque hace del sacerdote una persona alegre y de paz. Refería yo hace unos días en una ordenación de presbíteros y diáconos cómo va haber jóvenes que quieran ser sacerdotes, si los que lo somos no estamos convencidos que es algo grande que nos ha ocurrido y que nos da felicidad, aún en medio de las dificultades. Esa familiaridad, esa hondura en el misterio de Cristo sacerdote la demuestra san Juan de Ávila hasta el último momento. Se está muriendo el Maestro, se va a celebrar misa junto al lecho, y se le pregunta si quiere misa del Santísimo sacramento o de nuestra Señora. Contesta: *“No, sino de la resurrección”*, como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza de ella.

En segundo lugar, me gustaría destacar otra faceta de nuestro Patrono: es Maestro de santos. Siempre junto a una gran figura eclesial aparece una constelación de gente que forma una corriente, un grupo. Esto es muy patente en san Juan de Ávila, pues no es hombre solitario. Si Pablo

VI dijo de él en su canonización: “*Juan de Ávila fue un apóstol y un revolucionario de su tiempo, que murió siendo hijo de la Iglesia*”, esto viene a significar que su fe cristiana tiene algo de nueva, pero que es antigua. Es un cristiano nuevo, cuyo ideal espiritual es san Pablo. Y el Apóstol no es cualquier cosa en la Iglesia, que arrastró ya en su tiempo tras de sí una nube de hombres y mujeres intusiasmados por su presentación y vivencia de Jesucristo.

“*Le tenía obligación*”, decía santa Teresa del maestro Ávila, refiriéndose a la ayuda que de él recibió. Otros muchos le tuvieron obligación en aquella España: San Ignacio, san Pedro de Alcántara, san Francisco de Borja, san Francisco Solano, san Juan de Ribera, santo Tomás de Villanueva, fray Luis de Granada... Y san Juan de Dios.

Cuando éste le visitaba en Montilla se quedaba en la cruz de entrada a la villa y le hacía llegar el recado: “*Díganle al gran Maestro, a mi gran padre, que si le da licencia le irá a ver*”. ¡Qué preciosas cartas escribió el Maestro a su hijo san Juan de Dios! Esta paternidad no fue buscada, surgió del impacto que el Maestro deja en aquel hombre un tanto bohemio al escuchar un sermón suyo en la ermita de los mártires junto a la puerta de Elvira granadina en 1537.

Juan de Ávila va como el azor al cazar, “templado”, es decir, con hambre, que le hace ir más ligero tras la caza. Aquí quien va de caza es el Maestro; y va “templado”, con una muy viva hambre y deseo de ganar algún alma para Cristo: porque esto le hacía predicar con mayor ímpetu. Entre los que aquel día de enero le oían “*fue Ioan de Dios a oille*”. Y la gracia del Señor dio vida a aquellas palabras, de tal manera que se quedaron fijadas en sus entrañas.

Terminado el sermón. La gente entra en la ciudad. En la masa va inmerso ese hombre que parece chiflado: gesticula, grita, se da golpes de pecho. Desvalija su tienda de libros, lo da todo. Medio desnudo, descalzo, sale otra vez a las calles de Granada, y grita: “*Misericordia, misericordia, señor Dios, deste gran pecador que os ha ofendido*”. Como siempre, unos decían que era loco, otros que no era sino santo y que aquello era obra de Dios. Pero él sabía bien lo que le había pasado al escuchar las palabras de Maestro Ávila. Sólo se calma cuando se llegó a él, se arrodilla ante él y le

cuenta su vida. Le confesó sus muchos pecados con grandes muestras de contrición. Y le dijo que le recibiese debajo de su amparo y consejo.

Esta es otra faceta del Maestro Ávila: se columna y amparo y aún oráculo de muchos hijos de la Iglesia de su tiempo. Nos interesa ahora santa Teresa. Es nuestra Patrona y muy nuestra. Nos dicen que la Santa derramó por la muerte de san Juan de Ávila copiosas lágrimas. Normal. Pero lo precioso del caso es que, cuando a santa Teresa le preguntan la causa de su llanto y por qué se afligía tanto por un hombre que se iba a gozar de Dios, aparece en su respuesta lo genial de esta mujer: “*Lo que me da pena es que pierde la Iglesia de Dios una gran columna y muchas almas un gran amparo, que tenían en él, que la mía, aun con estar lejos, le tenía por esta causa obligación*”. Oráculo de la España espiritual de su tiempo le ha llamado alguien a nuestro Maestro.

No era tiempo fácil, desde luego; las Américas recién entrevistadas, el humanismo renaciente, la traumática ruptura protestante, el deseo de una renovación eclesial. Ahí es donde trabaja san Juan: por una renovación eclesial, y como maestro, padre o como queramos denominarlo. Nosotros sacerdotes tenemos, lo queramos o no, una paternidad espiritual, y renunciar a ella muestra, a mi modo de ver, algo anormal en un cura.

La inquieta santa Teresa desea que, después de haber mostrado a varios doctores el *Libro de la Vida*, lo vea también san Juan de Ávila, aconsejada por el obispo salmantino, Francisco Soto de Salazar, para que se sosegase su espíritu. Así lo hace la Santa, “*porque como a él le parezca voy por buen camino, quedará muy consolada, ya que no me queda más para hacer lo que es en mí*”. El Maestro tarda en responder a la impaciente monja, que sufre por el retraso. Cuando por fin la escribe el 12 de septiembre de 1558 en carta a la muy reverenda madre mía y mi señora Teresa de Jesús, ella está llena de júbilo: “*Lo del libro no puede ser mejor, y ansí olvido cuantas rabias me ha hecho (la demora en el envío). El Maestro me escribe largo y le contenta todo*”.

Basten estas muestras de la vida de este gran santo, sacerdote convencido y dispuesto a vivir a velas desplagadas su sacerdocio. Merece la pena pedir su protección y su intercesión en época de cambio cultural y parco en vocaciones. Uno como él en mucho nos convendría. Mientras tanto, le pedimos por vosotros hermanos en júbilo sacerdotal y por todos

los que formamos este presbiterio de Salamanca y aún por los presbíteros todos de esta querida España. Lleve nuestra embajada al Señor, Santa María de la Vega, madre sacerdotal. Que así sea.

Vida Ascendente

Si estas palabras mías fueran como los discursos a los que tal vez estéis muy acostumbrados a oír los mayores en determinadas circunstancias, y no fueran una homilía dirigida a cristianos mayores de un movimiento apostólico, tendería yo a captar vuestra atención mediante halagos y frases lisonjeras y huecas que a la postre serían falsas.

Mi intención es otra, de enorme respeto y, además con el deseo de que en este día seáis ayudados por un Obispo, que tiene el deber de anunciaros el evangelio de Jesucristo, que os da vida y sirve para todas las edades. Yo pretendo, por tanto, anunciaros la esperanza que tenemos en Cristo Jesús en este Año de gracia del Señor, Jubileo de los 2000 años de su nacimiento y de su presencia entre nosotros.

Los españoles, mis queridos mayores, hebreos de origen por el Antiguo y el Nuevo Testamento, nuestro tesoro, y griegos porque la cultura y la forma de ver la vida los antiguos habitantes de este país han llegado también hasta nosotros, somos herederos de una cultura de la ancianidad. A esta cultura se opone lo que algunos llaman el fundamentalismo “made in USA”, con su menosprecio de lo que es viejo y su adoración por lo que es dorado, es decir, apariencial.

La hipervaloración de lo joven con menosprecio, arrinconamiento, ocultación y maquillaje de lo arrugado, lo viejo humano es lo más opuesto a lo que es el mayor (*presbyteros*) en la cultura griega, que significaba “el más viejo”, “el más importante” y, por derivación, lo divino, en comparación con lo humano. Al anciano, quintaesencia de la sensatez, le corresponde en el orden social, por su experiencia y sabiduría, el rango y la jerarquía, el respeto y la autoridad. Aristóteles llega a identificar sabio y persona mayor. Lo mismo sucede en la Escritura, donde “*los ancianos de*

Israel” (Ex 12) son los representantes del conjunto del pueblo y los presbíteros son los hombres que dirigían la comunidad cristiana de Jerusalén.

Pero hoy un rostro viejo y con arrugas no le sirve a El Corte Inglés, a menos que convierta la arruga en argumento de venta, una arruga desarrugada y manipulada para lucir mejor no la vejez sino la “tercera edad”, es decir, el tercer consumo. Yo no voy a ir por ahí. Para mí el envejecimiento tiene una dimensión trascendente.

A lo largo de la historia han existido muchos términos literarios, poéticos, simbólicos, culturales y religiosos para expresar lo que es la vida de los hombres y mujeres. Se ha hablado del gran teatro del mundo, donde cada individuo representa un papel; o de los ríos que van a dar a la mar, como una corriente impetuosa que a todos nos lleva por delante hacia el morir; o de la flor del campo que, a pesar de su belleza, enseguida se marchita; compararon los antiguos el transcurso de la vida a un exilio como castigo o venganza de los dioses; o a un laberinto en el que no se encuentra ninguna salida; o a un resplandor fugaz en medio de la nada; y algún autor bíblico afirmó que la vida es vanidad de vanidades y todo vanidad, sin que nada responda a la nostalgia más profunda del ser humano.

La Biblia emplea, sin embargo, otra expresión, que es incluso aceptable para los que no tengan fe, y que recoge, tal vez mejor que otras, la vivencia humana de lo que supone el existir. La vida es fundamentalmente un éxodo, esto es, alguien que se pone en camino hacia una meta, sin saber la distancia que resta hasta el final, ni las sorpresas que se presentarán en el camino, ni el tiempo que queda por delante.

En el fondo, la vida es vivir una peregrinación continua, en la que no hay posadas que ofrezcan un descanso definitivo, sino que cada día hay que tomar el atillo de nuevo sobre el hombro y cubrir de nuevo otra etapa.

Pero existe otra perspectiva, todavía más completa, para saber qué es la vida. Me refiero a la posibilidad que tiene el creyente en iluminar la vida con un enfoque nuevo que le viene de su fe y que repercute también en su psicología, de modo que da serenidad a su vida. Ciertamente la vejez será más o menos idéntica, según las peculiares de cada individuo, sin que la dimensión religiosa intervenga de forma directa en el desarrollo de este proceso.

Pero lo que sí posibilita la fe es un nuevo punto de mira que permite contemplar la misma realidad, con otros matices bastantes diferentes. El gran mensaje de la Revelación es que el amor de Dios por sus criaturas está presente en toda la biografía del universo. Quiero decir que desde las primeras páginas de la Biblia ya se ve el proyecto de Dios sobre la humanidad. Los relatos de la Creación no nos dicen cómo Dios creó, pero con la belleza e imágenes de una profunda parábola literaria, desea comunidad simplemente una verdad estupenda: Dios está al comienzo de mi historia, de la historia del hombre y la mujer, es la fuente de donde mana su vida.

No hemos venido a este mundo por azar, sino por el amor de Dios que quiso poner en movimiento la creación en que vivimos y tantos mundos aún desconocidos sobre los que apenas sabemos nada. Pero la Biblia ofrece un dato de mayor interés aún: nada de lo que nace termina con la destrucción de la muerte ni está destinado al fracaso definitivo. A veces nuestros esquemas nos impiden imaginarnos cómo se realizará semejante transformación.

Es difícil entrar en este misterio, y así cuando san Pablo afirma que *“por el Bautismo hemos sido sepultados en la muerte de Cristo, nos recuerda que también resucitaremos con Él”* (cf. Rom 6, 1-8), nadie nos explica cómo. Pero también Jesús muere sin la experiencia de la resurrección, entregándose confiado en las manos del Padre. Su vida, rota y destrorada, es acogida por Dios para demostrar que Él tiene la última y definitiva palabra.

Lo que fue cruz seguirá presente, pero ahora transformado por la gracia de un encuentro. Es un símbolo espléndido de lo que acontecerá a todos los que confían en las promesas de Dios. Ninguna lágrima será inútil, ninguna cicatriz volverá sangrar, ningún recuerdo provocará tristeza o desesperación. Con Dios nada habremos perdido de nuestra pequeña y limitada historia, pues hasta las huellas más negras del pasado serán motivo de gozo.

Es comprensible que la persona mayor mire hacia atrás con un toque de nostalgia, pues ha tenido que desprenderse de muchas cosas que no podrá recuperar. Pero el creyente verdadero nunca se deja vencer por la añoranza. Si mira hacia el pasado es sólo por descubrir la huella de Dios en su historia, pero su vista está fija en el futuro. La fe le ha hecho com-

prender que ningún trozo de su biografía podrá perderse. No somos un *ser para la muerte*. Desde la fe tendríamos que hablar de un *ser para la resurrección*.

El Dios que acogió el aparente fracaso y la muerte de Jesús para resucitarlo del sepulcro, nos enseña ya que la cruz no es su palabra definitiva. Desde ese momento, aunque no lo comprendamos fácilmente, que ninguna realidad, por muy negativa que sea, termina siendo estéril o infecunda. La vida, como la vejez y la muerte, es dura, pero frente a ese derrumbamiento progresivo que la vida nos impone, san Pablo utiliza una metáfora, llena de esperanza y optimismo cristiano. También él afirma que nuestra vida es una casa que se derrumba y destruye, pero este hecho no es motivo para la nostalgia y mucho menos para la desesperación, *“porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desvanece, tenemos un edificio que viene de Dios, una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos”* (2 Cor 5, 1).

La vida de los que creemos en el Señor no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo. Entendemos mejor ahora aquel grito de la comunidad cristiana primitiva: *“Ven, Señor Jesús”*.

¿Qué quiero transmitirlos? Muy sencillo: que hay un envejecimiento auténtico y uno falso. Sólo envejece bien quien acepta interiormente el envejecimiento con su verdad. Ser mayor no significa dejar de luchar por la vida, por lo mucho que se puede hacer en el plano personal, social y cristiano, sino empeñarse en la vida de modo más radical. La sabiduría humana consiste siempre en entregar la propia vida para hacer posible la de los demás, sobre todo, la de los más débiles.

Vuestra vida en este movimiento apostólico tiene, hermanos, pleno sentido y un sentido propio. Tanto en la familia, la parroquia, el grupo hasta en la última institución social en la que podáis influir, vosotros los mayores tenéis cancha para que lo humano y lo cristiano no se empobrezcan. Es una tarea vuestra y urgente.

Para este menester, es necesario que cada uno de vosotros extendáis vuestros brazos, abráis vuestras manos y os propongáis no dejar de luchar, sabiendo de quien nos hemos fiado: del Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de

bienes espirituales. Él nos ha elegido y llevado de su amor nos ha adoptado como hijos suyos por medio de Jesucristo. Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra. Tenemos así puesta nuestra esperanza en Cristo.

En el Jubileo de las familias

Familias de Salamanca: os deseo una feliz Pascua y os ofrezco lo que es vuestro: Jesucristo, en quien creéis y a quien amáis. A vosotros, esposos, Cristo os ama y en Él estáis unidos con un vínculo de amor; a vosotros, hijos, Cristo os da capacidad de recibir cada día la vida que recibisteis de vuestros padres cuando fuisteis engendrados y os habla del Padre que crea en Jesús la gran familia de los hijos de Dios, que es la Iglesia; a vosotros viudas/os, os alienta en el amor al cónyuge desaparecido, pero no para Dios, y a la tarea tal vez más difícil de continuar la aventura de la familia solo/a; a vosotros abuelos, mermados de fuerzas, pero no de amor, Cristo os asegura lo que permanece: el cariño del Padre que nos lleva en sus palmas cada día.

Habéis venido aquí porque creéis en Jesucristo y necesitáis de su gracia, de la gracia de la indulgencia del Jubileo, para que pueda más su amor, su perdón que nuestros pecados “familiares”: desamor, infidelidad, faltas de intensidad en la educación de los hijos, ser testimonio cada uno de los cónyuges del amor de Cristo y la Iglesia, egoísmo en la familia, superficialidad, falta de autoridad moderada, construcción en común del entorno familiar, no haber amado por lo que se es sino por lo que se tiene.

Estos pecados nuestros, tal vez todos confesados y perdonados, dejan huella y sólo el horno del amor de Cristo, de su redención, de la gracia del Misterio Pascual que ahora celebramos puede quemar estos residuos que nos impiden levantar el vuelo hacia horizontes nuevos. Aceptad esta gracia de la Indulgencia Jubilar en esta Catedral, madre de todos los lugares que nos acogen para celebrar a nuestro Dios y sus obras.

Me gustaría hacer una llamada de atención fuerte y seria a las familias cristianas salmantinas y a los que cuidan pastoralmente de ellas, sobre todo a los presbíteros/sacerdotes. Estamos un poco dormidos en un momento crucial para la familia. Lo haré en dos apartados:

A) Todavía resuena en nuestros oídos la súplica del Papa en su reciente y memorable peregrinación jubilar a Tierra Santa, cuando decía en la Basílica de la Anunciación: *“En Nazaret, donde Jesús ‘crecía en sabiduría, edad y gracia delante de Dios y de los hombres’ (Lc 2, 52), pido a la Sagrada Familia que nos inspire a todos los cristianos para defender a la familia contra las numerosas amenazas que actualmente pesan sobre su naturaleza, estabilidad y su misión”*.

En efecto, los problemas que tiene que afrontar la familia y los que se suscitan en el ámbito del debido respeto a la vida humana son hoy un gran desafío para nuestra fe cristiana, para el que no estamos preparados, ya que para ello no veo yo que muestre la familia cristiana salmantina vigor en el acierto y decisión con que abordarlos. No quiero abrumaros sin abrumarme a mí mismo como Obispo, porque estoy convencido de que con un poco de organización y uniendo más nuestras fuerzas podríamos abordar estos problemas de primera importancia para el presente y para el futuro de la Iglesia y de la humanidad.

Parece llegado el momento de hacer una revisión a fondo y poner en práctica orientaciones y ayudas que el Papa, la Conferencia Episcopal, los movimientos familiares y los teólogos y pastoralistas indican para afrontar los problemas de la familia.

Hay que tener en cuenta las circunstancias en las que se desarrolla hoy la vida social y familiar. No podemos cerrar los ojos. Se puede hablar de una nueva situación cultural: ¡tantos son los cambios que se han introducido en la concepción de la persona humana, de la libertad, de las relaciones paternofiliales, de los medios y del sentido de la procreación y del papel del Estado en todas estas cuestiones, de modo que las vacilaciones y los errores que van unidos a la nueva situación cultural no tardan en reflejarse en disposiciones legales, algunos del más alto nivel, que alarman, con toda razón a las personas preocupadas por el destino de nuestra sociedad y de cada ser humano cercano a nosotros! Os doy un ejemplo recentísimo.

El 16 de mayo de 2000 el Parlamento Europeo ha aprobado una resolución sobre el respeto de los derechos humanos en la Unión Europea, donde estamos. El texto contiene un apartado sobre los “estilos de vida y formas de relación”, en que se propugna una igualdad de derechos fiscales, patrimoniales y sociales. Lo de la igualdad –*égalité*, de los franceses– está bien, ¿verdad? Pero, ¿igualdad en qué o entre qué cosas”? El Parlamento Europeo:

- Solicita a los Estados miembros que todavía no lo han hecho que adecúen sus propias legislaciones para introducir la convivencia registrada entre personas del mismo sexo, reconociendo los mismos derechos y deberes previstos para la convivencia registrada entre hombres y mujeres.
- Pide a los Estados que modifiquen sus legislaciones con el objetivo de reconocer legalmente la convivencia fuera del matrimonio independientemente del sexo.
- Constata la necesidad de llegar a un reconocimiento de las diferentes formas de convivencia legal de carácter no conyugal y de los matrimonios entre personas del mismo sexo existentes en la Unión Europea.

El profesor J. Román Flecha se preguntaba si puede equipararse con el matrimonio cualquier tipo de convivencia interpersonal y qué significa ese reconocimiento “recíproco” de las diferentes formas de convivencia legal de carácter no conyugal y de los matrimonios entre personas del mismo sexo y en nombre de qué principios de filosofía política puede pedir a los Estados miembros una modificación de sus ordenamientos legales en estos temas.

Yo diría más: esto es un grave atentado contra la familia fundada en el matrimonio (civil o religioso), como unión de amor y de vida entre un hombre y una mujer, de la cual naturalmente nace la vida. Y hay que tener muy claro que de tal unión matrimonial, como bien necesario que es, está sólidamente basada toda la sociedad. Negar esta fundamental y elemental verdad sobre el ser humano llevaría a la destrucción del tejido social. Asimilar tales uniones de hecho, y más aún las homosexuales, a las uniones propiamente matrimoniales e invitar a que los parlamentos legislen en

este sentido, ¿no constituye un desconocimiento de la profunda aspiración de los pueblos en su más honda intimidad?

Parece ser que muchos parlamentarios no participaron en esta votación, muy preocupados ya el jueves del **week-end** en sus respectivos países; entre ellos algunos españoles de todos los partidos. Nos dirán los “catedráticos”, que enseñan cada día en los MCS, que la Iglesia no debe entrar en esos asuntos, que son meramente privados (mentira); nos dirán que estamos muy preocupados por los asuntos de “moral sexual”. Es cierto, pero en absoluto son éstas cuestiones que nada tengan que ver con cuestiones que determinan de un modo decisivo el presente y el futuro de la vida social, porque afectan de modo indisoluble a la concepción del matrimonio, de la familia y al respeto de la vida humana en su comienzo y en su fin.

¿Hay problemas sociales más importantes que éstos? ¿Y es posible abordar con espíritu de entrega y actitud auténtica de servicio desinteresado y generoso la solución de la amplia problemática social de los pobres de nuestro tiempo, con perspectivas de un responsable realismo para alcanzarla, al margen de los problemas de la familia? ¡Pues nuestros euro-parlamentarios ausentes, estaban haciendo las maletas para vivir un confortable fin de semana en vez de estudiar y votar el tema!

B) Y nosotros, ¿cómo estamos, queridas familias cristianas e Iglesia de Salamanca en general? Quiero resaltar cuanto hacéis por la familia y la vida. Son cosas admirables: matrimonios, viudos/as, movimientos familiares, grupos de familias en parroquias y en otros grupos y movimientos apostólicos y tantas familias que viven su fidelidad y misión estupendamente. Pero nos falta unión, unir fuerzas. Estamos mal, sin duda. Y no lo digo con amargura, sino con realismo. Es mi deber.

Sobra personalismo, capillitas, hacer cada uno lo que puede por su cuenta. No se aprecia la pastoral familiar, no se aprecia la Delegación Diocesana de Familia y Vida, no se le da importancia.

Muy poco enseñamos y cultivamos en las nuevas generaciones esa vocación tan importante que es la vocación a ser cónyuges, padre y madre, familia. Nos avergüenza o nos da mucho miedo educar la sexualidad de nuestros hijos y jóvenes y nos los educan constantemente y mal otras insti-

tuciones o grupos que no tienen inconveniente en decir que son progresistas y que ofrecen la libertad. ¿Qué libertad?

Hacemos esfuerzos en preparar a los novios, pero demasiado tarde o con poca profundidad. Tenemos complejo en educar para la vida o en educar en los métodos naturales de planificación familiar y creemos que son más modernos quienes utilizan todo tipo de métodos artificiales en contra de la vida y de la Ley de Dios. Y de repente nos tiene que decir la ONU la catastrófica situación de la demografía de nuestra Patria (21 de marzo de 2000), como consecuencia de “nueva situación cultural” a la que antes aludí.

Hacen falta grupos en cada parroquia de pastoral familiar específica, como existe el grupo de Cáritas, los catequistas o los visitadores de enfermos para ayudar a educar en la vocación al matrimonio, en la verdadera sexualidad, en el anuncio explícito del Evangelio de la vida a padres despidados que sólo se acercan a las parroquias a la hora del Bautizo y la Primera Comunión de sus hijos. Es una cuestión urgente.

Hacen falta monitores, expertos normales en familias normales, despectivamente llamadas “tradicionales” por la cultura dominante, para enseñar a vivir la verdadera familia. Hace falta que los movimientos familiares entren en las parroquias y no sean tenidos allí como extraños a ellas por los sacerdotes, que los grupos de matrimonios en las parroquias desechen la endogamia y se unan a otros grupos en las lejanísimas fronteras de las parroquias de... al lado, para trabajar en común, porque comunes son los problemas.

Hace falta que religiosos/as opten por esta tarea, de crear y acompañar a la familia y dejar otras cosas menos importantes. Hacen falta más sacerdotes en la pastoral familiar y más seminaristas y más padres y madres de familia.

Hace falta mimar y abrir los ojos a las familias para que no se queden encerradas en sí mismas, sino que salgan en ayuda de otras familias en tantos campos. Hace falta ser Iglesia diocesana también en la pastoral de la familia y de la vida.

He aquí, queridos hermanos, un tema de sumo interés, sobre el que hemos de centrar nuestro examen de conciencia en este Jubileo. Están en

juego el presente y el futuro de la Iglesia y de la sociedad salmantina. Con la ayuda de Dios hemos de afrontar esta delicadísima tarea en comunión sincera, con serenidad, humildad y cordialidad, pero con lucidez, esperanza y valentía.

A ti, Virgen María, aurora del mundo nuevo de la Pascua, Madre de los vivientes, confiamos esta causa de la familia y de la vida. Haz que, quienes creemos en tu Hijo, sepamos anunciar con firmeza y amor a los hombres y mujeres de nuestro tiempo el Evangelio de la Familia y de la Vida. Amén.

Vigilia de Pentecostés

Pablo VI aludió en una ocasión al papel mayoritariamente secundario que el Espíritu Santo tiene hoy en la vida de los cristianos: *“el Espíritu Santo es poco conocido por nuestra cultura religiosa, poco anunciado por nuestra catequesis, poco honrado por nuestra piedad, poco estimado por nuestra espiritualidad”*. No fue así en la vivencia de la fe para los primeros cristianos, como han mostrado los textos bíblicos leídos en esta Vigilia.

Jesús había prometido en su discurso de despedida de la Última Cena, que enviaría otro Paráclito (= Defensor, Consolador, Abogado, Abogado defensor, Testigo de cargo). En este día de Pentecostés, en el trasfondo de la celebración judía que conmemora la entrega a Moisés de las tablas de la Ley, están reunidos aquellos discípulos, con las puertas cerradas, muy probablemente “junto a María la madre del Señor”. Reciben una efusión del Espíritu que les llevó a descerrajar las puertas y a salir valientemente a predicar a Jesús Resucitado. El *“ruido del cielo”*, *“el viento recio”* y las *“lenguas, como llamaradas”* son alusión a ese episodio del monte Sinaí en que constituyó Israel como pueblo, además de aludir al *“día del Señor”* de los profetas, es decir, a una manifestación especial de Dios, denominada teofanía o visión.

Nunca debemos olvidar que Pentecostés y la venida del Espíritu es una nueva etapa, en efecto, en la manifestación de Dios: nace en ella la

Iglesia, el nuevo pueblo de Dios. Hay además en el texto de Hechos una alusión muy clara al episodio bíblico de Babel: allí los hombres y mujeres comienzan a no entenderse, cuya manifestación son las distintas lenguas habladas por la humanidad.

Es la “confusión de la torre de Babilonia” como rezaba aquella impresionante tabla que exhibía en el Trascoro de la Catedral Nueva, creo recordar, de “Las Edades del Hombre” de Salamanca. Ahora, por el contrario, se inicia una nueva etapa en que los hombres, a pesar de hablar lenguas distintas y ser de muchos pueblos, se entienden entre sí. ¿Por qué siempre que los hombres y mujeres entienden y acogen a Dios se entienden entre ellos? ¿Por qué, además, cuando llega el Espíritu, la comunidad cristiana no es uniforme, sino que en ella hay muchos “carismas”, esas gracias o dones de Dios concedidos a sus fieles, con independencia del puesto que pueden ocupar en la institución eclesial?

Es verdad que la presencia de esos carismas entre los creyentes tienen el peligro de convertirse en fuentes de individualismo y de división, pero no por eso los carismas son malos. San Pablo afirma (en 1 Cor 12,3b-7.12-13) que los carismas son don del Espíritu y deben acreditarse entre los hermanos por dos rasgos: el reconocimiento de Jesucristo como el **Señor**, y su utilidad para **toda** la comunidad, para el bien común.

¿No habrá influido en la falta de devoción al Espíritu Santo entre nosotros que la Tercera Persona de la Trinidad no parece tener ni cara ni rostro? Ese maravilloso icono de Rublev, tan popular ahora entre nosotros, en el que las personas de la Trinidad aparecen en forma de tres figuras, todas ellas varones, no era nuestra tradición iconográfica; la nuestra ha sido representar al Espíritu Santo en forma de paloma, como se encuentra en las catacumbas romanas de san Calixto. Sobre todo después de la prohibición de Benedicto XIV en 1745 de representar con figura humana al Espíritu.

Recuerdo ahora una cita de A. Camus aplicada, tal vez, a otro tema: *“No camines delante de mí, que no te podré seguir. No camines detrás de mí, que no te podré conducir. Camina justamente junto a mí, para sencillamente ser mi amigo”*. ¿No tendría que ir por aquí nuestra vivencia personal del Espíritu Santo? Pienso que esa era la vivencia de la primera comunidad cristiana cuando sentía en su camino la fuerza y la presencia

viva del Espíritu, aunque tampoco le pusiese “cara ni rostro”. ¿No era justamente esto lo que decía Jesús con esas palabras ciertamente impresionantes: “*Os conviene que yo me vaya, porque, cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena*”? (cf. Jn 16, 7.12).

“*El tiempo más oportuno para la misión del Espíritu –dice san Cirilo de Alejandría (PG 74,434)– y su irrupción en nosotros fue aquel que siguió a la marcha de nuestro Salvador Jesucristo (...). Este mismo Espíritu transforma y traslada a una nueva condición de vida a los fieles en que habita y tiene su morada. (...). Se trata exactamente de lo que había dicho el Salvador: Os conviene que yo me vaya al cielo. En este tiempo, en efecto, descendería el Espíritu Santo*”.

¿No tendríamos, pues, que decir que cuando el verdadero *amor* llena nuestro corazón, cuando tenemos un *gozo* y una *paz* interior a pesar de las dificultades de la vida, cuando sobrellevamos con *paciencia* las luchas de la existencia, cuando la *bondad* y la *benignidad* son las que reinan en nuestro ser sobre nuestros sentimientos más mezquinos, cuando tenemos *grandeza de corazón* y la *mansedumbre* para que no nos dejemos arrastrar por el odio o el rencor, cuando nuestra *fe* es capaz de superar las dudas y las tinieblas y vivimos con *moderación* y *continencia* en un mundo tan consumista, cuando vivimos la verdadera *castidad* del corazón en un mundo que banaliza el verdadero amor... cuando vivimos de esta forma –y he enumerado los **frutos del Espíritu Santo** del viejo Catecismo– entonces tendremos una experiencia que no se puede ignorar en la vida.

Allí está la sobria embriaguez del Espíritu de la que hablan los Padres de la Iglesia y la liturgia antigua. ¿No tendríamos que decir, con A. Camus, que el Espíritu Santo es el que “*camina justamente junto a mí, para sencillamente ser mi amigo*” en esas circunstancias en que se hacen realidad esos verdaderos frutos del Espíritu Santo y que esa es su “cara y su rostro”?

En esta Vigilia prevalece la presencia de los jóvenes. Y es de agradecer. A ellos me quiero dirigir de modo especial, cercana ya la Jornada Mundial de la Juventud en Roma, donde queremos estar presentes como jóvenes de Salamanca, antes de tener una experiencia con los jóvenes y la diócesis italiana de Spoleto. El Papa ha elegido como tema de esta XV Jornada Mundial la lapidaria frase de san Juan con la que este apóstol

expresa el profundo misterio del Dios hecho hombre: “*El Verbo se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros*” (Jn 1, 14).

Me parece muy necesario subrayar la urgencia de mostrar a los jóvenes que su posible desconocimiento de Cristo y su misterio les hace perder humanidad y riqueza como personas, ya que el conocimiento de quién es Cristo alegra el corazón y descubre un mundo nuevo. No se trata, pues, de un simple impulso religioso que queramos impartir en nuestra sociedad un tanto “atea y agnóstica”.

“Lo que caracteriza la fe cristiana –dice el Papa–, a diferencia de todas las otras religiones, es la certeza de que el hombre Jesús de Nazaret es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne, la segunda persona de la Trinidad que ha venido al mundo. Esta es la alegre convicción de la Iglesia desde sus comienzos cuando canta ‘el gran misterio de la piedad’: Él ha sido manifestado en la carne (CEC 463). Dios, el invisible, está vivo y presente en Jesús, el hijo de María, la Madre de Dios. Jesús de Nazaret es Dios-con-nosotros, el Emmanuel: quien le conoce, conoce a Dios; quien le ve, ve a Dios; quien le sigue, sigue a Dios; quien se une a Él está unido a Dios. En Jesús, nacido en Belén, Dios se apropia la condición humana y se hace accesible, estableciendo una alianza con el hombre” (Mensaje del Santo Padre a los jóvenes y las jóvenes del mundo con ocasión de la XV Jornada Mundial de la Juventud, 2).

Mis queridos jóvenes: pienso que nada entenderéis de la fe cristiana sin este encuentro con Cristo en la Iglesia, que es quien posibilita su conocimiento profundo. No tendrían sentido ni las parroquias, ni la celebración, ni el que haya obispos, sacerdotes, religiosos y fieles laicos; ni que exista catequesis, grupos, educación en la fe y desarrollo del aspecto social de la fe.

Acoger a Cristo significa recibir del Padre el mandato de vivir en el amor a Él y a los hermanos, sintiéndose solidarios con todos, sin ninguna discriminación; significa creer que la historia humana, a pesar de estar marcada por el mal y por el sufrimiento, la última palabra pertenece a la vida y al amor, porque Dios vino a habitar entre nosotros para que nosotros pudiésemos vivir en Él.

Y quien puede ayudaros a acoger a Cristo y a conocer su misterio y su adorable persona es el Espíritu. Por eso es tan importante en la vida de los

cristianos y aparece en los momentos clave del itinerario de la Iniciación cristiana: ¿podría haber Bautismo sin el Espíritu? No: sería el bautismo de Juan. ¿Podría haber Confirmación sin Espíritu? No: sería un adoctrinamiento insulso y desechable. ¿Podría haber Eucaristía sin Espíritu? Imposible: sería una simple comida de hermandad de colegas que se renen, no Eucaristía del resucitado que reúne a su Pueblo y da gracias al Padre por el triunfo de la Vida, del Amor, de la fidelidad de Dios y de su Cristo.

Ven, Espíritu Divino,/ manda tu desde el cielo./ Padre amoroso del pobre;/ don, en tus dones espléndido;/ luz que penetra las almas;/ fuente del mayor consuelo. Esa es nuestra oración, ese nuestro grito suplicante en esta noche. ¡Oh llama de amor viva,/ que tiernemente hieres/ de mi alma en el más profundo centro!;/ pues ya no eres esquiva,/ acaba ya, si quieres;/ rompe la tela de este dulce encuentro. Haced vuestras estas palabras hermosas de un gran enamorado: san Juan de la Cruz. Que así sea.

En la festividad de San Juan de Sahagún

Felicidades, hermanos, en este día del santo Patrón de la Diócesis y de la ciudad. Este año, a la celebración propia de Salamanca, se ha unido esta peregrinación diocesana promovida y animada por las parroquias del arciprestazgo que lleva precisamente el nombre del santo agustino, guía de los salmantinos.

Necesitamos, en efecto, personas que sean testigos del Evangelio en nuestra sociedad, hombres y mujeres que se sepan amados por Cristo y dispuestos a vivir la nueva alianza de Cristo en la Iglesia, sea como cristianos laicos, consagrados, sacerdotes, solteros o en matrimonio, jóvenes y mayores. Pero para esto no es poca la ayuda que recibimos los actuales cristianos de los que ya han corrido la peripecia de la vida y han sido hallados fieles: los santos.

Santa Teresa y san Juan de Sahagún son nuestros Patronos diocesanos; san Juan es además el Patrón de la ciudad de Salamanca. Hacia ellos

volvemos nuestros ojos este año; hoy lo hacemos trayendo a nuestra consideración la vida de san Juan de Sahagún, aquel fraile leonés que, viviendo en “la religión de san Agustín” y bajo su regla, sirvió a esta comunidad salmantina hace ya más de cinco siglos, construyendo la paz con el testimonio de su vida.

Este aspecto es el destacado por las lecturas de la Misa de nuestro Patrono. Aparece en esa profecía de Isaías 32, visión idílica de una paz que, sin embargo, no se entiende sin la acción del derecho: el pueblo podrá habitar en dehesas de paz, si la justicia es obra de la paz. Dejando, eso sí, la venganza al Señor, sin dar lugar a la ira. Tarea ardua, pues con frecuencia nos dejamos vencer del mal, antes de vencerle con el bien. Por ahí marchaba san Juan de Sahagún, muy imbuido de las palabras de Jesús, que nos mandan amar incluso a nuestros enemigos, para ser hijos del Padre que está en los cielos.

Estoy convencido de que ahondando en la vida de nuestros santos patronos los cristianos de Salamanca saldríamos renovados. Admiremos al menos hoy lo que la Encarnación del Hijo de Dios ha aportado a la humanidad en estos 2000 años, influyendo en los hombres y mujeres, personas concretas a las que ha dignificado sobremanera, como es el caso de san Juan de Sahagún. Repito lo que he dicho en otras ocasiones: ser cristiano merece la pena porque crea personas bien interesantes, que sirven para hacer nuestra vida mejor y nuestra humanidad más amable.

Son muchas las veces que la comunidad cristiana se reúne a venerar a sus santos. Sabemos que lo hacemos teniendo siempre presente al Santo de Dios, el Hijo único de Dios, que nos ha hecho hijos en Él, el Hijo. Que no habría santos sin Jesucristo ni su ayuda de redención.

La idea de que el santo es un superhombre, en efecto, es falsa; el santo es un hombre o una mujer **real**, porque una y otro siguen a Jesucristo y, en consecuencia, al ideal por el que fue creado su corazón y del que está hecho su destino. La santidad es, por ello, el reflejo de la figura del único ser en el que la humanidad ha encontrado perfecto cumplimiento: Jesucristo.

El santo es, pues, el hombre y la mujer que más aguda y dramáticamente experimentan la fragilidad natural del ser humano y la conciencia de pecado. San Francisco de Sales escribía : “¿*Qué hay de extraño en que*

la debilidad sea débil?”. Y es que la santidad cristiana no consiste en el hecho de que el hombre da todo, sino en el hecho de que el Señor toma todo. El santo no es un héroe, cuyas hazañas épicas cantamos; es parte de un Pueblo, que confiesa con san Pablo: “Vivo yo: mas no yo; es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 19). Un santo es aquél que exclama: “Todo lo puedo en Aquél que me conforta”.

Dejadme, queridos hermanos, que vuelva aquí a destacar brevemente en san Juan de Sahagún aspectos de su santidad que me parecen relevantes: el esfuerzo realizado para que la ciudad no se desangrara del todo en las estúpidas luchas intestinas. Su intervención en un conflicto ciudadano, no creado por él, sólo se entiende justamente a partir de su fe cristiana, de su caridad llamaríamos “política”, como persona a quien le importan lo que está sucediendo a su alrededor y está haciendo daño a sus hermanos.

Conoce bien el santo agustino que “*amar es desear el bien a alguien*” y que la caridad (el amor cristiano) tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia; también exige la práctica del bien y la corrección fraterna. Viendo, pues, lo que sucede en la Salamanca del siglo XV, no se queda quieto en su convento, lamentándose de la situación, sino que decide participar en la solución de los problemas existentes.

Si decimos que, para que una sociedad funcione, es preciso que todos participen, eso es lo que hizo nuestro santo: participar en la promoción del bien común, tratando de arreglar el conflicto que destrozaba a la sociedad salmantina. Tenemos hoy el peligro los ciudadanos de las sociedades modernas de olvidar el principio de solidaridad, expresado también con el nombre de “amistad” o “caridad social”, cuando ésta es una exigencia directa de la fraternidad humana y cristiana.

El ser humano, al venir al mundo, no dispone de todo lo necesario para autoabastecerse de cara al desarrollo de su vida. Necesita de los demás, porque todos necesitamos los unos de los otros. No basta la práctica de la justicia; es necesario también el servicio gratuito del amor o la caridad cristiana, precisamente porque “*hay más alegría en dar que en recibir*”, en palabras de Jesús conservadas en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Sé muy bien que otros ciudadanos, cuya conducta no esté inspirada conscientemente por los principios evangélicos y por la caridad cristiana,

pueden y deben contribuir a la paz y justicia social y a crear un clima propicio para vivir la vida democrática en todos sus aspectos, pero el modo de vida humana inspirado en el Evangelio, como lo demuestra el ejemplo de san Juan de Sahagún y de otros muchísimos cristianos, contribuye a la buena marcha de la sociedad plural y democrática, porque contribuye poderosamente a ahondar esa vida de participación en la vida pública, sin que se tenga que prescindir de la fe cristiana, como si fuera un estorbo.

Es posible que haya cristianos que les dé miedo decir que lo son al actuar en la vida pública o política. Es algo incomprensible, porque la vida de la **polis** (participación ciudadana, educación, familia, trabajo, ética social, voluntariado, actividades que redunden en bien de la sociedad entera, etc.) ¿cómo no van a ser ámbitos de actuación, por ejemplo, de los fieles cristianos laicos?

A esos campos nos debe impulsar el amor de Cristo; en ellos hay mucho que decir y hacer desde el Evangelio. San Juan de Sahagún no actuó como hombre de bando alguno, pero sí como cristiano, como fraile a quien su fe impedía dejar que las cosas se fueran degradando más y más. Los sufrimientos que la pacificación le supusieron —que o fueron pocos— los dio por bien sufridos por amor de Cristo a sus hermanos, los salmantinos de aquella Salamanca.

A mí sólo me queda felicitarnos por este día de fiesta, de Jubileo, siguiendo la memoria de san Juan de Sahagún. Y recordar que, en mi opinión, todos hemos sido santos alguna vez. Lo que ocurre es que el mundo está, por desgracia, lleno de ex santos, como decía C. Peguy. No nos cansemos de hacer el bien: ése es el pecado de los que seguimos a Cristo. Si cada día nos convencemos a nosotros mismos de que no pasaremos de mediocres, caeremos en un suicidio espiritual. Nuestro mundo no merece esto, ni san Juan de Sahagún, ni nuestro Señor Jesucristo.

ARTÍCULOS

Apostolado Seglar

INTRODUCCIÓN

1. EL MUNDO ESPERA UN TESTIMONIO MÁS CLARO POR PARTE DE LOS BAUTIZADOS.

Han pasado más de treinta años desde que el Papa Pablo VI creó el Pontificio Consejo para los Laicos. Estos treinta años proporcionan muchos motivos de esperanza: la madurez de los fieles laicos se manifiesta, hoy, a través de sus actividades en las comunidades, en las instituciones y en los servicios eclesiales más diversos. Ellos participan más intensamente en la vida litúrgica y sacramental de la Iglesia. Desean una formación sistemática y completa. Gracias a la multiplicidad de los carismas, de los métodos y de los compromisos, está floreciendo una nueva generación de asociaciones de fieles que producen frutos abundantes de santidad y apostolado y dan nuevo impulso a la comunión y a la misión del pueblo cristiano.

Además del enorme influjo de los textos conciliares (sobre todo de *Lumen Gentium* y *Apostolicam Actuositatem*) y su desarrollo en la Iglesia postconciliar, otros factores han influido en este despertar del mundo de los fieles laicos. Respecto a los jóvenes es notable el impulso dado por las Jornadas Mundiales de la Juventud: en ellas, los jóvenes expresan con vigor su necesidad de sentido y de ideales, su deseo de una vida más humana y más auténtica.

En estos últimos años también asistimos a un proceso de afirmación de la auténtica dignidad de la mujer, que ha contado con la participación activa de la Iglesia, pues el “genio femenino” enriquece y, de hecho, está enriqueciendo cada vez más a la comunidad cristiana y a la sociedad.

Es preciso admirar, además, el compromiso de muchos cristianos en las obras más diversas de ayuda mutua, humana y social, que demuestran la creatividad constructiva de la caridad y se ponen al servicio del bien común en las instituciones políticas, culturales y económicas.

Hoy, sin embargo, el desafío más grande que se plantea en nuestra Iglesia es la descristianización general. Por ello el Jubileo invita, en palabras del Juan Pablo II, a un serio compromiso catequético y misionero. Es indispensable que todo hombre pueda descubrir la presencia de Cristo y la mirada de amor del Señor; que todo hombre y mujer escuche de nuevo sus palabras: “*Ven y sígueme*”. El mundo espera un testimonio más claro de hombres y mujeres libres, congregados en la unidad, que demuestren, con su estilo de vida, la respuesta totalmente gratuita que ofrece Jesucristo a su anhelo de verdad, de felicidad y de plenitud humana.

Pero aquí es fundamental, para ser cristianos en el tercer milenio, vivir el propio Bautismo, la propia vocación y la propia responsabilidad cristiana. No sólo porque, por desgracia, aumenta el número de los que no están bautizados en países como el nuestro de larga tradición cristiana, sino sobre todo muchos bautizados se dejan inducir a olvidar lo que han llegado a ser con la gracia que han recibido, es decir, “nuevas criaturas” (cf. Gál 6. 15) revestidas de Cristo.

Está en juego la cuestión fundamental de la educación a la fe y en la fe, en una época en la que la capacidad de transmitir la fe en continuidad con la verdadera tradición parece haber perdido todo su vigor. ¿Qué hacer? No hay otro camino que reavivar el impulso misionero y una renovación de la vida cristiana de los fieles laicos, para que la fe tenga el vigor que debe tener y nuestra Iglesia se renueve fuertemente.

Pero no quiero caer en una dialéctica que no nos lleva a ninguna parte: que los curas dejen campo a los fieles laicos –dicen unos–; que los laicos sean de una vez lo que deben ser y se arriesguen a salir de un infantilismo eclesial que les hace daño –dicen otros. Por no citar a los que quieren una Iglesia sin distinción entre fieles laicos y jerarquía de la Iglesia (Obispos, sacerdotes y diáconos). La vía que os propongo es la profundización de la conciencia de la unidad de todos los cristianos, de todos los bautizados en un solo cuerpo que es la Iglesia. Con el Bautismo entramos conscientemente en la historia de la salvación cristiana y nuestra historia

se convierte en microhistoria de la salvación. Se trata de ahondar más en lo vivas que son las relaciones entre la persona del Señor y cada uno de aquellos que, mediante el Bautismo, entran en comunión con su persona y con su vida. Desde ahí se puede entender cuál es el papel de un fiel laico.

1. *El Bautismo, fuente de vocación y misión*

Éste es, en efecto el fundamento de la vida cristiana como vida en Cristo y comunión con el Padre con Cristo en el Espíritu. Tiene también el Bautismo una dimensión eclesial de la unidad de todos los cristianos, de todos los bautizados en un solo cuerpo que es la Iglesia. La referencia al Bautismo necesariamente nos introduce en la persona y en la obra redentora y salvadora de Cristo. Las relaciones entre la persona del Señor y cada uno de aquellos que, por medio del Bautismo, entramos en comunión con su persona y con su vida son vivas y el fundamento de la existencia cristiana, pues, según palabras del Apóstol: “*Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo*” (Gál 3, 27).

La lógica de este vínculo entre la fe personal en Cristo y el redescubrimiento de nuestra comunión vital con Él y con todos aquellos que son en Él un solo cuerpo resulta evidente al profundizar en la teología del Bautismo. Cristo no es sólo alguien que vemos frente a nosotros y lo confesamos como Hijo de Dios y Redentor. No nos remitimos a Él solamente como al que revela al padre, o como modelo y maestro de la humanidad. Nuestra relación con Él no es únicamente una adhesión intelectual de fe a su persona y a su doctrina; ser cristianos no consiste sólo en ser fieles a su palabra e imitar su vida. Ser cristianos significa estar en comunión con su persona y su misterio: vivir en Cristo, o mejor, dejar que Él viva en nosotros su filiación divina, la consagración y la misión en el Espíritu, su pasión por el Reino del Padre. El cristiano es como un suplemento de humanidad para Cristo. Cristo no está sólo frente a nosotros o con nosotros, está en nosotros.

El fiel de Cristo (“christifidelis”) es, desde luego, un discípulo que sigue e imita al Maestro; un creyente que acoge su persona y su doctrina; un apóstol que da testimonio de su Evangelio. Pero es algo más: es una persona que vive en Cristo, que vive de Él, que está unida a Él como el sarmiento a la vid, que reproduce en su ser el dinamismo de la vida de Jesús,

del Padre y hacia el Padre, en el Espíritu Santo. Entre Cristo y el cristiano media una comunión de vida cuyo vínculo más íntimo es la misma vida del Padre, derramada en nosotros por el Espíritu.

Pablo VI escribió una página estupenda sobre el Bautismo. En ella habla de la pedagogía del bautizado y de la vida interior, arraigada en la comunión con Cristo en la Iglesia, como los sarmientos en la vid. Es una página comparable a las síntesis más bellas sobre el Bautismo de los Padres de la Iglesia. Vale la pena releer esa página:

“Es necesario volver a dar toda su importancia al hecho de haber recibido el santo Bautismo, es decir, de haber sido injertado, mediante tal sacramento, en el Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Y esto especialmente en la valoración consciente que el bautizado debe hacer de su elevación, más aún, de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios, a la dignidad de hermano de Cristo, a la suerte, queremos decir, a la gracia y al gozo de la inhabitación del Espíritu Santo, a la vocación a una vida nueva, que nada ha perdido de humano, salvo la desgracia del pecado original y que es capaz de dar las mejores manifestaciones y gustar los más ricos y puros frutos de todo lo que es humano. El ser cristiano, el haber recibido el santo Bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente o sin valor, sino que debe marcar profunda y dichosamente la conciencia de todo bautizado; debe ser en verdad considerado por él —como lo fue por los cristianos antiguos— una iluminación, que haciendo caer sobre él el rayo vivificante de la verdad divina, le abre el cielo, le esclarece la vida terrena, le capacita a caminar como hijo de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna felicidad. Es fácil comprender qué programa pone delante de nosotros y de nuestro ministerio esta consideración”.

En realidad, Pablo VI no hace sino recoger lo que san Pablo dijo en Rom 6:

“¿Ignoráis acaso que todos a quienes el Bautismo ha vinculado a Cristo hemos sido vinculados a su muerte? En efecto, por el Bautismo hemos sido sepultados con Cristo quedando vinculados a su muerte, para que así como Cristo ha resucitado de entre los muertos por el poder del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva. Porque si hemos sido injertados en Cristo a través de una muerte semejante a la suya, también compartiremos su resurrección. Sabed que nuestra antigua condición pecadora quedó clavada en la cruz con Cristo, para que, una vez destruido este cuerpo marcado por el pecado, no sirvamos ya más al pecado” (Rom 6, 3-6).

Yo creo que, antes de hablar en la Iglesia tanto de problemas de cómo estructurar la actividad de laicos, de los miembros de la vida consagrada o de los pastores, hay que tener en cuenta que “Es la inserción en Cristo, por medio de la fe y de los sacramentos de la iniciación cristiana, la raíz primera que origina la nueva condición del cristiano en el misterio de la Iglesia, la que constituye su más profunda ‘fisonomía’” (...). De este modo, sólo captando la misteriosa riqueza que Dios dona al cristiano en el santo Bautismo es posible delinear la ‘figura’ del fiel laico” (CFL 9). Una estupefante descripción de lo que son los cristianos aparece en el célebre pasaje de la Carta a Diogneto, que leemos como segunda lectura en el Oficio el miércoles de la 5ª semana de Pascua.

Ahora sí podemos acercarnos a la definición que el Concilio Vaticano II da del fiel laico en LG 31: *“Por laicos se entiende aquí a todos los cristianos, excepto los miembros del orden sagrado y del estado religioso reconocido en la Iglesia, a saber, los cristianos que están incorporados a Cristo por el Bautismo, constituidos en Pueblo de Dios, y que participan de las funciones de Cristo: Sacerdote, Profeta y Rey. Ellos realizan, según su condición, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”*.

El carácter secular es lo propio y peculiar de los fieles laicos. Los miembros del orden sagrado, aun cuando pueden algunas veces ocuparse de realidades profanas e incluso ejercer una profesión civil, sin embargo, en razón de su vocación particular, se ordenan principalmente al sagrado ministerio como a profesión propia, mientras los religiosos, por su estado, dan un testimonio magnífico y extraordinario de que sin el espíritu de las bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios. Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, que forman como el tejido de su existencia. Es ahí donde Dios lo llama a realizar su función propia, dejándose guiar por el Evangelio para que, desde dentro, como el fermento, contribuyan a la santificación del mundo, y de esta manera, irradiando fe, esperanza y amor, sobre todo con el testimonio de su vida, muestren a Cristo a los demás. A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estre-

chamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor.

Puestos aquí, entendemos toda la doctrina que sobre los fieles laicos elaboró el Concilio y el postconcilio, culminando en el Sínodo de 1987 y la posterior exhortación *Christifideles Laici* (30 de junio de 1988). Es una doctrina clara, nítida, diría yo, pero por desgracia no llevada a la práctica en su totalidad. Incluso se puede decir que llevada a la práctica en un porcentaje muy corto. Muchas son las razones, entre las que destacan: el excesivo papel que los clérigos han jugado en la Iglesia desde hace muchos siglos (y sociológicamente muy difícil de cambiar); la falta de una fe en exceso sociológica y no personal en la inmensa mayoría de los fieles laicos; la leve vivencia de la Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo, Esposa del Señor, Casa de Dios, Edificio santo construido sobre la Piedra angular, Cristo; cierto miedo de los ministros por confusión de papeles y falso democratismo; por faltarnos formas concretas de colaboración y corresponsabilidad en el vivir eclesial de cada día.

LG capítulo IV (n^{os} 30-38); el Decreto sobre el apostolado de los laicos (AA), leídos despacio, de modo que entre en nosotros su novedad, forma las bases del estado laical en la Iglesia, el origen de su vocación y la misión y corresponsabilidad en el apostolado de la Iglesia. Aunque las condiciones sociales e históricas han cambiado, estos textos no han perdido su vigor y su vigencia. Sin ellos no se explican el Sínodo de 1987 y la CFL, un documento que avanzando sobre lo que el Concilio dijo sobre los fieles laicos, tanto lo que tiene de común con los ministros de la Iglesia y los miembros de la vida religiosa, como lo propio y característico, no hace sino explicitar lo que aquel acontecimiento para la vida de la Iglesia fue el Vat. II.

ANÁLISIS DE CHRISTIFIDELES LAICI

Con lo que yo he acabado de exponer no pretendo decir que esté resuelto el tema de la vocación y la misión de los fieles laicos en la Iglesia y en el mundo. Sin duda que se puede hablar de falta de tono en la vocación y en la vida de los que en la Iglesia de Salamanca forman el Presbiterio diocesano, presidido por el Obispo al que ayudan los diáconos

permanentes; pero esto mismo sucede con los fieles laicos, que además son la inmensa mayoría de la Iglesia de Jesucristo que camina en Salamanca. Es bueno, pues, analizar, ver cuáles son las causas y razones de que no acabe de gustarnos la situación por la que atraviesa el laicado de la Iglesia de Salamanca. No busco culpables ni responsables de esta situación; trato sólo de describir.

Podéis entender que el problema es muy amplio y muy complejo y que arranca de una deficiente iniciación cristiana en los que formamos parte de esta Iglesia. Pero algo hay que decir, aunque sea con la sensación de querer simplemente ayudar a discernir, no a juzgar a nadie, exhortando, eso sí, a una reconversión profunda, basada en un amor grande a Jesucristo.

Los que formamos la Iglesia de Salamanca tenemos muchos siglos de historia y, como sucede en otras Iglesias de nuestro entorno, hemos vivido la ilusión de una Iglesia renovada, tras el Concilio, pero tal vez creyendo que esta era una tarea fácil. No hemos tenido en cuenta cómo es el corazón del hombre, hemos improvisado mucho y no hemos caído tampoco en la cuenta de las fuerzas disgregadoras de la sociedad en que vivimos, creyendo que eran “cristianas”. Estoy, por supuesto, simplificando.

En el campo de la iniciación y educación en la fe de los fieles laicos, porque se había perdido hace mucho tiempo el sentido de Pueblo de Dios, de comunidad cristiana que educa, acompaña y anima a sus miembros, porque se había perdido hace mucho tiempo el sentido de un iniciarse progresivamente a la fe y el seguimiento de Jesucristo y la organización de la misma comunidad cristiana, los inmensos buenos deseos de renovar la catequesis y la educación en la fe, la vida celebrativa y todo el aspecto social de la fe que transforma el ambiente y las personas, no han dado los frutos esperados, de modo que hay una insatisfacción cada vez mayor, porque en los últimos años las condiciones para que se den posibilidades favorables cada vez han ido empeorando. Y los ámbitos genuinos de iniciación y educación en la fe (familia, parroquia, escuela, movimientos apostólicos) tienen unos competidores formidables, maestros cuyo magisterio influye cada vez más en los posibles discípulos de Cristo.

Sigue habiendo personas buenísimas, generosas, dispuestas a la tarea en nuestras parroquias y comunidades, pero desbordadas y un poco deso-

rientadas por los nuevos problemas de la evangelización, la catequesis, la formación de grupos. A la dificultad que tienen los humanos de asociarse, las parroquias han unido una tendencia muy fuerte a convertirse en el único ámbito u hogar donde el fiel laico despliegue su proceso de formación, vivencia y misión, con una notable alergia a movimientos apostólicos que, nacidos y radicados en las parroquias, fueran complemento válido de estas comunidades cristianas básicas y naturales en que se vive la Iglesia. Los movimientos apostólicos que existen en nuestra Iglesia tienden a aislarse un poco y no consiguen convencer a que sean parte de la parroquia en la pastoral general de la Iglesia diocesana: bien sean movimientos de Acción Católica, movimientos que tienen su origen en carismas de fundadores de familias religiosas o en los carismas de los fundadores de nuevos movimientos y comunidades eclesiales, no muy numerosos entre nosotros.

Los procesos de catequesis, formación y profundización en la fe, que han supuesto y suponen un enorme esfuerzo y una admirable dedicación, no han conseguido articular un laicado sólido, que tenga presencia significativa. Y sobre todo, en las generaciones nuevas no consigue la transmisión de la fe en la profundidad requerida en esta sociedad plural, diversificada, atomizada, que no da certezas de fe, de modo que los fieles laicos están, salvo excepciones, que las hay, un tanto inarticulados, atomizados, sin mucha cohesión y sin demasiado vigor cristiano.

Tampoco las estructuras pastorales más generales de la Iglesia de Salamanca (vicarías, consejos, delegaciones), con el Obispo a la cabeza, han acertado a dar vigor a los fieles laicos y no suscitan entusiasmo sus planes pastorales o las acciones pastorales propuestas. El Obispo tiene la impresión de no conseguir una unidad, dentro de la enorme diversidad que una Iglesia diocesana debe tener y su trabajo no consigue tampoco encontrar el cómo para una nueva forma de acción pastoral que, aunque conociendo las dificultades para una nueva evangelización, vaya conformando un itinerario para conseguir un laicado con vigor que afronte los retos de una Iglesia en medio de una sociedad plural y no toda cristiana. Las unidades pastorales, compuestas de varias comunidades parroquiales, tampoco arrancan ni en el mundo rural ni en la ciudad.

¿QUÉ HACER? MUCHO HAY QUE HACER

Primero y principal: creernos que lo que tenemos y ofrecemos es un tesoro maravilloso, valiosísimo, que nos ha dado a nosotros la felicidad: Jesucristo y su Reino, presente ya en la Iglesia. No hace falta que seamos muchos los que estemos convencidos de ello, aunque yo creo que somos más de los que parece, y están desconcertados por la situación, pero sí hace falta la UNIDAD básica de la fe.

Segundo: deseos de transmitir la fe, siendo conscientes de la dificultad que ello implica, como miembros de la Iglesia. Quitando complejos, que tenemos muchos, como si el mercado de la vida ofreciera a los hombres y mujeres de nuestro mundo cosas valiosísimas con las que no podemos competir.

Tercero: aceptar que nosotros no tenemos, por nosotros mismos, posibilidades de cambiar el corazón de nuestros hermanos para nuestro Dios, y que es el Espíritu Santo quien hace esta función; con lo que seremos más humildes, más dados a la oración y el sacrificio y más realistas, purificando nuestra intención.

Cuarto: conocer en profundidad las primacías que tiene nuestra Iglesia hoy, que sin duda responden a los problemas más acuciantes que tenemos entre manos.

La Eucaristía y la celebración de la Eucaristía en la Iglesia

Un apunte primero que me parece importante actualmente: después que la reforma litúrgica del Concilio ha llegado a su término, es urgente una aproximación teológica a la Liturgia de modo que aparezcan los contenidos fundamentales del misterio del culto cristiano en el centro de la Iglesia y de la vida cristiana. La Teología manifiesta la dignidad de la Liturgia, y la carencia de una Teología de la Liturgia, como ocurrió en las manifestaciones históricas del alegorismo, de la Devotio moderna, del protestantismo y del iluminismo, empobrece enormemente la formas y el

estilo de la Liturgia eclesial. No olvidemos que el arraigo de la fe cristiana en el hombre y el mundo depende en gran manera de cómo se celebren los sacramentos y las demás acciones litúrgicas.

Me interesa poner sobre el tapete un problema que cada vez preocupa más: ¿cómo se celebra? Me refiero al sentido profundo de la cuestión, no al aspecto rubricista, importante, pero secundario. Hubo una polémica entre las grandes guerras europeas y que rebrotó tras el Concilio: ¿cuál es la “forma” esencial de la Santa Misa? Repito que se trata de la forma como una dimensión teológica y espiritual, no se trata de rúbricas, que están para ayudar.

Para encontrar esta forma existía un camino sencillo: la celebración eucarística ejemplar, la introducción de la Eucaristía por Jesús mismo, que está descrita con bastante detalle en el NT. Tuvo lugar un Jueves Santo, en la Última Cena. De ella parece resultar con claridad irrefutable que la forma esencial de la Eucaristía es una COMIDA. “Haced ESTO”, se refería en concreto a una COMIDA. Entonces; ¿quiere decirse que la Eucaristía no es un sacrificio? No puede ser: Trento lo dijo muy claramente.

La falta de claridad en la relación entre las esferas dogmática y litúrgica, que siguió presente incluso en el Vaticano II constituye el problema central de la reforma litúrgica; por ese lastre se explica una buena parte de los problemas que nos ocupan desde entonces. Hay que aclarar esa relación. Y no puede hacerse mediante una reflexión puramente formal, sino a través de un análisis crítico del contenido de la tesis principal que interpreta la Eucaristía como una comida. Porque esta tesis está construida de tal manera que establece una separación tajante entre el contenido dogmático y la forma litúrgica, en la medida en que sigue reconociendo la tesis dogmática del carácter de sacrificio que tiene la Misa. Y no puede haber tal separación.

¿Podría resolverse el problema aceptando que la forma básica de la Misa es la **Eucharistia**? Es decir, al denominar a toda la celebración de este modo, cosa que sucede desde san Ignacio de Antioquía, la forma básica de la Misa no se llama “comida”, sino que conserva la necesaria y fructuosa diferencia entre el ámbito litúrgico (que se ocupa de la forma) y el dogmático, pero ambos no quedan separados, sino que convergen y se influyen mutuamente. Además no se excluye el elemento de comida/banquete, porque **Eucharistia** también es (pero no sólo) bendición de la

Sagrada Cena; pero el simbolismo de la cena está subordinado e integrado en otro mayor.

Pero ya sabéis que existe una tendencia en muchos hijos de la Iglesia que piensan que en ella se ha ido dando un progresivo alejamiento de lo originario ya en la primera generación cristiana, que ha ido a más posteriormente. Ve divergencia entre historia y dogma, el paso de Jesús a la Iglesia. De hecho en muchas investigaciones exegéticas se tiende cada vez más a separar la Cena de Jesús del sacramento eclesiástico.

H. Schürmann¹ ha sido el exegeta que, de manera decisiva, ha contribuido a la aclaración de la pregunta de cómo se pasó de la Última Cena de Jesús a la Eucaristía de la Iglesia. La Eucaristía de la Última Cena fue una cena pascual que tuvo con seguridad 4 partes: las entradas, la liturgia pascual, la comida principal y los ritos de conclusión. El ofrecer el pan pertenecía a la comida principal; el cáliz de la bendición venía después de la comida, como indica Lc 22, 20 (“después de la cena tomó el cáliz”).

De aquí deduce Schürmann dos cosas:

- 1) El acontecer eucarístico fue en la Última Cena una parte integrada, es decir, constitutiva de una forma de comida.
- 2) El acontecimiento eucarístico tuvo en la Última Cena una **cierta autonomía y un significado propio** frente al acto de comida pascual en sí. Lo que el Señor hace aquí es algo nuevo, inmerso en un marco antiguo —el ritual de la cena judía—, pero que presenta claramente una dimensión propia; esta cena se ofrece para ser repetida y de esta manera se disocia del contexto en el que se celebró.

Hay una integración de lo antiguo y lo nuevo. La mera oración de Cristo se desarrolla aún dentro de la liturgia judía. Todavía no ha llegado la crucifixión, si bien ésta se inicia de alguna manera en ese momento. No se ha dado tampoco la separación entre Jesús y la comunidad del Pueblo de la primera alianza, es decir, no existe la Iglesia como tal.

1 H. SCHÜRMAN, “Die Gestalt der Urchristlichen Eucharistiefeyer”. En *ibid.*, Ursprung un gestalt. Erörterung und Bsignnung zum Neuen Testament, Düsseldorf, 1970, pp. 77-79.

Al no existir todavía lo cristiano como algo independiente, sino sólo en una forma aún abierta dentro del ámbito de lo judío, tampoco puede existir una forma litúrgica cristiana propia e independiente. Esto nos lleva a contrastar un hecho, que a menudo se ignora, y cuyo olvido es la causa del error en todos los intentos de deducir la forma litúrgica cristiana partiendo directamente, y sin un análisis crítico, de la Última Cena. Hemos de recordar, por ello, lo siguiente: si bien la Última Cena de Jesús es el principio de toda la liturgia cristiana, ella misma no es todavía liturgia cristiana.

Dentro del ámbito de lo judío surge el acto de instauración de lo cristiano, pero todavía no ha adquirido una forma propia como liturgia cristiana. La Última Cena es la base del contenido dogmático de la Eucaristía cristiana, pero no su forma litúrgica. Ésta no existe aún como realidad cristiana. La Iglesia tuvo que encontrar su propia forma, conforme al sentido de lo que le había sido transmitido.

Esto no es decadencia, sino necesidad inscrita en la naturaleza del proceso. En mi opinión nos encontramos ante un punto clave, no sólo en las discusiones sobre la forma litúrgica, sino también decisivo para la comprensión básica de todo lo cristiano. La teoría de la decadencia de la primera cristiandad de Jesús y con ésta de todo el hiato/separación que se sigue viendo hoy a menudo entre Cristo y la Iglesia (ésta es la visión de Jesús que H. Küng ofrece en su libro "Ser Cristiano", desde 1975), se deben al desconocimiento de esta realidad.

Y si esto es así, no puede haber una continuidad histórica directa de forma entre Cristo y la Iglesia. La unidad con Jesús se tiene que buscar por tanto necesariamente en la discontinuidad de la forma, como sucedió en el paso de la proclamación del Reino a la Iglesia de los gentiles.

Por otro lado, la cena comunitaria (el agapé cristiano) de los primeros cristianos no era la repetición de la Última Cena de Cristo, sino que era una continuación del cotidiano sentarse a la mesa de Jesús con sus discípulos. Por ello hay que decir, que el mandato de repetir la cena dado por Jesús no iba dirigido a la Última Cena en su totalidad, sino solamente a las acciones eucarísticas específicas. De acuerdo con esto, no se repetía cada vez la Última Cena como tal. La cena en sentido propiamente dicho va por delante y se concluye antes de la celebración eucarística. Este proceso se reconoce claramente en 1 Cor 11, 17-34, pero se entrevé también en el

hecho de que las palabras del pan y el vino sean iguales en los evangelios de Mateo y Marcos.

Así que la Eucaristía Cristiana no se puede entender a partir de las comidas con los pecadores de Jesús y tampoco como la mera continuación de la comida comunitaria diaria de Jesús con los suyos. La Eucaristía cristiana como tal no es una simple repetición de la Última Cena, que sería irrepetible tal y como fue; si además fue una Cena de Pascua (hecho que parece razonable aceptar por los datos que proporciona el NT), queda descartado directamente su carácter de repetición: la Pascua tiene lugar al menos una vez al año y va ligada al calendario lunar. La Eucaristía se celebra semanalmente. Sin embargo, no cabe duda de que incorpora muchos elementos de la tradición pascual judía, como son su carácter festivo y una comunidad limitada con condiciones de admisión concretas.

Por otro lado, podemos decir que la Eucaristía Cristiana comienza claramente a adoptar su forma propia en la época de los Apóstoles. En realidad, lo que aclara todo este fenómeno es que los actos o celebraciones eucarísticas se extrapolan del contexto pascual judío y reciben un **nuevo** contexto: el “Día del Señor”, es decir, el día del primer encuentro con el Resucitado. En este sentido, el domingo es el primer día de la semana (que al mismo tiempo es el día primero de la creación y que ahora inaugura la nueva creación), y es el verdadero lugar interior en que la Eucaristía adquiere su forma cristiana. No olvidemos que junto a la celebración eucarística en la noche, Plinio, en carta a Trajano, nombra la práctica de la celebración por la mañana. Lo mismo vemos con san Justino (+ 165), que vincula la celebración en la mañana del domingo con la Resurrección.

Precisamente en la descripción que san Justino hace de la Eucaristía, esta comida ya no puede ser entendida como real, sino sólo simbólica: tanto se ha idealizado la forma de comida. Pero esta Eucaristía, en su celebración, no tiene por qué ser entendida como si una separación se diera en Jesús y la Iglesia (el hiato histórico de A. Loisy).

La ofrenda del Señor no es una forma rígida, sino una realidad viva, que estuvo abierta al desarrollo histórico. Cosa que tampoco han entendido los que rechazan la reforma litúrgica del Vaticano II. Es más, sólo aceptando ese desarrollo se penetra en la continuidad con Jesús. La visión sacramental de la Iglesia parte de una unidad intrínseca del crecimiento,

que se mantiene fiel precisamente en el progreso que unifica las diferentes fases históricas en la fuerza del único Señor y su ofrenda.

Eucaristía significa tanto el regalo de la “communio”, en la que el Señor se hace comida para nosotros, como la entrega de Jesucristo, quien completa su sí al Padre con el sí de la cruz, reconciliándonos por este “sacrificio” con el Padre. Entre “comida” y “sacrificio” no hay una contradicción: en el nuevo sacrificio del Señor ambas cosas se hacen inseparables.

Pero sigue siendo importante subrayar la legitimidad del paso de la cena a la Misa de la Iglesia y analizar como en medio de nosotros ha entrado la idea de que existe de algún modo un hiato/separación entre Jesús y la Iglesia, entre la noticia pre y postpascual, es decir, la esencia de la formación y la tradición de la Iglesia.

¿Cuáles son las alternativas más frecuentemente aducidas a la hora de determinar el origen de la Eucaristía que celebra la Iglesia después de Cristo? La comida judía; la Pascua judía; las comidas de Qumrán; las comidas de Jesús con los suyos; la multiplicación de los panes y los peces; y las Comidas del Resucitado. H. Gese² ha conseguido demostrar que ninguno de estos hipotéticos orígenes puede corresponder con los datos de las fuentes del NT.

Hay en el AT, sin embargo, una comida festiva relacionada con una forma básica de sacrificio, que tenía como elementos esenciales el pan y el vino, elementos no sangrientos. La comida como sacrificio adquiere su significado específico en “ocasiones” especiales como son la comida que inaugura la Alianza de Dios con el pueblo en el Sinaí (Ex 24, 11) o la que establece la Nueva Alianza en Sión (Is 25, 1-10, con una forma especial de sacrificio de acción de gracias).

Precisamente una forma de comida de este tipo estaba muy arraigada en el Judaísmo de tiempos de Jesús, según la Mishná: se trata de la *tôdah*, en el sacrificio de acción de gracias, que se diferenciaba considerablemente, en lo que respecta al rito del sacrificio propiamente dicho (*Zâbah*), aunque forma parte de él. Se puede decir incluso que esta *tôdah* formó el fun-

2 H. GESE, “Die Herkunft des Herreumaches”, en *ibid.*, Zur biblischen Theologie, München 1977, pp. 107-127.

damento cultural de tantos salmos. Los salmos 61, 51 y 40, así como 1-12 y el 22 precisamente desarrollan lo que es el sacrificio **tôdah**. Y el sal 22 bien puede decirse que se convirtió para los evangelistas en el “guión” de la pasión de Cristo.

¿En qué consiste la **tôdah**? “*El sacrificio de acción de gracias presupone una determinada situación. Si una persona es liberada de un peligro mortal, de una enfermedad que le destroza la vida, o de una persecución a muerte, celebra esta salvación divina mediante un sacrificio de agradecimiento, como un nuevo comienzo de su existencia. Así reconoce a Dios como el salvador en una comida de “reconocimiento” y de sacrificio de acción de gracias: precisamente la **tôdah**. Invita a los suyos, sacrifica un animal (...) y celebra con los invitados la inauguración de su nuevo ser (...) sólo se puede conmemorar y dar gracias a Dios por la salvación rememorando el paso por la situación desesperada y acto salvífico (...). No es un mero acto de sacrificio, sino un sacrificio de reconocimiento (...): los actos de la palabra y la comida, la alabanza y el sacrificio constituyen una unidad. El sacrificio debe ser interpretado como una ‘ofrenda’ a Dios, sino que se trata sobre todo de un ‘homenaje’ al Salvador. Y es regalo de Dios el hecho de que la persona salvada pueda celebrar su vida en una comida sagrada*” (pp. 117ss).

En este tipo de sacrificio es decisivo el reconocimiento agradecido. A diferencia de la comida de sacrificio, la “**tôdah**” no incluye sólo un sacrificio concreto de carne, sino también la ofrenda no sangrienta del pan fermentado. Así el pan y el vino adquieren un significado especial en la “**tôdah**”, el uno se convierte en una parte del sacrificio mismo, el otro recibe un significado esencial en el hecho anunciador (p. 119).

Tal vez en todas estas ideas encontramos respuesta a la cuestión del origen de la Eucaristía de Jesucristo. En la piedad de la “**tôdah**” del AT se da por adelantado de una manera estructural toda la cristología eucarística. El diagnóstico que hace Gese dice así: “*La Cena del Señor es la “**tôdah**” del Resucitado*” (p. 122). No es necesario para ello entrar en todos los detalles. Sólo es importante recordar cómo el sacrificio de la “**tôdah**” del AT alcanza en el NT una profundidad decisiva, pero respondiendo a su sentido originario, y precisamente así se transforma a la Antigua Alianza en Nueva.

En la antigua "tôdah" el salvado donaba un animal para inmolarse como sacrificio para él mismo y su comunidad. El Resucitado, sin embargo, se entregó a sí mismo. El sacrificio es **su** sacrificio, su existencia terrenal y corpórea, que fue sacrificada (...). Los alimentos de la Cena Sagrada, representados por la ofrenda del pan, son en cuanto a su sacralidad el sacrificio del Cuerpo de Cristo. El pan no significa el Cuerpo de Cristo en sentido metafórico, sino que en él se encuentra su esencia, como sustancia de la cena: el sacrificio de Jesús en la cena de la "tôdah".

Ya decía un postulado rabínico: *"En los tiempos (mesiánicos) venideros cesarán todos los sacrificios, pero el sacrificio de la "tôdah" no terminará en toda la eternidad, y cesarán todas las canciones (religiosas), pero las canciones de la "tôdah" no cesarán jamás"* (Citado por Gese, p. 122). En la "tôdah" de Jesús este postulado adquirió su sentido.

Todo lo dicho acerca de la "tôdah" puede dar luz sobre el concepto de sacrificio, objeto de discusión en las últimas cuatro décadas, incluso es un concepto la "tôdah" ecuménico pues se pueden aceptar las intenciones centrales de Lutero y permite ver la unidad intrínseca de ambos Testamentos, algo relegada en la Teología moderna: la Alianza de Dios ha alcanzado su forma definitiva, haciéndose Nueva Alianza. Se pone además de manifiesto el significado de la presencia real y de toda la teología de la celebración pascual de los cristianos a partir de su origen bíblico, de la Sagrada Escritura.

Por otro lado evita reduccionismos, pues no se cree que una reducción en la Eucaristía de la dimensión sacramental ayudaría al hombre moderno, sino al contrario, tales reducciones ya se introdujeron hace tiempo y han sido las causantes de muchos malentendidos. Sólo una interpretación completa y positiva de esta fiesta eucarística central puede ser una verdadera ayuda, pues la liturgia de la Cena del Señor es todo menos un terreno experimental.

Habría que hacer una única observación a H. Gese: el sacrificio de la "tôdah" de Jesús es un rito de acción de gracias del que está salvado; de manera que sólo puede celebrarse en un sentido verdadero después de la Resurrección. La Eucaristía en la Última Cena es sólo posible como anticipación, pero no puede surgir exclusivamente a partir de ella, porque la Cena depende de las palabras de entrega de Jesús en la cruz y su esperanza

en la resurrección; sin éstas no estaría la Cena completa, o se quedaría en el plano ideal. Lo que significa una vez más que la Última Cena, de por sí, no tiene una forma plena.

Establecer el origen de la Eucaristía en la institución de la “tôdah” significa en realidad exactamente eso: que su surgimiento en la Iglesia a partir de una mera cena pascual es imposible. La idea de la “tôdah” hace de la Última Cena una forma abierta, porque no llega a hacerse realidad hasta que la muerte en la cruz y la resurrección acontecen.

CONSECUENCIAS

El tema de la estructura de la celebración litúrgica y de la Eucaristía es polémico y pone de manifiesto un desacuerdo profundo sobre la esencia de la celebración litúrgica, su origen, sus ministros y su forma adecuada.

Pongamos un ejemplo de lo que podríamos llamar “nueva Liturgia”, concepto muy equívoco, por cierto. “Nueva Liturgia” es, en sentido positivo: creatividad, libertad, celebración, comunidad; en sentido negativo: rito, vínculo ceremonial, interioridad, preceptos de la Iglesia.

Texto: “La liturgia no es un ritual regulado oficialmente, sino una celebración concreta, estructurada por definición en torno a la asamblea, y que dispone de un amplio margen para establecer sus reglas. La liturgia no es un culto devocional objetivo que hay que cumplir estrictamente y es específico de la Iglesia. Igual que se da al sacerdote el misal, también se le entrega a la comunidad el libro de cantos para que desempeñe su papel. El papel de la comunidad se acentúa también, porque la liturgia se desarrolla en un sitio concreto y en una comunidad determinada. Desde la reforma litúrgica se ha revalorizado la canción. Lo verdadero ya no está oculto tras los cantos, sin que lo que se canta es lo verdadero”.

En este texto hay apreciaciones muy válidas, sin duda, pero denota una práctica, en realidad, en que la forma y la actitud espiritual de la Liturgia pasan a ser la propias de una fiesta de vecinos, en realidad, aunque parezca una exageración. Esto se advierte, por ejemplo, en la importancia creciente de las palabras de saludo y despedida, así como en la búsqueda de elementos que sirvan de entretenimiento (procesión de ofrendas

con muchos signos, el rito de la paz). En ocasiones estos entretenimientos se convierten en el factor para medir si la celebración litúrgica ha sido lograda, lo que se hace depender de la “creatividad”, es decir, de las ocurrencias de sus organizadores.

Es cierto, la Liturgia tiene carácter de fiesta ¿pero cuáles son los rasgos que caracterizan una fiesta? ¿La espontaneidad para la libre expresión? La liturgia no es únicamente un juego “con papeles bien definidos, en el que todos juegan juntos y así hacen posible la celebración”. Del papel hemos de pasar al ser. De lo contrario, todo se queda en un juego, una apariencia más o menos bonita, que nos retiene en el mundo de las apariencias y por ello no otorga, sino que oculta, la libertad y la comunidad.

A veces, sin darnos cuenta, participamos del intento postmoderno de reencontrar la fiesta, en la que los hombres han buscado y buscan vivir su “redención”: vivir la liberación de la propia enajenación, de las obligaciones cotidianas y vivir la experiencia de una comunidad que esté por encima del yo.

No, nuestra Liturgia cristiana es fiesta porque se plantea la pregunta sobre el poder del dolor y de la muerte y porque en ella se le dan respuestas al dolor y la muerte. Y se le da Jesucristo, el Salvador. A nuestra celebración se llevan el sufrimiento de los hombres, de los pobres y de los pueblos oprimidos, pero lo hacemos de otro modo.

Llamar a la Eucaristía la comida solidaria de la comunidad es trivializarla. Porque ha costado la muerte de Cristo y la alegría que lleva consigo celebrarla presupone la entrada en el misterio de la muerte. La Eucaristía tiene una orientación escatológica y se centra en la teología de la cruz. Esto es lo que quiere decir la Iglesia cuando mantiene el carácter de sacrificio de la misa. Dicho de otra forma: la libertad, en la que consiste la fiesta cristiana, la Eucaristía, no es la libertad de inventar textos, sino la liberación del mundo y de nuestro yo, lo único que nos puede hacer libres para aceptar la verdad y para amarnos en la verdad.

A partir de aquí se podría mostrar detalladamente por qué la Liturgia no se “hace”, sino que se recibe, y que, aunque sea algo preestablecido, se revive cada vez. Se podría mostrar por qué su universalidad se presenta en una forma común a toda la Iglesia, constituida en forma de “rito” para todas las comunidades. La Liturgia como fiesta va más allá del ámbito de

lo factible y lo ya hecho; nos conduce al ámbito de lo dado, de lo vivo, que viene a nuestro encuentro.

Jesús había introducido sus palabras de la Última Cena en el marco ya organizado de la liturgia judía. La Iglesia, que surgió entonces, ha continuado con esmero este proceso de profundización interior, purificación y extensión de la herencia del AT. Pero ni los Apóstoles ni sus sucesores han “hecho” una Liturgia cristiana; ésta se desarrolló orgánicamente de la lectura cristiana de la herencia judía, lectura que tomó forma rápidamente.

En este sentido, la Liturgia *nunca TUVO UNA CARÁCTER DISCRECIONAL PARA LAS DIFERENTES COMUNIDADES Y LOS DIFERENTES RITOS LITÚRGICOS*. Pero esto lo que garantiza y expresa es que acontece algo superior a lo que una sola comunidad o, en definitiva, los seres humanos pueden realizar por si mismos; es, por tanto, expresión de la autorización objetiva para la alegría, para la participación en el drama cósmico de la resurrección de Cristo, participación de la que depende la categoría de la Liturgia.

Por eso, la “creatividad” de las liturgias creadas por cuenta propia se mueve en un círculo muy estrecho, que tiene que ser necesariamente pobre en comparación con la riqueza de la Liturgia constituida a lo largo de años, es más, de siglos. Por desgracia, en general los “hacedores” de Liturgia se dan cuenta de esto más tarde que los fieles.

Pero es que, además, existe en la Liturgia de la Iglesia un margen más que suficiente para la actividad creadora. Este margen se da fundamentalmente en el terreno artístico, sobre todo el musical; en la estructuración concreta del servicio litúrgico y la preparación del espacio litúrgico según la ocasión; se extiende además a la oración de los fieles o universal y tiene su punto culminante en la homilía del sacerdote, que traduce la Buena Nueva para el aquí y ahora de los feligreses.

Exposición Calatrava

En el Catálogo de la primera exposición del proyecto cultural “*Las Edades del Hombre*”, los obispos de las Iglesias de Castilla y León afirmábamos que estas diócesis han cerado y conservado su patrimonio histórico-artístico para ponerlo al servicio de sus fieles en orden a la evangelización y a la celebración cristiana. Hoy esta declaración sigue siendo válida; pero yo me atrevería en este momento a ir un poco más lejos: ese patrimonio se expone también para mostrar, en una sociedad plural como la nuestra, cómo somos los católicos, qué imagen tenemos del ser humano, del mundo que nos rodea y de nuestro Dios. Naturalmente esta visión viene de lo que Dios nos ha mostrado por medio de su Hijo en su Revelación, plasmada en la Tradición y en la Escritura Santa.

La ilusión de la Iglesia de Salamanca en este año 2000 con esta Exposición “*Las miradas de Cristo*”, que se puede admirar en Calatrava, a la vez Seminario Diocesano y Casa de la Iglesia, es justamente conseguir este propósito. Muestra de lo viejo y lo nuevo, centrada en Cristo y en su reflejo o imagen, que es el hombre y la mujer concretos, abre sus puertas a la mirada, al deleite de la belleza y a la reflexión de lo que somos y en lo que creemos.

Una de las razones del gran fracaso de la Ilustración fue no solamente la muerte o la instrumentalización de la razón a manos de las razones empíricas, sino también su secuestro por la ascendente clase burguesa o “ilustrada”, de modo que sólo “el ilustrado” era hombre a parte entera y reclamaba ser sujeto de la historia, sólo él ejercitaba la razón, que solamente podía darse entre los sujetos “ilustrados”. Esto podría ocurrir de nuevo, si el Estado democrático asumiese la tarea de ser él el único que genera verdad, arte, posibilidades y se impidiera, por ejemplo, la posibilidad de contemplar lo que encierra una cultura cristiana creada en los últimos 800 años en nuestra tierra: una visión del hombre y de la vida en que el “yo” y el “tú” lleva consigo un modo de vivir implicado en los valores del cristianismo histórico que es de un grosor admirable.

Es nuestra “alma” lo que aquí exponemos. Al menos así lo hemos proyectado. Nos gustaría que todos gozasen con la muestra y que recordasen que la belleza, la forma de concebir las cosas que muestran estos “iconos” son debidos a Jesucristo, de cuyo nacimiento celebramos los primeros 2000 años, y a aquellos que le han aceptado en su vida, y que fueron y son la Iglesia de Cristo que vivió y vive en Salamanca.

DECRETOS

Decretos

DECRETO

D. Braulio Rodríguez Plaza por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Salamanca

El 6 de mayo de 2000 la Capilla del Colegio Seminario de San Agustín, conferí los siguientes ordenes a los religiosos agustinos:

DIÁCONO

- D. Miguel Ángel Sierra Morales

PRESBITERO

- D. Luis Miguel Castro Hernández
- D. Gabriel Bautista Nieto
- D. Bernardino Sánchez González

Quedando inscritos en el Libro de Ordenes nº 4, folio nº 88.

Para que conste y a efectos oportunos firmo y sello en Salamanca a 9 de mayo de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca.

Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario.

DECRETO

Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Obispo Diocesano de Salamanca:

Por el presente, a tenor del canon 1035§2 del CIC, concedo a la dispensa de intersticios entre el Acolitado y Diaconado de los siguientes:

- Juan Nze, diocesano de Bata – Guinea Ecuatorial
- Fray Antonio Chaves León, O.P.
- Fray Antonio Praena Segura, O.P.

Dado en Salamanca a 10 de mayo del 2000 festividad de San Juan de Ávila.

Braulio, Obispo de Salamanca.

Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario.

DECRETO

D. Braulio Rodríguez Plaza por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica
Obispo de Salamanca

El 14 de mayo de 2000 la Catedral Vieja de Salamanca, conferí los siguientes ordenes:

DIÁCONOS:

- D. Nélsón Remigio Polanco (Santo Domingo)
- D. Felipe Nsue Ngono (Bata)
- D. Juan Nze Bacale Micue (Bata)
- D. Mauricio Esono Asandono (Bata)
- D. Juan Antonio Chaves León (Claretiano)
- D. Luis Manuel Suárez Díaz (Claretiano)
- D. Antonio Praena Segura (Dominico)
- D. Antonio Luis Ferreira Siles (Dominico)
- D. David Thomas Orique (Dominico)

- D. Ismael Maroto Carabaño (Mercedario)

PRESBITEROS:

- D. Celedonio Lucas Sánchez (Salamanca)
- D. Juan Miguel Domínguez Berjón (Dominico)

Quedando inscritos en el Libro de Órdenes nº 4, folio nº 88.

Para que conste y a efectos oportunos firmo y sello en Salamanca a 16 de mayo de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca.

Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario.

DECRETO

D. Braulio Rodríguez Plaza, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo Diocesano de Salamanca:

Recibida la solicitud por parte de los miembros de la Cofradía de la Virgen de la Salud de Tejares solicitando la erección canónica y la aprobación de los Estatutos, en el uso de mi jurisdicción ordinaria como Pastor de la Iglesia de Salamanca, por el presente Decreto:

1. Procedo a su Erección como Asociación Pública de Fieles constituida en la Diócesis de Salamanca a tenor del c. 312 del CIC.
2. Apruebo “ad experimentum” por tres años los Estatutos por los cuales ha de regirse dicha Asociación. Transcurrido ese tiempo, si no hay observaciones en contra, quedará aprobado definitivamente.
3. Confirmo como presidente a D. Marcelino Cotobal Alonso por el tiempo de los estatutos. Asimismo nombro capellán al párroco de San Pedro Apóstol de Tejares D. Isidro López Santos.

Guárdese este decreto en el archivo de la asociación y únase a los estatutos. Asimismo dese a conocer este decreto a los miembros, al párroco y a la Diócesis de Salamanca.

Para que conste y a efectos oportunos, firmo y sello en Salamanca a 5 de febrero de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca.

Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario.

DECRETO

Mons. Braulio Rodríguez Plaza, por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica Obispo de Salamanca.

Por el presente concedo al Instituto de Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad el permiso para poder establecer un Oratorio privado en la Cuesta Sancti Spiritus nº 8 para la oración y el culto litúrgico de la comunidad. Se deberán guardar las prescripciones del Derecho canónico y las normas Litúrgicas.

Dado en Salamanca a 23 de mayo de 2000.

Braulio, Obispo de Salamanca.

Miguel Martín Yuste, Canciller-Secretario.

OTROS

Decreto de elección de San Juan de Sahagún, San Juan de San Facundo González de Castrillo, como patrono celestial de la Policía Municipal de Salamanca

CONGREGATIO DE CULTU DIVINO
ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM

Prot. 666/00/L

Roma, 29 de mayo de 2000

Excelentísima Reverendísima,

Esta Congregación para el Culto Divino tiene el gusto de enviarle a Vuestra Excelencia una copia del Decreto por el que confirma la elección de San Juan de Sahagún, San Juan de San Facundo González de Castrillo, como Patrono celestial de la Policía Municipal de Salamanca, según requerido por V.E. a este Dicasterio con carta de fecha 6 de marzo de 2000.

Con fecha 26 de mayo del presente año, una copia del mismo Decreto ha sido enviada por el Dicasterio a V.E. a través de fax.

Aprovecho la ocasión para saludarlo atentamente y presentarle mi estima y consideración sinceras,

Devotísimo in Domino

Francesco Pio Tamburino
Arzobispo Secretario

A su Excelencia Reverendísima
Monseñor Braulio Rodríguez Plaza
Obispo de Salamanca
España
(Con Anexo)

CONGREGATIO DE CULTU DIVINO
ET DISCIPLINA SACRAMENTORUM

Prot. 666/00/L

SALMANTINAE

Sanctum Ioannem a Santo Facundo González de Castrillo, presbyterum ex Ordine Eremitarum Sancti Augustini, qui concordiam inter cives cruentibus factionibus exagitados privatis colloquiis ac vitae sanctitate restituit, clerus et christifideles diocesis Salmantinae singulariter necnom assidue colunt.

Inde Excellentissimus Dominus Braulio Rodríguez, Episcopus Salmantinus, communia vota excipiens, electionem Sancti Ioannis a Sancto Facundo González de Castrillo, presbyteri, in Patronum apud Deum Municipalis Politiae approbavit.

Idem vero, litteris die 6 mensis martii 2000 datis, enixe rogat ut electio et approbatio huiusmodi, iuxta Normas de Patronis constituendis et ad normam Instructionis “de Calendariis particularibus atque Officiorum et Missarum Propiis recognoscendis”, n. 30, confirmetur.

Congregatio porro de Culto Divino et Disciplina Sacramentorum, vigore facultatum sibi a Summo Pontifice IONNE PAULO II tributarum, attentis expositis, cum electionem et approbationem ad iuris praescriptorum peractas esse constet, precibus annuit atque

SANCTUM IOANNEM A SANCTO FACUNDO GONZÁLEZ
DE CASTRILLO, PRESBYTERUM, PATRONUM APUD
DEUM MUNICIPALIS POLITIAE

confirmat, omnibus cum iuribus atque liturgicis privilegiis iuxta rubricas consequentibus.

Contrariis quibuslibet minime obstantibus.

Ex aedibus Congregationis de Culto Divino et Disciplina Sacramentorum, die 26 mensis maii 2000.

Georgius A. Card. Medina Estévez
Praefectus

Franciscus Pius Tamburrino
Archiepiscopus a Secretis

Curia Diocesana

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

Acta de la reunión del consejo presbiterial

15-NOVIEMBRE-1999

Comienza la sesión con la ausencia de *D. Santos C. Pinto* por motivos de salud y con la presencia de dos nuevos delegados: *D. Antonio Martín Olivera*, por el Arciprestazgo de Vitigudino-Ledesma, y *D. José Luis Sánchez Moyano*, por el Arzipoestazgo de la Armuña. Asiste también *D. Anibal Hernández* en representación de *D. Fernando Andrés*, delegado del Arzipoestazgo de Calvarrasa-Las Villas. Se abre la reunión con la lectura del acta de la reunión anterior, que se aprueba por unanimidad.

DIÁLOGO SOBRE LA SITUACIÓN DEL PRESBITERO Y DE LA DIÓCESIS

D. Florentino Gutiérrez, moderador de esta sesión, aclara la necesidad de incluir este primer punto del orden del día, para poder hablar fraternalmente de lo que nos afecta como presbíteros y para recobrar así el ánimo y la esperanza. Da cuenta a continuación del método que se va a

seguir en este tema: palabras de D. Braulio, intervención breve de cada delegado, tiempo para aclaraciones o réplicas, breve descanso para resumir las propuestas y finalmente análisis y votación de las propuestas. Se acepta el método propuesto y comienza el diálogo.

D. Braulio comienza diciendo que es consciente de cierto malestar, acrecentado desde la decisión sobre los cambios de los sacerdotes; afecta especialmente a los sacerdotes, pero se extiende también a los no pocos religiosos y laicos. Por eso este tema aparece en primer lugar en el orden del día, sin que eso deba ser considerado como algo excepcional, pues cualquier situación o acontecimiento que afecte a los presbíteros debe ser dialogado en el Consejo Presbiteral. Y presenta los siguientes puntos de reflexión:

1. El desasosiego por el momento pastoral tiene sin duda causas intraeclesiales y extraeclesiales. Vivimos un tiempo complejo, difícil y en esta situación los sacerdotes, no acaban de entender al Obispo y a sus Vicarios ni sus decisiones ni los objetivos que se buscan.
2. Creen algunos que no es sólo cuestión de traslados o cambios; y efectivamente el problema va más allá.
3. La cuestión podría presentarse desde esta pregunta: ¿No estará equivocándose el Obispo en su actitud y en sus decisiones pastorales? Por eso que los que deseen hablar que lo hagan con libertad y que resuman su intervención con alguna propuesta concreta que facilite el trabajo posterior.
4. Su mayor deseo es servir a esta Iglesia diocesana y necesitamos todos la colaboración y la confianza mutua.

Finalmente invita a la libertad y a la tranquilidad, tratando este tema como ayuda al Obispo en el gobierno pastoral de la Diócesis.

D. Juan Manuel Sánchez responde a la pregunta de D. Braulio afirmando que nadie cree que la dirección pastoral tomada sea equivocada; la queja está en los modos de hacerlo. Y por supuesto, desde la tradicional afirmación de los Santos Padres, "*nihil sine episcopo*", nada sin el Obispo.

D. Pedro Calama, que después subrayaría la atención paternal de D. Braulio hacia Hilario Puerto en la difícil situación que vivió en Bruselas, subraya la desorientación y el desconcierto de su arciprestazgo por el modo de hacer los cambios y pide que los Vicarios vean de cerca la situación de los sacerdotes del arciprestazgo.

D. Gabriel Pérez afirma que no hay razones para el pesimismo que refleja la pregunta de D. Braulio y pide la colaboración de todos con el Obispo, especialmente en un momento como éste. Ha habido sin duda una falta de tacto en la forma de hacer los cambios y ha faltado diálogo. Termina afirmando que en todo caso el Obispo es quien tiene la autoridad y la capacidad de decisión.

D. Marciano Sánchez confiesa que se ha sentido confundido ante esta situación y ante el hecho de que todos ven el problema desde fuera como si no estuvieran implicados. Ni encajan bien las opiniones de unos y otros. Entonces, ¿estamos o no con el Obispo? Y en todo caso esto debe discutirse en espacios internos y con respeto.

D. Hilario Almeida se presenta como parte no interesada dentro del tema de los cambios y subraya que esa cuestión es ya agua pasada y hay que darle al Obispo la confianza total y el afecto de todos. Es la hora de volcarnos todos en una pastoral misionera.

D. José Luis Sánchez se muestra dolido por las reacciones de los sacerdotes ante los cambios y por el hecho de sacarlo en la prensa. Lo más importante es la acción pastoral y no nos servimos a nosotros mismos sino al Señor y a la Diócesis.

D. Antonio Martín señala que en su arciprestazgo hay sacerdotes que viven la situación con agobio y con desánimo pastoral, incluso hay amargura y desolación. Da cuenta de su experiencia personal, amarga y difícil, ante las reacciones por los cambios, cuando la propuesta fue respetuosa y noble por parte del Obispo y las respuestas fueron en cambio negativas y mezquinas. Pide a los sacerdotes radicalidad evangélica y no palabrería y hace la propuesta de que haya un replanteamiento de la situación y distribución del clero.

D. Manuel H. López subraya que tanto los que se han ido de Guijuelo como los que han venido están contentos de los cambios, pero pide que se cuide el modo de hacerlo.

D. José Manuel Romo aclara que siempre ha habido nombramientos y que son necesarios. Pueden molestar y el modo puede también crear malestar. Deben hacerse siempre según un proyecto pastoral claro.

D. Fructuoso Mangas, además de confesar su fidelidad y afecto hacia el Obispo, opina que en general se está confundiendo el síntoma con las causas: el problema no está en los cambios ni en el modo de hacerlos sino en actitudes y modos que son anteriores. Se han dado dos consecuencias: la decepción generalizada, la tristeza personal y el pesimismo pastoral por el lado de los sacerdotes, y por el lado de los Vicarios una desconfianza hacia el presbiterio y sus capacidades pastorales. Esto es grave y las causas, entre otras, serían éstas:

- Desconexión diocesana: hay pastorales paralelas sin vías de intercomunicación;
- Catarata incesante de documentos sin que sean explicados ni estudiados ni cumplidos;
- Planificación al margen de los caudales presbiteriales.

Estamos sumidos en folios y cuestiones internas mientras la gente anda “*como ovejas sin pastor*”. Y propuestas:

- Planificación pastoral desde abajo;
- Análisis de situación y necesidades, medios, pasos concretos y plazos;
- Cauces para el intercambio pastoral;
- Cambio de actitudes y modos de actuar en todos.

D. Jesús García confiesa la dificultad de resumir lo aportado en el arciprestazgo. El tema requeriría un debate más amplio; es necesaria una conversión personal, sin olvidar la recomendación del nº 7 de la “*Presbiterorum ordenis*”: “*los Obispos oigan a los presbíteros de buena*

gana...". Lo cierto es que un grupo amplio de sacerdotes está sufriendo por los últimos cambios y en otros muchos hay desconcierto y perplejidad. Hay malestar y desaliento ante la abundancia de documentos y propuestas sin analizar y sin asumir y ante las decisiones tomadas desde arriba sin participación real desde abajo, dando así lugar a la actual desconexión entre las instituciones pastorales y a la diversidad de criterios en la pastoral sacramental, sin olvidar la diversidad de ingresos que provocan agravio comparativo. Propone:

- Mayor cercanía entre el Obispo, Vicarios y Sacerdotes;
- Jornadas sacerdotales para aclarar situaciones y presentar propuestas.

Termina con el deseo de que esto sea el comienzo de una solución adecuada.

D. Pedro López (FERE) afirma que todos los religiosos están con el Obispo y se queja de la desinformación intencionada en la prensa sobre los acontecimientos y lamenta la publicación de un artículo firmado por un sacerdote diocesano. Propone:

- Que se estudie adecuadamente el plan de cambios;
- Que se dialoguen esos cambios;
- Que se cuide la relación con los medios de comunicación para una presentación positiva de la Iglesia;
- Que se proponga a los religiosos su posible colaboración con la Diócesis.

D. Sebastián Sánchez aclara que no ha observado falta de comunión con el Obispo y que la disensión en algún tema no supone la no comunión, sino únicamente el ejercicio de la corresponsabilidad. Ha seguido el proceso de los cambios desde fuera, pero ha visto que se hizo al viejo modo, sin contar con el Delegado del Clero, arciprestes o sacerdotes implicados. No parece que se estén dando en Salamanca pasos hacia una mayor corresponsabilidad; termina pidiendo que incluso las formas sean reflejo de esa corresponsabilidad.

D. Emiliano Tapia expone el pensamiento de su arciprestazgo: para él la forma de hacer los cambios no es el problema más grave, pero esperan que no se vuelvan a repetir. Sin duda esto ha alimentado cierta desafección diocesana y desánimo pastoral. Por eso es necesario crear de forma permanente más diálogo entre los sacerdotes. Hablando ya desde opiniones personales subraya que tenemos conciencia de la parroquia y hasta de arciprestazgo, pero nos falta conciencia de diócesis. En el fondo no asimilamos el cambio cultural que se está dando y así no encontraremos los nuevos caminos para la nueva evangelización. Esto habría que trabajarlo también en cada arciprestazgo.

D. Anibal Hernández pide, desde su arciprestazgo, que se haga un Proyecto pastoral desde todas las instancias, teniendo en cuenta y recogiendo las distintas sensibilidades. Hay una desconexión grande entre las realidades pastorales y las instituciones diocesanas, incluso se puede hablar de desafección. Al afrontar los cambios debe analizarse en razón de qué criterios y en qué modo hacerlos. En todo caso es hora ya de que salgamos de nuestros problemas internos y abordemos más los problemas de la gente. En todo esto el Consejo Pastoral debe ser instrumento importante. De hecho ahora no hay proyecto pastoral diocesano: no basta una Carta pastoral con unas indicaciones prioritarias.

D. Fernando García destaca la falta de conexión pastoral entre el Consejo Episcopal y presbíteros y la desconfianza recíproca. Hay en todos un deseo de que la comunión diocesana se traduzca en cosas y medidas concretas, porque de hecho no hay problema de comunión con el Obispo ni de afecto real; el problema es de fondo y no nace de los cambios sino que el malestar es el resultado de toda una situación personal anterior. Propone:

- Un proyecto como marco general en el que todo encuentra consistencia;
- Que los afectados por la decisión de cualquier cambio reciban notificación cuanto antes y se abra un diálogo.

D. Jesús Jiménez invita a drenar la situación porque hay dolor y heridas abiertas todavía. Debe haber más comunicación personal y pastoral entre el Obispo, Vicarios, arciprestazgos y presbíteros. Las reuniones del

Consejo Presbiteral, espacio adecuado para esa comunicación, son demasiado cortas y no dejan tiempo suficiente para lo que se debiera pretender. Pide que se nombre con urgencia un Delegado del Clero.

D. Florentino Gutiérrez subraya que los cambios no son la causa del problema, aunque la reacción producida es importante y grave. El Plan Pastoral es válido, pero el modo de hacer algunas cosas debe cambiarse. Debe haber una planificación previa en cada arciprestazgo y tener en cuenta la situación de algunos sacerdotes mayores que se ven desbordados por estas iniciativas. En los presbíteros debe haber disponibilidad, obediencia y diálogo. Las causas de fondo están en: un Plan diocesano no consensuado y el déficit de formación cristiana y de catequesis en las parroquias.

- *Acabada la primera serie de intervenciones, se da paso al turno de réplicas y aclaraciones.*

D. Sebastián Sánchez pide que se aclare qué es Pastoral “misionera”; serían necesarias unas Jornadas diocesanas sobre ello con intervención de sacerdotes, religiosos y laicos.

D. Casimiro Muñoz pide a *D. Jesús García* aclaraciones sobre la circulación de un folio, procedente de la base de datos de la Delegación de Cultura, con los ingresos de los profesores de religión de la provincia.

D. Marciano Sánchez pregunta si no hay cierto escapismo al hablar de corresponsabilidad, pues de hecho ésta no se da entre sacerdotes y fieles.

D. Fernando García dice que hay que mirar hacia el futuro y tenemos fuerza y medios para afrontar la situación y superarla.

D. Pedro Calama pregunta a *D. Fructuoso Mangas* sobre la forma concreta en la que se preparó la página de La Gaceta en la que apareció su artículo, explicando éste el proceso.

D. Antonio Martín se sorprende de que ¡habiendo 150 respuestas positivas a la Carta pastoral de *D. Braulio*, resulta que acierta a cambiar a los que habían respondido negativamente! Y dice que el clero diocesano es el colectivo más criticón y murmurado de todos.

D. Ezequiel Barbero se sorprende de que el día de la reunión para los cambios todos los presentes oyeron y vieron lo mismo, pero las versiones son totalmente distintas.

D. Hilario Almeida confiesa su incomodidad en esta situación y pide que nos dediquemos a lo nuestro, que es la evangelización.

D. Juan José Calles aclara que la distribución de los presbíteros respondía a la voluntad de encontrar fórmulas nuevas para responder a las exigencias de una Pastoral misionera. Hay problemas y situaciones a los que hay que responder y sólo desde un cambio en la distribución es posible una respuesta adecuada. Se intentaba que cada arciprestazgo pudiera responder a la necesidad de atención de cada arciprestazgo sobre todo mirando al futuro que viene.

D. Braulio declara que no cree que haya, ni mucho menos, un rompimiento de la comunión. Y cree que no se puede hablar de haber hecho nombramientos “al viejo estilo”; la forma quizás fue inadecuada y provocativa en algún aspecto. De todas formas tiene escrito lo que dijo en aquella reunión y no se salió, en su intervención, del texto escrito. Pide que en adelante, aunque cada arciprestazgo tenga su raíz y su coordinación, lo que venga de las instituciones diocesanas debe ser asumido y considerado como “de adentro” no como algo que viene “desde fuera”. En cuanto al delegado del Clero: el delegado anterior ha dimitido y de hecho la atención a los pueblos a él encomendados rebajaría –así se le advirtió en su momento– el tiempo dedicado a su Delegación. No se ha nombrado aún, al no haber encontrado fórmula adecuada para su designación; de todos modos durante años no existió y no hubo problemas ni reclamaciones por ello. En cuanto al *diálogo con los sacerdotes* recuerda que siempre da todas las facilidades a cualquier sacerdote, especialmente al margen del horario de la Curia en el que entran otros asuntos. Advierte que estos problemas hay que entenderlos dentro de otros problemas más amplios y que afectan a la vida de la Iglesia de España: difuminación de la identidad cristiana dentro del pluralismo del ambiente; los criterios cristianos ya no influyen en los criterios y decisiones de la vida diaria; déficit creciente de conciencia de la pertenencia a la comunidad de la Iglesia. Todo esto está influyendo hoy en la realidad de nuestras parroquias y en nosotros.

D. *Joaquín Tapia* recuerda la raíz de todo el problema: el cambio enorme, desde la inauguración del Concilio 1962, en las relaciones *ad intra* y *ad extra* en la Iglesia. El hombre corre peligro de perderse en su propia identidad: eso cambia del todo el modo de evangelizar. Pero la Iglesia está brotando por el Espíritu a su manera: lo importante es servir al Espíritu como Él quiera y en lo que Él quiera. Y el Espíritu habla en la “cúpula” y habla en la “base”. Y habrá que seguir al espíritu con las instituciones concretas que ahora tenemos, no a partir de otros “cenáculos”. Por otro lado, cuando hablamos todos no todo debe ser valorado de la misma manera. Y no sólo debemos hablar, también debemos facilitar la cuestión, que sería ésta: ¿cómo ser efectivamente fiel a la escucha de Dios y a lo que de hecho hay que hacer? Son momentos para la pedagogía de la cruz: *si el grano de trigo no muere...* Es más importante la fidelidad al Espíritu que la “organización” concreta.

- *Terminadas las intervenciones se da un tiempo de descanso para formular las propuestas que, explícita o implícitamente, se han hecho y analizarlas y votarlas una vez reanudada la sesión.*

Pasada media hora se propone, por parte de la mesa del Consejo, cambiar el orden de trabajo acordado: en tan poco tiempo no se pueden formular con rigor y fidelidad las propuestas presentadas, por eso la mesa permanente y los vicarios se reunirán un día próximo para fijar estas propuestas, se envían a cada delegado, las vota según su valoración y las devuelve a la secretaría del Consejo, que a su vez las enviará, con sus votos respectivos, a cada delegado para que sean conocidas, analizadas y asumidas en cada arciprestazgo.

Se acepta la propuesta.

FORMACIÓN PERMANENTE: REVISIÓN Y PROPUESTAS

D. *Jesús García*: el arciprestazgo se ha propuesto como Formación permanente una reflexión, tanto teológica como pastoral, sobre la Eucaristía y sobre “Dies Domini”. Sería conveniente un plan común de formación permanente.

D. Hilario Almeida: la Formación permanente se orientará sobre el documento de la Sagrada Congregación para el Clero.

D. Ezequiel Barbero: sobre el Documento de la Sgda. Congregación y sobre la Eucaristía. Es necesario un plan diocesano con un material común.

D. Pedro Calama: sobre “Dies Domini”, como reflexión sobre el Domingo y la Eucaristía.

D. Emiliano Tapia: sobre Pastoral Misionera, con la colaboración de X. Pikaza; debiera haber además un material común para este curso sobre la Eucaristía.

D. Sebastián Sánchez: sobre la Eucaristía, con un extenso temario ya acordado para todo el curso, con la colaboración de Senén Vidal.

D. José Luis Sánchez: el arciprestazgo está preparando el material para el Encuentro de Villagarcía y abordará también el Documento de la Sagrada Congregación para el Clero.

D. Amado Mateos: sobre la Eucaristía, con la colaboración de Fructuoso Mangas.

D. Aníbal Hernández: comenzará pronto la formación permanente sobre diversos temas.

D. Fernando García: sobre la Eucaristía, desde el Libro del Jubileo; sería conveniente que hubiera temas comunes al menos para varios arciprestazgos.

D. Manuel H. López: sobre la Eucaristía, desde el Libro del Jubileo, con la ayuda de algún profesor.

D. Antonio Martín: el arciprestazgo está preparando el Documento de Villagarcía; ve necesario reorganizar la Formación permanente diocesana.

D. Florentino Gutiérrez: sobre el Documento de la Sgda. Congregación para el Clero y sobre la Eucaristía, desde el Libro del Jubileo.

D. Joaquín Tapia recuerda que el documento para el Encuentro de Villagarcía exige realizar a tiempo un buen trabajo. Pregunta si interesa

algún encuentro diocesano de Formación permanente y sobre qué tema podría ser.

D. José Manuel Romo advierte que el tema de la Eucaristía parece demasiado monográfico, ya conocido por todos y “hacia dentro”, cuando deberíamos mirar más a otros temas más de fuera y menos conocidos.

D. Juan Manuel Sánchez recuerda que la Eucaristía, además de ser tema propuesto por el Plan Diocesano para el Jubileo, tiene suficientes elementos para abordar desde ella todos los problemas de la sociedad y de la vida concreta.

D. Marciano Sánchez lamenta el desconocimiento que tienen los sacerdotes sobre los problemas que trata el dicastero que preside.

D. Juan José Calles insiste en que parece necesario un servicio diocesano de Formación permanente y pide que se cree una comisión que lo organice.

D. Fernando García recuerda de nuevo que es efectivamente necesario un esquema común.

D. Sebastián Sánchez pide que no se rompa el ritmo que ya sigue cada arciprestazgo; eso no impide que haya al trimestre un encuentro general que sirva para todos.

- *A la vista de estas intervenciones se acuerda:*
 - Un encuentro trimestral sobre la Eucaristía.
 - Un esquema básico común (pueden recogerse los materiales que ya se están utilizando).
 - Una comisión para decidir estas cuestiones: se nombra a la mesa del Consejo.

PRIORIDADES PASTORALES PARA EL CURSO 1999-2000

D. Juan José Calles introduce este punto recordando que en el Encuentro de septiembre se presentaron cinco acciones como prioridades pastorales para este curso. En la última reunión del Consejo Pastoral se

propusieron las comisiones necesarias para la organización y realización de estas acciones y el responsable de cada comisión:

- *D. Joaquín Tapia*: *Congreso Eucarístico y su preparación*.
- *D. Juan José Calles*: *la Celebración de la Eucaristía en nuestra Diócesis*.
- *D. Casimiro Muñoz*: *Directorio de Sacramentos*.
- El Sr. Obispo, *D. Braulio*: “*Modelos básicos de vida cristiana*”.
- *Cáritas*: *la “Iglesia Samaritana”*.
- *Se pide información a los arciprestazgos que hayan dado ya algún paso en alguna de estas prioridades:*

D. Emiliano Tapia: desde hace dos años el arciprestazgo tiene equipos de trabajo sobre formación, sacramentos, acción social y jóvenes; ahora tendrán en cuenta estas acciones propuestas.

D. Fernando García: estas acciones no están formalmente incorporadas, pero están implícitamente dentro de la preocupación y del trabajo del arciprestazgo.

D. Ezequiel Barbero: ya vienen funcionando grupos arciprestales sobre Pastoral Juvenil, Pastoral Familiar (prebautismal) y Acción social.

D. Juan Manuel Sánchez: ya hay una comisión para la Peregrinación diocesana hacia San Juan de Sahagún con algunos criterios ya acordados sobre la preparación y la catequesis previa necesaria, con especial atención al sacramento de la Penitencia.

D. Aníbal Hernández: el Consejo Pastoral Arciprestal se centrará en las acciones conjuntas del Jubileo.

D. Jesús García: el arciprestazgo ya propuso en su día unir las cinco acciones propuestas en torno a lo que es y exige la Eucaristía, para evitar la dispersión de temas y acciones. Es urgente unificar criterios sobre algunos puntos de la pastoral de sacramentos.

D. Sebastián Sánchez: en el arciprestazgo se aborda conjuntamente la pastoral sacramental; hay un cursillo prematrimonial a nivel de arciprestazgo

y está en proyecto un cursillo prebautismal arciprestal; dentro de la Pastoral Misionera se atenderá especialmente a la familia y a los marginados.

D. Hilario Almeida: subraya la dificultad para participar en un Congreso el Día del Corpus; hay en el arciprestazgo intentos de revitalizar la Eucaristía dominical, de unificar criterios de pastoral sacramental y de dar pasos hacia una Escuela de catequistas unificando criterios y soluciones.

D. Casimiro Muñoz: se ha formado ya una comisión para el Directorio de sacramentos.

Se propone a esta comisión:

- Acoger las situaciones familiares irregulares.
- Dar publicidad diocesana al Directorio aprobado en su día y publicado en el Boletín y para ello enviarlo “oficialmente”.

D. Manuel H. López: no hay acciones comunes a nivel de arciprestazgo; en Guijuelo hay equipos para preparar la Eucaristía, para la catequesis y para la acción caritativa.

D. Florentino Gutiérrez: hace la oferta, desde el arciprestazgo, de un cursillo teresiano para las parroquias que lo soliciten. Confía en que en Alba tenga un protagonismo pastoral más eficaz ante los numerosos visitantes que se acercan.

JUBILEO PARA LOS SACERDOTES

Presenta *D. Joaquín Tapia* lo que hasta ahora se ha pensado e invita a presentar iniciativas. Hay una fecha importante: el 10 de mayo, fiesta de San Juan de Ávila; además, durante los días 14-18 de mayo se celebrará en Roma el Jubileo de los sacerdotes. Los que deseen participar en este Jubileo en Roma deben decirlo cuanto antes (antes del día 8 de diciembre) para organizar a tiempo estancia y viaje. Sería importante la presencia de una representación diocesana. Se propone invitar de modo especial a los que celebren las bodas de oro y de plata sacerdotales.

OBRAS EN EL EDIFICIO DE CALATRAVA Y RESIDENCIA SACERDOTAL

Se trata de una simple información provisional para conocimiento del presbiterio. La construcción de la Residencia en el patio no ha sido negada explícitamente por el Ayuntamiento, pero tampoco concederá el permiso. Por eso se ha contemplado la posibilidad de remodelar todo el edificio de Calatrava para conseguir una utilización integral y ubicar en él la Residencia. Han sido presentados tres proyectos, dos de los cuales eran demasiado simples e incompletos. En principio ha sido aceptado, con correcciones, el presentado por D. Bonifacio Reyes, cuyos planos serán presentados próximamente a la Comisión de Patrimonio. El proyecto contempla cuatro actuaciones:

- *Casa de la Iglesia y Curia diocesana:* zona actualmente ocupada por la Casa de la Iglesia, eliminando las habitaciones del teologado en el piso superior y habilitando ese espacio para otros usos, con entrada para minusválidos por Calle Escoto.

- *Seminario diocesano:* la zona oeste, dejando las habitaciones actuales que están bajo la cubierta pero mejorándolas. El actual salón de actos quedaría convertido en salas de reuniones para uso de la Casa de la Iglesia y del Seminario. La entrada al Seminario sería por el callejón actual.

- *Residencia sacerdotal:* en la zona sur, contemplando la aprobación del permiso para correr la fachada actual al patio ocho metros más, eliminando la actual y así ganar un gran espacio de edificabilidad. Contaría con 12 habitaciones más cuarto de baño y otras 36 contarían con sala de estar, dormitorio y cuarto de baño. El sótano sur/oeste albergará las calderas para todo el edificio y en la planta baja estarían la cocina común y una amplia galería cubierta. La posibilidad de acoger al Convictorio podría estar supeditada a la disponibilidad de habitaciones no utilizadas. El coste total calculado por el arquitecto es de 700 millones, aunque esta cantidad sería objeto de revisión, una vez que sea aprobado el proyecto; además se necesitarían otros 200 millones para mobiliario.

Además en la zona este del patio, actualmente ocupada por algunas edificaciones bajas, iría un *salón de actos* para 500 personas.

- Hay un acuerdo verbal con el Concejal de Urbanismo para un proyecto de aparcamiento público, de propiedad diocesana, con entrada por

Canalejas, con una dársena para autocares y con 300 plazas para turismos; la Diócesis contaría con una cantidad acordada de plazas reservadas. La Fundación de la Residencia sacerdotal no ha sido consultada todavía, porque no se han tenido los datos necesarios para una información completa, por eso se convocará próximamente. En cuanto al edificio de Iscar Peyra: se están dando los pasos técnicos necesarios para una independencia total entre la Residencia del Obispo y el edificio nuevo y lo que se pueda hacer en su momento se decidirá entonces: venta, alquiler, reforma para otros usos, etc.

RUEGOS Y PREGUNTAS

- Sería conveniente cambiar la fecha del Jubileo de niños: el 2 de enero es una fecha muy mala.
- En cuanto a las Confirmaciones en la Catedral como acto del Jubileo: cada parroquia decide en principio si las celebra en la Catedral o en su iglesia parroquial. Las decisiones se tomarán una vez que se vayan presentando las peticiones.
- Que se nombre cuanto antes un Delegado del Clero.
- Habrá catequesis para el Jubileo: sentido de peregrinación, signos del Jubileo, etc. Aparecerá en *Comunidad* algún material sobre eso.
- Los lugares de peregrinación serán la Catedral y la Iglesia de las MM. Carmelitas de Alba. También son lugar de peregrinación y espacio de indulgencia las personas enfermas.
- Se está preparando un material específico para las peregrinaciones a Valdejimena, Cabrera, La Peña, Alba,...
- Se comenta la hora más apropiada para la inauguración del Jubileo el día 25; en principio parece que la hora mejor, aún con las dificultades que tiene, es la de las 6 de la tarde.

Y sin más asuntos que tratar se levanta la sesión.

Actas dedicación de nuevos templos

BENEDICTA SIT SANCTA TRINITAS

DEDICACIÓN DE LA IGLESIA DE SAN JUAN DE MATA

En el año del Gran Jubileo de la Encarnación y Nacimiento de Nuestro Señor, el día 7 de mayo de 2000, tercer domingo de Pascua y memoria de la traslación de las reliquias de Nuestro Padre Fundador San Juan de Mata, el Señor Obispo de Salamanca, Mons. Dr. D. Braulio Rodríguez Plaza celebró con solemnidad el rito de la dedicación de la nueva iglesia que la Orden Trinitaria, Provincia de España-Norte, ha construido en Salamanca como homenaje a San Juan de Mata al cumplirse el Octavo Centenario de la Orden; las obras habían comenzado 14 meses antes, el 3 de marzo de 1999. En el día solemne de la dedicación contamos con la presencia del P. General José Hernández, el Secretario General, y otros miembros de la Curia General, así como los Padres Provinciales de Italia Sur, de España Sur y nuestro P. Provincial Juan Manuel Ruiz Memendi junto con el P. Ministro de la casa, Jesús Sagarna, los miembros de la comunidad y el párroco P. José Ignacio Arrinda. Estaban presentes otros muchos religiosos de distintas partes de la Orden, siendo notable la asistencia de religiosas trinitarias de las distintas ramas, destacando la presencia de las hermanas contemplativas de Villoruela y Suesa.

Nos acompañaron también religiosos de distintas órdenes y congregaciones, y algunos sacerdotes de la ciudad de Salamanca. Numerosos fieles se sumaron a este solemne rito de la dedicación de la iglesia participando con gozo y entusiasmo.

La celebración comenzó a las 11:15 horas llevando solemnemente en procesión la urna con los restos de San Juan de Mata desde la capilla-parroquia antigua situada en la planta baja de nuestra casa de Salamanca hasta la entrada del nuevo templo. Aquí, el Señor arquitecto D. Alberto Ustarroz, en nombre propio y de su colega, también arquitecto, D. Manuel Íñiguez, del aparejador y de la empresa constructora Treseco, después de explicar el sentido de la nueva construcción entregó las llaves del templo al Señor Obispo, el cual, a su vez, se las dio al P. Provincial Juan Manuel Ruiz Menendi y al

párroco P. José Ignacio Arrinda, para que procedieran a abrir las puertas de la nueva iglesia, pasando en primer lugar la urna con las reliquias seguida del Obispo, concelebrantes y fieles que llenaron por completo el templo.

Se depositó la urna en el edículo que se eleva a la entrada de la iglesia para guardarla, y la procesión continuó hacia el presbiterio. El Señor Obispo comenzó el rito de la dedicación de la iglesia con la bendición del agua y la aspersión a la asamblea, muros y altar. Terminando el rito del agua, el Obispo entonó el Gloria y recitó la oración colecta. Seguidamente, antes de las lecturas mostró a la asamblea el Leccionario que contiene la Palabra que se proclamará en adelante desde el ambón para alimento de los fieles. En la homilía, el Señor Obispo explicó el sentido de los distintos lugares que componen el espacio celebrativo, haciendo hincapié en las referencias simbólicas de la presencia de Cristo en cada uno de ellos, invitando a los fieles a ser ellos mismos las piedras vivas que den sentido al nuevo templo. También dedicó unas palabras al Fundador y a su obra carismática: San Juan de Mata bebió en las fuentes de la SS. Trinidad para hacer presente y actual el amor redentor del Padre, del hijo y del Espíritu Santo a los cautivos y pobres. Recordó que la Orden nació para la redención de los cautivos en poder de los musulmanes y de aquí tomó pie para indicarnos la actualidad del carisma trinitario-redentor, ya que hoy en distintos lugares del mundo los cristianos sufren persecución y aún muerte de parte de seguidores del Islam.

El rito de la dedicación propiamente dicho empezó con el canto de las letanías de los santos, luego la unción del altar y los muros de la iglesia con el Santo Crisma, para impregnarlos con la santidad del espíritu; siguió luego el rito de la cremación del incienso sobre el altar, para expresar que de aquí, del altar, subirá el Sacrificio de la redención hasta Dios como incienso en su presencia; luego el Obispo incensó el altar, y el diácono incensó al Obispo, a los concelebrantes y a los fieles, significando así la presencia de Cristo en medio de ellos. Se vistió y adornó luego el altar, concluyendo con la iluminación de los cirios y de las luces de la iglesia. Después de la procesión de las ofrendas y la preparación del altar, continuó la liturgia eucarística en su desarrollo normal. Al terminar la comunión, se procedió a inaugurar la capilla de la reserva y el fondo de la iglesia, llevando solemnemente en procesión el Santísimo hasta el sagrario que hay en ella.

Antes de la bendición final, el P. Provincial pronunció unas palabras de agradecimiento para con todos aquellos que han hecho posible la realización de una obra tan hermosa. Como al principio el discurso del arquitecto no pudo escucharse bien, resumió brevemente el sentido arquitectónico y simbólico de la construcción, poniendo especial énfasis en los elementos que quieren expresar el misterio de Dios Trinidad que habita en una luz inaccesible, de ahí el triángulo equilátero perfecto del presbiterio y la intensidad de la luz recalcada por el blanco de los muros y del techo luminoso de las luces. Concluyó la celebración de la dedicación de la iglesia con la bendición solemne en Salamanca, a las 14 horas del día 7 de mayo de 2000.

Gloria tibi Trinitas et captivis libertas!

P. Jesús Sagarna OSST
Minister Domus Sanctae Trinitas

P. José Ignacio Arrinda OSST
Parochus

ACTA DE LA DEDICACIÓN DEL TEMPLO DE LA SAGRADA FAMILIA EN LA PARROQUIA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD, DIÓCESIS DE SALAMANCA

El 28 de mayo del año 2000, año del Gran Jubileo del 2000 aniversario del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo; el Obispo de Salamanca Mons. Braulio Rodríguez Plaza dedicó el templo de la Sagrada Familia y su altar en la parroquia de la Santísima Trinidad en esta ciudad y Diócesis de Salamanca.

La empresa Construcciones Alegría Solana S.L. fue la encargada de ejecutar las obras conforme al proyecto del arquitecto D. Germán Martín Aldano actuando como aparejador D. Melchor Izquierdo Matilla. Transcurrieron 16 meses desde la colocación de la primera piedra el día 7 de Febrero de 1999 hasta el día de hoy en que dedicamos al Señor este templo.

En la celebración, presidida por el Obispo diocesano concelebré yo, Bernardo Corral Velasco, párroco de la misma acompañado por algunos sacerdotes de este presbiterio diocesano. Asistió el Sr. Alcalde de esta ciudad de Salamanca, D. Julián Lanzarote, representando al Excelentísimo Ayuntamiento de Salamanca.

Un nutrido grupo de feligreses intervinieron en distintos oficios y ministerios que prepararon con dedicación e ilusión, incluso los días previos, cuando la tensión es más fuerte supieron mantener vivas las ganas y la ilusión; aspecto que no quiero dejar de reflejar en este acta.

Antes de concluir quiero, en mi nombre y en nombre de todos los feligreses, que viven la fe en esta comunidad dar las gracias a todas las personas que de una forma anónima y sin pretender reconocimiento ninguno han aportado tiempo, dedicación, medios y ganas. Dar las gracias de un modo especial al Obispado de Salamanca que hoy pone en nuestras manos esta ingente obra para disfrute de todos los fieles.

Firmamos junto al Sr. Obispo, yo mismo, y D. Jorge Iglesias, miembro del Consejo parroquial y D. José Noriega, miembro del Consejo de Economía de la parroquia.

Convenio de colaboración entre el consorcio “Salamanca 2002” y el obispado de Salamanca

Reunidos en Salamanca, a 30 de mayo de 2000-06-26

De una parte el *Ilmo. D. Julián Lanzarote Sastre*, Presidente del Consorcio “Salamanca 2002”, Organismo responsable de la organización y gestión de las actividades relacionadas con la designación de Salamanca como Ciudad Europea de la Cultura del año 2002, en nombre y representación de éste.

Y de otra el *Ilmo. Y Rvdo. Sr. D. Braulio Rodríguez Plaza*, Obispo de Salamanca, en nombre y representación de la Diócesis

MANIFIESTAN

Que es voluntad de ambas Instituciones colaborar en la programación y desarrollo de las actividades de la Ciudad Europea de la Cultura, tanto en el año 2002 como en su preparación en los inmediatamente anteriores.

Que para el mejor cumplimiento de los objetivos de ambas Instituciones en materia de cultura, así como para la adecuada coordinación de sus actuaciones, consideran necesario crear un instrumento de colaboración permanente.

Que ese instrumento, en forma de Convenio, constituye el marco específico para la colaboración del Obispado de Salamanca en las actividades de la Ciudad Europea de la Cultura del año 2002.

Por todo lo cual, reconociéndose plena capacidad para ello, acuerdan suscribir el presente Convenio de Colaboración, que se regirá por las siguientes

CLÁUSULAS

Primera.– El Obispado de Salamanca colaborará con el Consorcio “Salamanca 2002” facilitando el uso de los recintos susceptibles de uso público cultural que dependen de aquél para el desarrollo de actividades que programe el Consorcio, en las condiciones que se estipulen en cada caso y previa aprobación por la Comisión de Seguimiento del presente Convenio.

Segunda.– El Obispado de Salamanca colaborará asimismo facilitando los contactos con Órdenes, Congregaciones, Institutos y otras Comunidades de religiosos que disponen de edificios susceptibles de uso cultural, o de interés histórico y artístico, estudiando conjuntamente las posibilidades de apertura al público, siempre sin perjuicio de los fines específicos de los mismos.

Tercera.– El Consorcio “Salamanca 2002” y el Obispado de Salamanca estudiarán la posibilidad de organizar conjuntamente una Exposición de Arte Sacro que permanecería abierta al público durante el año 2002, en un edificio idóneo elegido al efecto y con piezas y objetos artísticos procedentes de fondos del Obispado, la Diócesis y otras Instituciones Religiosas que se elegirían de mutuo acuerdo a través de una Comisión Técnica constituida para tal fin.

Cuarta.– El Consorcio “Salamanca 2002” podrá integrar en su programación oficial actividades propuestas y financiadas por el Obispado de Salamanca, previo estudio por la Comisión de Seguimiento del presente

Convenio y aprobación, si procede, de la Comisión Ejecutiva del Consorcio, en las condiciones que se establezcan en cada caso.

Quinta.– El Consorcio “Salamanca 2002” y el Obispado de Salamanca podrán organizar y financiar conjuntamente las actividades que sus órganos de gobierno consideren oportunas, figurando expresamente en tales casos el Obispado de Salamanca como “Institución Colaboradora”.

Sexta.– El Obispado de Salamanca, como Institución Colaboradora del Consorcio “Salamanca 2002”, podrá utilizar los símbolos distintivos de “Salamanca, Ciudad Europea de la Cultura del año 2002” en actividades que, sin formar parte de la programación oficial del Consorcio “Salamanca 2002”, proponga a la consideración de éste y sean aceptadas por su Comisión Ejecutiva, en las condiciones que determinan las Normas de Uso del logotipo.

Séptima.– Todas las propuestas y proyectos surgidos en el ámbito de la Diócesis de Salamanca y que ésta desee integrar en la programación oficial del Consorcio se presentarán a través de la Comisión de Seguimiento del presente Convenio para su estudio por los órganos de gobierno del Consorcio.

Octava.– Para garantizar la consecución de los objetivos de este Convenio y resolver las cuestiones que puedan plantearse en su desarrollo, se crea una Comisión de Seguimiento del mismo, que estará compuesta por un vocal de la Comisión Ejecutiva del Consorcio, el designado por su Presidente, el Coordinador General del Consorcio, el Sr. Vicario General de la Diócesis y el Delegado de Patrimonio de la Diócesis de Salamanca.

Novena.– El presente Convenio de Colaboración tendrá vigencia hasta la extinción del Consorcio, en el año 2003, salvo denuncia expresa por una de las partes o modificación pactada, con la posibilidad de intensificar los términos de la colaboración en los años 2001 y 2002, mediante la adición de sucesivos Anexos suscritos por ambas partes.

Y en prueba de conformidad, lo firman, en el lugar y fecha indicados

Ilmo. Sr. D. Julián Lanzarote Sastre
Presidente del Consorcio
“Salamanca 2002”

Ilmo. Rvdo. Sr. D. Braulio Rodríguez Plaza
Obispo de Salamanca

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO

Edicto

Este Tribunal diocesano de Salamanca ha venido considerando los sábados ordinarios del año como días no hábiles, por coherencia procesal, puesto que el Tribunal no abría en dichos días.

Para una mayor seguridad jurídica y dejar constancia oficial escrita y firme de esta práctica

SE DECRETA:

- 1º Que los sábados a lo largo de año sean inhábiles a efectos procesales, y en consecuencia, no corran los plazos, excepto cuando sean “fatales”.
- 2º Por seguridad procesal se indicará, a la hora de fijar los plazos, el día en que estos expiren.

Publíquese en el Boletín Oficial de la Diócesis, expóngase públicamente en el Tablón del tribunal, y comuníquese a los Colegios Profesionales de Abogados y Procuradores con residencia en la provincia y Diócesis de Salamanca.

Dado en Salamanca, a once de mayo de dos mil.

Marciano Sánchez Rodríguez
Vicario Judicial

DELEGACIÓN DE APOSTOLADO DE LA CARRETERA

Juntos en el Camino

Con este eslogan la Iglesia nos llama la atención ante una nueva jornada de responsabilidad en el tráfico, el próximo domingo, 2 de julio.

Verano, vacaciones vehículos, son tres palabras que comienzan por la misma letra y armónicamente tienen que potenciar la vida del hombre y no su destrucción. Una buena coordinación es camino de felicidad. La disgregación lleva a la soledad que produce fuerte vacío en el ser humano. Tan fuerte que puede llegar a un fatal desenlace.

En vísperas de las vacaciones estivales, en que se multiplican los desplazamientos, se envía un mensaje fraterno de paz y esperanza a todos los usuarios de la carretera, desde el Departamento de la pastoral de la Carretera de la Conferencia Episcopal Española.

La movilidad es característica de nuestro tiempo. La carretera y el vehículo manifiestan el progreso actual. Pero, si el progreso está desprovisto de los valores que orientan sus fines o utiliza inadecuadamente los medios, acaba por volverse contra el hombre.

“Cuanto más se acrecienta el poder del hombre, más amplia ha de ser su responsabilidad individual y colectiva” (G.S. 35). Los cristianos, que celebramos el Gran Jubileo del 2000, lo hemos enriquecido a lo largo de la historia con signos destinados a revitalizar la vida cristiana.

“Entre ellos, dice Juan Pablo II, hay que citar la peregrinación, que recuerda la condición del hombre a quien gusta descubrir la propia existencia como camino. Del nacimiento a la muerte, la condición de cada uno es hombre siempre en camino”(I.M. 7). Vivir es caminar, moverse, seguir adelante. Todo esto se hace mejor juntos.

El peregrino, aunque camine solo, nunca es un viajero solitario. Siente como compañeros suyos a todos los hombres y mujeres con quienes se va encontrando en su camino. En todos reconoce rasgos de su propia familia. En la compañía de sus semejantes descubre el rostro de Dios y la revelación rápida de que todo hombre es su hermano. El peregrino adivina el dedo de Dios en las leyes de la naturaleza, en las normas que rigen los pueblos, en las indicaciones que marcan el camino a seguir, en los impulsos más nobles del corazón.

Riesgos del camino: El cansancio y la monotonía, las inclemencias del clima, los peligros imprevistos o las sorpresas ingratas, la duda de llegar a una meta, que se adivina todavía lejana, acechan el peregrino en cada tramo de su ruta.

Las prisas por llegar, la experiencia del vértigo de la velocidad, el adelantamiento imprudente, la curva peligrosa, el sueño, la distracción, el exceso de alcohol, el posible fallo mecánico, la irresponsabilidad, la imprudencia son riesgos de la carretera.

Pensar que en 1999 fueron 4.200 muertos por accidente de carretera, produce escalofrío. El traer esta cifra a colación no es para aterrorizar, sino como llamada a la responsabilidad. Ningún progreso puede justificar las miles de vidas, que cada año se cobran nuestras carreteras. Aquí sí podemos decir: antes de viajar, toma medidas preventivas.

El hombre nunca puede renunciar a la responsabilidad, que conlleva su condición humana. Una vida vale más que todos los viajes y fiestas. El uso de los medios e instrumentos, convertidos en fines en sí mismos y no en servicio a las personas, sería síntoma elocuente de una sociedad moralmente enferma y poco saludable.

Tenemos que grabar en la conciencia de los conductores y de toda la sociedad el valor sagrado de toda vida humana y la primacía del hombre sobre todas las cosas. *“Todos juntos debemos construir una nueva cultura de la vida; nueva para que sea capaz de afrontar y resolver los problemas propios de hoy sobre la vida del hombre; nueva, para que sea asumida con una convicción más firme y activa para todos los cristianos; nueva, para que pueda suscitar un encuentro cultural serio y valiente con todos”* (E.V. 95).

Soñemos despiertos que nuestras carreteras volverán a ser en el organismo social, como lo son las arterias en el cuerpo humano, canales por donde discurre la vida llevando salud y gozo a todo el tejido de la sociedad.

Que, como reza la oración del conductor, Él os dé mano firme y mirada vigilante para llegar a vuestros destinos sin causar daño a nadie, ni que os lo causen.

¡Feliz verano a todos!

Crónica Diocesana

VI Encuentro Regional de Catequistas

Más de 50 catequistas de la diócesis de Salamanca participaron el 6 de mayo en el VI Encuentro Regional de Catequistas, que se celebró en Segovia.

Al encuentro se sumaron más de 600 personas de toda la Región del Duero. El delegado de Catequesis de la diócesis de Palencia, Pelayo González Ibáñez, fue el encargado de dirigir las reflexiones y dinámicas que se hicieron a lo largo de la jornada, que tuvo como lema: “*Somos familia, hacemos comunidad*”.

Bodas de oro y plata sacerdotales

El pasado 10 de mayo, nueve sacerdotes diocesanos celebraron sus bodas de oro sacerdotales: *Manuel Almeida Cuesta, Tomás Amores Dorado, Manuel Cuesta Palomero, Andrés Fuentes Vicente, Dámaso García García, Daniel Martín Martín, Ovidio Pérez García, Leoncio Redero Sierra y José Sánchez Vaquero*; y otros seis las de plata: *José*

Ramón Campos Medina, Antonio Matilla Matilla; José María Miñambres García, Julio Parrilla Díaz, Matías Prieto Espinosa y Ángel Sánchez González. Todos ellos se reunieron en la Catedral Vieja para celebrar una eucaristía en acción de gracias por toda un vida de servicio, dedicada a dar a conocer el mensaje de Jesús.

A todos ellos: ¡Felicidades!

Ordenaciones sacerdotales

Desde el domingo 14 de mayo, festividad de San Juan de Ávila, la diócesis de Salamanca cuenta con un sacerdote más. Celedonio Lucas fue ordenado presbítero junto con el dominico Juan Miguel Domínguez Berjón. Junto a ellos fueron ordenados diáconos 10 seminaristas

Celedonio nació el 14 de abril de 1968 en Salamanca, donde realizó sus estudios en el Seminario Menor y Mayor. Se licenció en Teología en Madrid. Coincidiendo con la catástrofe causada por el huracán “Mitch”, estuvo dos años en Honduras como voluntario. En nuestra diócesis ha colaborado en las parroquias de la Purísima, Puente Ladrillo, Santiago de la Puebla, Alaraz y Malpartida. Actualmente trabaja en las parroquias de Tejares, Chamberí y Vistahermosa.

El convento de las “Dueñas” abre un museo de “La Negrita”

El día 17 de mayo, en el convento de las madres dominicas “Dueñas”, tuvo lugar la bendición del pequeño local destinado a exponer los recuerdos de sor Teresa Chikaba (La Negrita). A esta sala se accede desde la parte superior del claustro plateresco del monasterio.

Ofició el acto Manuel Cuesta Palomero, vicario de Vida Contemplativa. Con esta bendición realizada en un clima festivo y emocionado, se abrió oficialmente la visita de esta sala destinada a dar a conocer a La Negrita, dominica contemplativa guineana, que pasó gran parte de su vida en Salamanca, donde murió en 1748 con reconocida fama de santidad.

El proceso de beatificación de esta monja de color está en marcha. La comunidad de dominicas de Salamanca espera tenerla pronto en los altares.

Inaugurada la Exposición “Miradas 2000. La figura de Jesús”

El día 18 de mayo se inauguró en La Casa de la Iglesia una exposición en la que se muestra, a través del arte, la figura de Jesús. Varias imágenes del patrimonio de la Iglesia diocesana y obras de artistas contemporáneos, locales en su mayoría, brindarán la oportunidad de buscar el rostro de Cristo en el arte. Los que deseen visitar esta exposición podrán hacerlo de lunes a sábado de 12:00 a 14:00 y de 17:00 a 21:00 horas y los domingos de 12:00 a 14:00 horas. La muestra permanecerá abierta hasta finales del mes de julio.

La Iglesia de Salamanca, atenta a las sugerencias del espíritu en la nueva encrucijada que abre el tercer milenio ofrece la figura de Jesús con el convencimiento de que la belleza es “clave del misterio”, “acerca la salvación” y pone delante del camino humano “miradas más altas”.

“*Miradas 2000. La figura de Jesús*” es –según Ramón Martín, delegado diocesano de Patrimonio y comisario de la exposición– un ofrecimiento, una propuesta y un coloquio entre técnicas viejas y nuevas, que se dan cita ‘para hacer visible lo invisible’”.

La exposición, en la que han participado más de treinta artistas de la provincia, se ha preparado con mucho mimo, y desde el convencimiento de que tiene mucho que aportar: “*Tarea del arte es descubrir la hondura de la realidad aún en sus dimensiones más oscuras, por eso desearía que sean muchos los que se acerquen a las ilustraciones estéticas*” –ha dicho el

responsable de la muestra, Ramón Martín, delegado diocesano de Patrimonio— *donde convergen muchas perspectivas. Deseamos que éstas sean de verdad, lugares teológicos y su contemplación posibilite puentes y luces hacia el Misterio*”.

En torno a la Exposición y con el lema “*Y vosotros, ¿quién decís que soy?*” (Marcos 8, 29), comenzaron el 15 de junio unas tertulias, en las que personas de distintos ámbitos de nuestra sociedad salmantina tratarán de dar respuesta a esa pregunta que Jesús sigue planteando hoy. Estas tertulias se celebran todos los jueves en la Casa de la Iglesia a las 20:30 horas y finalizarán en la primera quincena de julio.

Las áreas de respuesta y reflexión son las siguientes: “*La espiritualidad y el arte*”; “*Los ideales de belleza hoy*”; “*Ecce Homo: héroes de hoy*”; “*El mensaje cristiano y su transmisión*” y “*La pobreza y sus rostros*”.

Peregrinación diocesana al sepulcro de San Juan de Sahagún

Más de 2.000 salmantinos participaron el 12 de junio en la peregrinación diocesana al sepulcro de San Juan de Sahagún, patrón de la ciudad.

La peregrinación comenzó a las 9:00 horas desde Villares de la Reina, cerca de las 11:15 horas llegaron a la iglesia parroquial de San Juan de Sahagún; desde allí y tras una breve oración marcharon hacia la Catedral Nueva, donde concluyó con la celebración de una solemne eucaristía presidida por Mons. Braulio Rodríguez Plaza.

Gran Devoción al Cristo de Cabrera

Cerca de 14.000 personas procedentes de distintos lugares de la Diócesis se reunieron el domingo 18 de junio, en las Veguillas para adorar

al Cristo de Cabrera. Más de un millar de peregrinos llegaron al santuario tras recorrer a pie de los 38 kilómetros que separan Salamanca de la ermita en la que se asienta el santo, donde participaron con gran devoción en la primera eucaristía, celebrada a las 6 de la mañana.

A las 12:00 horas se celebró una eucaristía en la explanada de la finca en la que participaron miles de personas y al finalizar se acercaron a besar la imagen de Cristo.

Jornadas de fin de curso

“Que en este año jubilar nadie quiera excluirse del abrazo del Padre. Que nadie se comporte como el hermano mayor de la parábola evangélica que se niega a entrar en casa para hacer fiesta (Lc 25. 25-30). Que la alegría del perdón sea más grande y profunda que cualquier resentimiento. Obrando así, la esposa aparecerá ante los ojos del mundo con el esplendor de la belleza y santidad que provienen de la gracia del Señor.” Con estas palabras de Juan Pablo II, la Vicaría General de la Diócesis invita a todos los sacerdotes a participar en los actos finales del curso.

Con este talante espiritual, a través de tres acciones, se clausurará en Salamanca el curso 1999-2000: jornadas eucarísticas para los arciprestazgos, celebración del “Corpus Christi” y la representación teatral de “Gran teatro del mundo”.

Una de las actividades previstas, las jornadas eucarísticas para los arciprestazgos, se celebraron durante la semana previa al Corpus, en cinco santuarios marianos. El lunes, 19 de junio, en la *ermita Nuestra Señora del Hinojal* (Paradinas de San Juan); el martes 20 de junio, en la *ermita de Nuestra Señora de los Reyes* (Villaaseco de los Reyes), el miércoles 21 de junio, en el *santuario de la Peña de Francia* (El Cabaco); el viernes 23 de junio, en la *ermita de Valdejimena* (Horcajo) y el sábado 24 de junio, en la *parroquia santuario María Auxiliadora*.

El domingo 25 de junio, Día del Corpus Christi, se celebró en la Catedral Nueva, una eucaristía las 12:00 horas, que estuvo presidida por el Obispo.

Como cierre a todos estos actos, los días 1, 2 y 3 de julio, en la Iglesia del Espíritu Santo (La Clerecía) a las 21:30 horas tendrá lugar la representación de auto sacramental de Pedro Calderón de la Barca, "El gran teatro del mundo". A las tres representaciones sólo se podrá asistir por invitación, que se repartirá a través de los arciprestazgos y delegaciones.

XIV Encuentro Internacional de Convivencia Espiritual

La comunidad Idente ha organizado el XIV Encuentro Internacional de Convivencia Espiritual, que se va a realizar este año, con motivo del Jubileo 2000, en Pomezia (Roma) del 13 al 20 de agosto. En este encuentro se realizarán visitas a distintos lugares de Roma y se participará en la apertura de la Jornada Mundial de la Juventud por el Papa, y en la celebración del Jubileo con los jóvenes.

Necrológicas

JOAQUÍN GÓMEZ

El 30 de mayo, muy de madrugada, nuestro hermano Joaquín, sacerdote, emprendía su viaje definitivo, desde el tiempo a la eternidad, a sus noventa y tres años muy crecidos.

Nació D. Joaquín en Machacón el 29 de octubre de 1906; estudió en el Seminario de Salamanca y se ordenó sacerdote el 20 de diciembre de 1930. Ejerció su ministerio sacerdotal en varias parroquias de nuestra dió-

cesis, dejando en ellas un grato recuerdo de su dinamismo y de su ponderado quehacer pastoral.

Estrenó su sacerdocio ministerial en El Tornadizo, continuando más tarde por tierras de Ledesma: Doñinos, después en Villarmayor, más tarde en Santa María de Sando donde estuvo 32 años, y finalmente en Sando de Santa María donde comenzó ya su jubilación de la vida parroquial.

Ejerció después como Capellán de la Residencia de San Rafael en Salamanca unos doce años y pasó sus últimos años en la casa familiar de Sando de Santa María, con sus sobrinos Isidro y Vicenta exquisitamente atendido y mimado por ellos hasta el fin de sus días en la tierra.

Era hombre de carácter abierto y comunicativo, con marcadas dotes de espontaneidad y jovialidad, con las que animaba nuestras convivencias y colaboraba, en no pocas ocasiones, a romper la perplejidad que algunos temas o circunstancias suelen conllevar, facilitando así el clima coloquial para el diálogo y la puesta en común.

Comentaba y admiraba, muchas veces, los cambios que la liturgia, la pastoral y toda la marcha de la Iglesia ha experimentado durante los largos años de su ministerio sacerdotal; desde la misa en latín y de espaldas al pueblo con crecido número de asistentes y escaso de participantes, hasta la participación más activa, dinámica y comprometida cada día de los laicos, aunque en no pocas comunidades, la concurrencia notablemente disminuía.

Valoraba y admiraba las nuevas formas que lentamente se han ido introduciendo en las celebraciones litúrgicas, con la riqueza de moniciones, cánticos y fórmulas que ayudan a comprenderlas y vivirlas, aunque él reconocía sencillamente sentirse ya desbordado para adaptarse y acomodarse a ellas.

La misa de "corpore insepulto" por su alma fue celebrada en la iglesia de Santa María de Sando el día 31, presidida por el Sr. Vicario General de la Diócesis, D. Joaquín Tapia, y concelebrada por 30 sacerdotes. Su cuerpo fue inhumado en este cementerio parroquial en el que reposan los de sus padres.

Descansa ya en paz amigo Joaquín, que Dios haya premiado crecidamente tus tareas sacerdotales y te haya recibido con la invitación que todos te deseamos: "*Siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor*".

Iglesia en Castilla y León

Actas del II Encuentro de delegados diocesanos de MCS de la Región del Duero

BURGOS, 19 DE MAYO DE 2000

El segundo encuentro de la reunión de delegados de medios de Castilla tiene su origen en la inquietud que manifestamos en la reunión de delegados de Medios de Comunicación que tuvo lugar en Madrid a finales del año pasado.

Con el objetivo de conocernos, compartir dificultades y exponer propuestas, nos reunimos el 10 de marzo de 2000 en Salamanca. En este encuentro se plantearon dos proyectos, la creación y actualización de una página web regional y la posibilidad de elaborar un dossier de prensa. Las conclusiones a las que llegamos fueron:

- La buena voluntad no basta.
- La comunicación en la Iglesia exige profesionalización (profesionalización significa calidad y eficacia).
- Urge una mayor coordinación a nivel regional y el aprovechamiento de las sinergias.

I. CRÓNICA DE LA JORNADA

- 10:30 horas: Presentación y rueda de prensa con medios locales y regionales, e inauguración del encuentro.
 - Mons. Santiago Martínez Acebes, arzobispo de Burgos.
 - D. Raúl Berzosa Martínez, vicario de Pastoral de Burgos y Secretario de Iglesia en Castilla.
 - D. José María Gil Tamayo, director del Secretariado de Medios de Comunicación Social de la Conferencia Episcopal Española.
 - D. Isidro Catela Marcos, director de la Escuela de Comunicación Cristiana de la UPSA.
 - Amparo Latre Gorbe, delegada de Medios de Comunicación de la diócesis de Salamanca.

- 11:00 horas: Exposición de la ponencia: *“Página web común para las diócesis de la Región del Duero”*
 - Isidro Catela Marcos, director de la Escuela de Comunicación Cristiana centró la exposición en tres aspectos fundamentalmente:
 - 1º) Metas del proyecto: unir esfuerzos, abaratar costes, identificarnos y que nos identifiquen y tener presencia en la web.
 - 2º) Desarrollo del mismo: quiénes participamos, cómo, fecha límite, recursos.
 - 3º) Presupuesto.

- 12:00 horas: Coloquio

El coloquio giró en torno a tres cuestiones:

 - Contenidos de la página web.
 - Necesidad de institucionalizar los encuentros y el trabajo a nivel regional.
 - Fecha de la próxima reunión de delegados.

- Se coincidió en que lo más conveniente es crear una página web con una imagen identificativa de las delegaciones de Medios de Comunicación de la Región del Duero.
 - La intención, en este momento del encuentro, era definir los contenidos y la imagen de la página. Viendo que eran muchos más de los que en un principio se pensó, se optó por nombrar coordinador regional de todas las delegaciones. Tras una votación a mano alzada, Amparo Latre Gorbe, delegada de Medios de Comunicación Social de la Diócesis de Salamanca, salió elegida como coordinadora. Tendrá como función que las tareas en medios de comunicación a nivel regional ganen en operatividad y por otra parte, concretar el proyecto de la página web.
- 13:30 horas: Comida.
 - 15:00 horas: Emisión del programa de COPE “El Espejo de la Iglesia” desde Burgos para toda Castilla y León.

II. CONCLUSIONES

1. Para avanzar en el campo de los medios de comunicación, es imprescindible contar con el apoyo institucional de los obispos. Para ello, se eligió un coordinador regional y se pedirá, a través del Secretariado de Iglesia en Castilla, que un obispo de la región se encargue de esta materia.

2. Es necesario el compromiso por parte de cada diócesis de estudiar seriamente la viabilidad de crear y mantener una página web diocesana. Para ello, decidimos realizar un cuestionario entre todas las diócesis de la región.

3. La fecha límite para contestar el cuestionario es el 30 de junio. Entre esta fecha y la del próximo encuentro, y con los datos obtenidos, se trabajará en la página web. De este modo, para principio de curso, podremos decidir sobre proyectos reales.

4. El próximo encuentro será en Valladolid el 20 de octubre. Por confirmar.

Iglesia en España

Mensaje del Comité Ejecutivo de la CEE en el 80 cumpleaños de S.S. Juan Pablo II

(APROBADO EN LA 239 REUNIÓN DE 11 DE MAYO DE 2000)

Una vez más el Santo Padre Juan Pablo II sobrevolará nuestra Patria. En esta ocasión será para visitar el santuario de Fátima, llamar de nuevo a María bienaventurada y alegrarse, particularmente en este Año Jubilar, en el Dios de la salvación, que en la plenitud de los tiempos nos envió a su Hijo nacido de mujer. Con la beatificación de los dos niños pastores, Jacinto y Francisca, se unirá al cántico de la Virgen para proclamar que Dios exalta a los humildes.

Os invitamos, hermanos, a que con motivo de este nuevo viaje apostólico del Papa y de la celebración de su 80 cumpleaños el próximo día 18, os unáis a nosotros en la alegría y el agradecimiento. Al ver su vida tan llena y fecunda en frutos de Evangelio, queremos manifestar al Santo Padre, juntamente con vosotros el sentimiento de admiración y de gratitud que llevamos en el corazón: *¡qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas nuevas, que anuncia salvación!* (Is 52, 7; cf. Rom 10, 15).

En este tiempo pascual las lecturas litúrgicas nos adentran en el clima espiritual de la primitiva comunidad cristiana, tal como lo describe el libro de los Hechos de los Apóstoles. Aquel dinamismo evangelizador, la valentía en la predicación, la armonía de la comunidad y la autenticidad del testimonio fueron impulsados y sostenidos de una manera especial por la fortaleza y las palabras llenas de sabiduría que Dios otorgaba al apóstol San Pedro.

La Iglesia de hoy goza del mismo don de Dios a través del sucesor de Pedro. El es también un verdadero testigo, que no puede dejar de hablar de lo que ha visto y oído (cf. Hech 4, 20). Su profunda experiencia de fe la hemos podido comprobar todos en nuestros encuentros personales con él, en las visitas que nos ha hecho a España y en la misma televisión. Con su palabra y con su vida ejerce el ministerio confiado por el Señor de confirmar en la fe a los hermanos (cf Lc 22, 32).

Lo vemos como el seguidor de Jesucristo, que le confiesa su amor una y otra vez (cf. Jn 21, 15-17). El apóstol que con el ardor del Espíritu lo proclama redentor del mundo por su muerte y resurrección, Señor y Salvador universal. Lo mismo que Pedro ante el pueblo y sus jefes, el Papa habla con sinceridad y valentía ante las multitudes que lo rodean y ante los gobernantes de las naciones y les anuncia a Jesucristo y el mensaje del Evangelio. Impulsando la acción de los católicos y de todos los hombres y mujeres de buena voluntad a favor de la paz y de la justicia, está contribuyendo a crear la nueva civilización del amor. Como a aquel paralítico al que curó Pedro, también hoy el Papa dice a la humanidad a menudo desesperanzada o desorientada: *“En nombre de Jesucristo, ponte a andar”* (Hech 3, 6).

Los Hechos de los Apóstoles refieren la preocupación del primer Papa por las comunidades que iban formándose: *“Pedro andaba recorriendo todos los lugares y bajó también a visitar a los santos que habitaban en Lida”* (Hech 9, 32) y lo mismo a otras poblaciones como Joppe o Cesarea (cf. Hech 9, 36-43; 10, 1-48). Es una faceta que destaca en el ministerio de Juan Pablo II: sus viajes apostólicos por todo el mundo y sus fraternales visitas a las Iglesias particulares significan y contribuyen a hacer efectivo el servicio eclesial del ministerio petrino de ser principio y fundamento, perpetuo y visible, de la unidad de fe y comunión de toda la

Iglesia (cf LG 18). En unión con los fieles de nuestras Diócesis, expresamos nuestra vinculación afectiva y efectiva con el Obispo de Roma y le agradecemos su palabra estimulante y el ejemplo de vida entregada.

También el Libro de los Hechos quiere dejar constancia de que toda la Iglesia estaba respaldando la acción evangelizadora de Pedro y apoyándole con su oración en los momentos de dificultades: *“Pedro estaba custodiado en la cárcel y mientras tanto la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios”* (Hech 12, 5). Os invitamos a manteneros firmes en esta tradición de la familia cristiana. De modo especial el Jubileo que estamos celebrando nos recuerda la necesidad de rezar por las intenciones del Papa. Muchos tendréis ocasión este año de estar muy cerca de él en Roma. Particularmente a los jóvenes que vais a tomar parte en el encuentro mundial os decimos que os dejéis contagiar del vigor espiritual de Juan Pablo II.

Y a todos os exhortamos a que viváis en sintonía de alma con los Pastores de la Iglesia y con quien es su Cabeza visible. Ante las dificultades que hoy tiene la nueva evangelización, ante posibles faltas de comprensión o de interés, todos, a una elevemos nuestra voz esperanza a Dios para pedir por el sucesor de Pedro y los sucesores de los Apóstoles, tomando ejemplo de la primitiva comunidad eclesial: *“Señor, concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía”* (Hech 4, 29).

Felicidades al Santo Padre en su 80 cumpleaños. Bendecimos a Dios por las gracias que nos reparte a través de su ministerio. Nos alegramos en el regalo de la comunión eclesial. Y pedimos el don del Espíritu Santo para que cada día la vayamos construyendo más plenamente. Así también nosotros, como los primeros cristianos, podremos dar al comienzo del tercer milenio testimonio creíble de la resurrección de Jesucristo.

Madrid, 12 de Mayo de 2000.

Mensaje del Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar

APOSTOLADO SEGLAR EN PENTECOSTÉS

1. ¿CUÁL ES LA SITUACIÓN DEL LAICADO HOY EN LA IGLESIA?

Es una pregunta muy genérica y, por ello, difícil de responder con precisión. Me limitaré, por tanto, a decir algo que me parece importante en estos días en que la Iglesia termina la Cincuentena pascual y celebra gozosa la venida del Espíritu Santo. El día de Pentecostés es un día grande para todos los cristianos; en él esperamos todos recibir la fuerza del Espíritu Santo para ser, cada uno según su vocación y misión, testigos de Cristo entre los hombres y mujeres con los que vivimos. Es un día grande, porque el Espíritu, sin hacer distinción, descendió sobre los Apóstoles y María, Nuestra Señora, y nació la Iglesia como una semilla, pequeña, pero llena de fuerza y vitalidad.

Evidentemente los fieles laicos tienen un lugar en esta Iglesia; tienen su puesto en la comunidad cristiana, en una situación concreta. Hay una condición de fiel laico en la Iglesia de Cristo; es una vocación y una misión específica. Como la tienen los religiosos, los sacerdotes y diáconos y otros consagrados. Y como la tienen los obispos. Y no se puede jugar con la vocación peculiar con la que son llamados el hombre y la mujer bautizados que no tienen una vocación de especial consagración.

El día de Pentecostés es fiesta de todos los cristianos: todos necesitamos del Espíritu de Jesucristo. Pero la Iglesia que peregrina en España recuerda con insistencia la necesidad del Apostolado Seglar asociado y de la Acción Católica. Ante todo, cada miembro de la Iglesia debe gozar con saber que estar en ella es una verdadera vocación y una gracia divina. Y todos gozamos de esa llamada a entrar a formar parte del Pueblo de Dios, llamada que va siempre acompañada de una misión, de un encargo.

Lo que sucede es que el día del Apostolado Seglar nos recuerda que el encargo o misión de los laicos es el apostolado en el mundo en que

viven, en las grandes y pequeñas actividades que realizan cada día en el interior de la sociedad en que viven. Y para realizar esta tarea es muy bueno hacerlo de modo asociado, no aisladamente, en la inmensa variedad de grupos, movimientos y asociaciones, que le dan a la Iglesia una riqueza enorme, pues los carismas que el Espíritu Santo derrama en ella son muchos y muy buenos. Esto resaltamos el domingo de Pentecostés, como en otro momento resaltamos a la familia cristiana, a los misioneros, los sacerdotes, la vida consagrada, etc. Y hay que reconocer que cuesta unirse a otros cristianos para realizar ese apostolado más asociado.

2. ¿CUÁL ES EL MENSAJE QUE SE QUIERE TRANSMITIR EN EL DÍA DEL APOSTOLADO SEGLAR?

El mensaje episcopal para este día habla de compromiso sociopolítico, pues los laicos viven comprometidos en el mundo y en lo que el Concilio denominó “índole secular”. Éste es un trabajo exigente y muchas veces desagradecido. Si se quiere hacer bien, exige sacrificio y entrega; por eso no está mal que la Iglesia entera exhorte a los fieles laicos a coger el arado y a trabajar. Y esa insistencia en invitar a los seglares a unir fuerzas y trabajo en el campo del apostolado en las asociaciones apostólicas es explicable: el apostolado asociado hace visible a la Iglesia en el mundo como cuerpo de Cristo y ayuda a la eficacia de ese trabajo, porque no es lo mismo este tipo de compromiso vivirlo solo, aislado, que con la ayuda de una grupo de referencia, un movimiento apostólico que está a tu lado y recorre contigo el esfuerzo que supone asumirlo.

El Papa invitaba no hace mucho a los laicos a ser confesores de la fe en el mundo de hoy, mediante la palabra y las obras. Es una invitación providencial para los laicos en los umbrales del tercer milenio de la era cristiana. En realidad toda la Iglesia está llamada a presentarse con humildad ante el Señor y retomar el camino de una honda conversión: camino de madurez cristiana, de fiel adhesión a Cristo en santidad y verdad. Y creo que en un examen de conciencia de dos mil años de cristianismo no debería faltar considerar cómo hemos acogido ese acontecimiento eclesial más importante de nuestro siglo, que es el Concilio Vaticano II, y su enseñanza esclarecedora acerca de la dignidad, vocación y misión de los fieles laicos.

3. ESPIRITUALIDAD DEL FIEL LAICO

A mi modo de ver sería erróneo hacer con los cristianos compartimentos estanco a la hora de hablar de la espiritualidad: hay una vocación común para todos de seguir a Jesucristo que tiene sus claves espirituales y que sirve también para pastores y para quienes siguen a Jesús en una vida consagrada. Es el gran acervo espiritual de la Iglesia desde los inicios, que no es ajeno a cualquier hijo de la Iglesia. Pero la espiritualidad laical es muy clara y la exhortación postsinodal **Christifideles Laici** la delinea con precisión.

En estos momentos, a los laicos cristianos, cercana ya la cita jubilar del 2000, el Papa invita a plantearse unos interrogantes fundamentales: *¿Qué he hecho de mi Bautismo? ¿Cómo estoy respondiendo a mi vocación? ¿Qué he hecho de mi Confirmación? ¿He dejado que fructifiquen los dones y los carismas del Espíritu? ¿Es Cristo el “tú” presente en mi vida? Mi adhesión a la Iglesia, misterio de comunión misionera, tal y como su fundador la quiso y como se va realizando mediante la Tradición viva, ¿es verdaderamente plena y profunda? En mis opciones, ¿soy fiel a la verdad que propone el Magisterio eclesial? Mi vida conyugal, familiar y profesional, ¿está impregnada de la enseñanza de Cristo? Mi compromiso social y político, ¿arraiga en los principios evangélicos y en la doctrina social de la Iglesia? ¿Cuál es mi aportación a la construcción de formas de vida más dignas del hombre y a la inculturación del Evangelio ante los grandes cambios actuales en curso?*

Muchos signos de esperanza han surgido tras el Concilio para la misión de la Iglesia. Entre ellos están en primera línea el redescubrimiento y valorización de los carismas, que han fomentado una comunión más viva entre las diferentes vocaciones presentes en el Pueblo de Dios; la promoción de los fieles laicos y su participación y corresponsabilidad en la vida de la comunidad cristiana, así como su apostolado y su servicio en el seno de la sociedad. En la aurora del tercer milenio, estas señales bien hacen esperar una “epifanía” del laicado, tan madura como fecunda.

Me gustaría también precisar que Pentecostés es también el día de la Acción Católica. Ella es una entre las asociaciones de seculares católicos. No es la única ni la mejor; es simplemente una que, como todas las demás, tiene sus peculiaridades. ¿Cuáles son éstas? La de no tener peculiaridad; es

la asociación de seglares que, aunque tenga una metodología propia, se identifica con la vida diocesana porque lo que intenta es justamente formar a los laicos de una Diócesis, militantes cristianos que se identifiquen, como carisma propio, con su Obispo y sus directrices, con la pastoral ordinaria y general de la Iglesia en las parroquias o en los ámbitos, con el compromiso de sacar adelante la vida cristiana de quienes les rodean. Esto es la Acción Católica. Esto es lo que la Iglesia pide a sus asociados, sean Acción Católica General y movimientos especializados.

Felicidades a todos los fieles laicos que trabajan por ser sal y luz en el mundo. Es Pentecostés.

Mons. Braulio Rodríguez Plaza

Comunicado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en el Día de Caridad en la festividad del Corpus Christi

PRESENCIA DE DIOS. FRATERNIDAD ENTRE LOS HOMBRES

Hermanos:

Con toda la Iglesia, rebotante de gozo pascual en medio de las dificultades y sufrimientos de una gran parte de la humanidad, celebramos, un año más, la solemnidad del *Corpus Christi*, *mysterium fidei*, sacramento de nuestra fe, misterio de una inagotable experiencia contemplativa.

SACRAMENTO DE DIOS

El *Corpus Christi* es el Cuerpo de Dios, el cuerpo de Jesús encarnado hace dos mil años, el cuerpo tejido en el seno virginal de María, muerto en la cruz y resucitado.

Dios es misterio, y muchos hombres de nuestro tiempo, y de todos los tiempos, perciben a Dios como problema, como conflicto con el pensa-

miento y la razón, como silencio, incluso como idea insignificante y sin sentido; o como posibilidad puramente hipotética...

Sin embargo, los cristianos descubrimos, en cambio, la presencia de Dios en los signos sacramentales de la Pascua, en el pan y en el vino de la Santa Eucaristía. Un Dios escondido y revelado, un Dios accesible a nuestras manos y, a la vez, santo; un Dios Padre que entrega a su Hijo; un Dios Hijo entregado y derramado; un Dios Espíritu que transforma el pan y todo lo que toca, con su poder vivificante, con el infinito poder del amor sin límites.

Es preciso detenerse ante la Eucaristía para percibir, intuir y acoger el misterio de Dios, su amor incomparable, sin medida, su inenarrable fecundidad. Es Pan en el desierto, Pan que hace brotar vida allí donde parece imposible.

SACRAMENTO PARA EL HOMBRE

La celebración y contemplación de la Eucaristía nos ayudan a conocer y comprender mejor al hombre. Porque el hombre, como Dios, es también un misterio.

¿Qué es el hombre para que te acuerdes de Él, los hijos de Adán para que pienses en ellos? (Salmo 8). Los creyentes de Jesús, el Señor, ante la Eucaristía, nos preguntamos: ¿Qué es el hombre para que te desvivas por él, para que des la vida, por él? ¿Qué es el hombre para que habites en él? ¿Cuánto vale un hombre, todo hombre, cualquier hombre, contemplados desde lo alto de la Cruz, desde el misterio del *Corpus Christi*, desde el clamoroso silencio de este Pan? No sólo “*lo hiciste poco inferior a los ángeles, lo coronaste de gloria y dignidad le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies*”. No solo le pusiste “corona, cetro y escabel”, lo hiciste rey de la creación. Incluso lo has hecho mucho más: en tu hijo Jesucristo, por el Espíritu, lo has hecho carne de tu carne. Lo has hecho hijo, hermano, amigo, morada tuya.

La Eucaristía, sacramento de la Pascua, ilumina incomparablemente el misterio de la infinita dignidad humana, superando las necesarias luces y sombras que nos aportan la psicología, la sociología, y todas las ciencias humanas. Las estadísticas, por ejemplo, nos siguen recordando que el

20 % de la población mundial consume el 85% de los alimentos; que en España hay casi 8 millones de pobres y, en Europa, hay 52 millones de pobres. Añadir los damnificados por las catástrofes naturales, las guerras, los desplazados que éstas generan, los hundidos bajo el peso injusto de la deuda externa... Frente a ello, **Cáritas** cuenta en España con una red de 50.000 voluntarios. Pero la tarea es ingente. Podemos cantar con Santa María de la Encarnación, en este año jubilar, un *magnificat* de acción de gracias al Señor por todos los trabajadores de **Cáritas**, por tanta gente escondida que colabora con ella. Pero debemos seguir pasando la voz, en nuestro entorno concreto, para animar a los que nos rodean para que se impliquen en las tareas de **Cáritas**.

Es preciso detenerse ante la Eucaristía religiosa y creyentemente, prolongadamente, para salir a ayudar al hombre sin reduccionismos ideológicos, para tratarlo dignamente, sin profanarlo. Ahí, *en la escuela de la Eucaristía* (Juan Pablo II), aprendemos a dar callada y gratuitamente la vida, a organizarnos, a colaborar, a poner voz y nombre a las pobreza, a denunciar desde la misericordia, a no dejarnos derrotar por las dificultades, por los que se desentienden, por los que se cansan. Allí aprendemos el valor de una simple persona, de todo ser humano, más allá de cualquier apellido, de cualquier dato.

PRIMICIA Y HORIZONTE

El Pan de la Eucaristía, el *Corpus Christi*, es primicia de la nueva creación, de los cielos nuevos y la tierra nueva, es obra exclusiva del Espíritu de Dios y, por ello, tiene sus signos, que el creyente sabe interpretar. El *Corpus Christi* es misterio de comunión y de diversidad. Es el cuerpo de Dios Único, el cuerpo del Verbo Unigénito y, a la vez, es el cuerpo de toda la Iglesia y, de una manera real, aunque escondida, es cifra y resumen de toda la humanidad redimida y renovada por el acontecimiento pascual. La comunión y la diversidad son signos del obrar de Dios, de la acción del Espíritu. No hay una sin la otra. Toda forma de reduccionismo, de totalitarismo, de particularismo, de exclusión, de marginación, no vienen del Espíritu de Dios sino del poderío del mal, del pecado. Una comunidad que celebra la Eucaristía, que invoca al Espíritu del Señor en la *epiclesis* sobre el pan y el vino, sobre la asamblea, es una comunidad que no reduce, no

excluye ni margina a nadie. De la celebración de la Eucaristía, renovados por el misterio pascual, salimos a los caminos y senderos de la vida para ponernos al servicio del hombre, de todos los hombres, de cualquier hombre, para continuar la obra que ha iniciado Dios en nosotros. El horizonte es también el *Corpus Christi*: servir al hombre hasta que Dios lo sea todo en todos. Mientras haya un pobre, un hombre que sufre sin esperanza, no habrá terminado la tarea, no habrá llegado el día de reposo para la Iglesia, para **Cáritas**.

Los obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social os animamos a deteneros ante el misterio del *Corpus Christi*, para salir, con el corazón transformado, al servicio fraternal, valiente y humilde, de la dignidad humana, de los necesitados, de los excluidos, de tanto corazón que sufre.

Los Obispos de la Comisión Episcopal de Pastoral Social

Madrid, 6 de junio de 2000.

Iglesia en el Mundo

Homilía de su Santidad Juan Pablo II en la misa de beatificación de los pastorcillos de Fátima, Francisco y Jacinta

1. *“Yo te bendigo, Padre, (...) porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños”* (Mt 11, 25).

Con estas palabras, amados hermanos y hermanas, Jesús alaba los designios del Padre celestial; sabe que nadie puede ir a él si el Padre no lo atrae (cf. Jn 6, 44), por eso alaba este designio y lo acepta filialmente: *“Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito”* (Mt 11, 26). Has querido abrir el Reino a los pequeños.

Por designio divino, *“una mujer vestida del sol”* (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: los invita a ofrecerse como víctimas de reparación, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona—explican ellos— se contempla en un espejo.

Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: *“Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo”*.

Dios: una luz que arde, pero no quema. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: “*Yo estaré contigo*” (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en “zarza ardiente” del Altísimo.

2. Lo que más impresionaba y absorbía *al beato Francisco* era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además sólo a él Dios se dio a conocer “muy triste”, como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: “*Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él*”. Vive movido por el único deseo —que expresa muy bien el modo de pensar de los niños— de “consolar y dar alegría a Jesús”.

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu, a través de la renuncia a los propios gustos e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, sin quejarse nunca. Todo le parecía poco para consolar a Jesús; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.

3. “*Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón*” (Ap 12, 3). Estas palabras de la primera lectura de la misa nos hacen pensar en la gran lucha que se libra entre el bien y el mal, pudiendo constatar cómo el hombre, al alejarse de Dios, no puede hallar la felicidad, sino que acaba por destruirse a sí mismo.

¡Cuántas víctimas durante el último siglo del segundo milenio! Vienen a la memoria los horrores de las dos guerras mundiales y de otras muchas en diversas partes del mundo, los campos de concentración y exterminio, los *gulag*, las limpiezas étnicas y las persecuciones, el terroris-

mo, los secuestros de personas, la droga y los atentados contra los hijos por nacer y contra la familia.

El mensaje de Fátima es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del “dragón”, que, con su “cola”, arrastró un tercio de las estrellas del cielo y las precipitó sobre la tierra (cf. Ap 12, 4). La meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.

Dios quiere que nadie se pierda; por eso, hace dos mil años, envió a la tierra a su Hijo, “a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10). Él nos ha salvado con su muerte en la cruz; ¡que nadie haga vana esa cruz! Jesús murió y resucitó para ser “el primogénito entre muchos hermanos” (Rm 8, 29).

Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que “no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido”. Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: “Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas”.

4. La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día –cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama– la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: “Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí”. Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: “Da muchos saludos de mi parte a nuestro Señor y a nuestra Señora, y diles que estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores”. Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores.

Jacinta bien podía exclamar con san Pablo: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia” (Col 1, 24). El domingo pasado, en el Coliseo de Roma, conme-

moramos a numerosos testigos de la fe del siglo XX, recordando las tribulaciones que sufrieron, mediante algunos significativos testimonios que nos han dejado. Una multitud incalculable de valientes testigos de la fe nos ha legado una herencia valiosa, que debe permanecer viva en el tercer milenio. Aquí, en Fátima, donde se anunciaron estos tiempos de tribulación y nuestra Señora pidió oración y penitencia para abreviarlos, quiero hoy dar gracias al cielo por la fuerza del testimonio que se manifestó en todas esas vidas. Y deseo, una vez más, celebrar la bondad que el Señor tuvo conmigo, cuando, herido gravemente aquel 13 de mayo de 1981, fui salvado de la muerte. Expreso mi gratitud también a la beata Jacinta por los sacrificios y oraciones que ofreció por el Santo Padre, a quien había visto en gran sufrimiento.

5. “*Yo te bendigo, Padre, porque has revelado estas verdades a los pequeños*”. La alabanza de Jesús reviste hoy la forma solemne de la beatificación de los pastorcitos Francisco y Jacinta. Con este rito, la Iglesia quiere poner en el candelero estas dos velas que Dios encendió para iluminar a la humanidad en sus horas sombrías e inquietas. Quiera Dios que brillen sobre el camino de esta multitud inmensa de peregrinos y de cuantos nos acompañan a través de la radio y la televisión.

Que sean una luz amiga para iluminar a todo Portugal y, de modo especial, a esta diócesis de Leiría-Fátima.

Agradezco a monseñor Seraffín, obispo de esta ilustre Iglesia particular, sus palabras de bienvenida, y con gran alegría saludo a todo el Episcopado portugués y a sus diócesis, a las que amo mucho y exhorto a imitar a sus santos. Dirijo un saludo fraterno a los cardenales y obispos presentes, en particular a los pastores de la comunidad de países de lengua portuguesa: que la Virgen María obtenga la reconciliación del pueblo angoleño; consuele a los damnificados de Mozambique; vele por los pasos de Timor Lorosae, Guinea-Bissau, Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe; y conserve en la unidad de la fe a sus hijos e hijas de Brasil.

Saludo con deferencia al señor presidente de la República y demás autoridades que han querido participar en esta celebración; y aprovecho esta ocasión para expresar, en su persona, mi agradecimiento a todos por la colaboración que ha hecho posible mi peregrinación. Abrazo con cordiali-

dad y bendigo de modo particular a la parroquia y a la ciudad de Fátima, que hoy se alegra por sus hijos elevados al honor de los altares.

6. Mis últimas palabras son para los niños: queridos niños y niñas, veo que muchos de vosotros estáis vestidos como Francisco y Jacinta. ¡Estáis muy bien! Pero luego, o mañana, dejaréis esos vestidos y... los pastorcitos desaparecerán. ¿No os parece que no deberían desaparecer? La Virgen tiene mucha necesidad de todos vosotros para consolar a Jesús, triste por los pecados que se cometen; tiene necesidad de vuestras oraciones y sacrificios por los pecadores.

Pedid a vuestros padres y educadores que os inscriban a la “escuela” de Nuestra Señora, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que ella les pedía. Os digo que “*se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de iniciativas personales, apoyándose sólo en sí mismos*” (san Luis María Grignion de Montfort, *Tratado sobre la verdadera devoción a la santísima Virgen*, n.º. 155). Fue así como los pastorcitos rápidamente alcanzaron la santidad. Una mujer que acogió a Jacinta en Lisboa, al oír algunos consejos muy buenos y acertados que daba la pequeña, le preguntó quién se la había enseñado: “*Fue Nuestra Señora*”, le respondió. Jacinta y Francisco, entregándose con total generosidad a la dirección de tan buena Maestra, alcanzaron en poco tiempo las cumbres de la perfección.

7. “*Yo te bendigo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños*”.

Yo te bendigo, Padre, por todos tus pequeños, comenzando por la Virgen María, tu humilde sierva, hasta los pastorcitos Francisco y Jacinta.

Que el mensaje de su vida permanezca siempre vivo para iluminar el camino de la humanidad.

Santuario de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, 13 de mayo de 2000.

Colaboraciones

Dedicación de la nueva iglesia de San Juan de Mata

Las encuestas sociológicas que se realizan periódicamente entre nosotros constatan, en el umbral del tercer milenio, un retroceso, lento pero imparable, del número de los que se confiesan cristianos y de la práctica religiosa. Lo primero no sería preocupante si los que se quedan dentro fueran consecuentes con el bautismo recibido. Pero la confusión sigue impertérrita, de modo que uno mismo puede considerarse cristiano y no practicante rizando el rizo de la más pura contradicción.

Desafiando la corriente de deserción de las iglesias que se observa por todas partes, los Trinitarios se disponen a dedicar un nuevo templo en pleno barrio de San Bernardo de nuestra ciudad. La ocasión no podía desaprovecharse: acabamos de celebrar el VIII Centenario de la Orden por San Juan de Mata, cuyas reliquias se guardan, desde hace más de treinta años, en la capillita del colegio habilitada luego como parroquia. La obra se ha podido llevar a cabo porque se han hecho cargo de ella, con gran sacrificio, las ocho casas o conventos de la Provincia Trinitaria, San Juan de Mata. Los arquitectos, profesores de la Escuela de Arquitectura de San Sebastián, Alberto Ustarroz y Manuel Íñiguez, elaboraron los planos resaltando la dimensión simbólica de la presencia de las reliquias del Fundador. A la entrada del templo, un precioso edículo que se eleva poderosamente

hacia el cielo, alberga la urna con las reliquias del Fundador. De él se despliega luego la construcción hacia el presbiterio como una palmera, según el simbolismo bíblico: “*Iustus ut palma florebit*”, “*el justo florecerá como una palmera*” (Sal 91, 13). Por otra parte, la idea teológica que los arquitectos han intentado plasmar en este nuevo templo está plenamente en sintonía con el espíritu del Vaticano II: la Iglesia se levanta sobre los santos; ellos son las verdaderas piedras vivas, porque son los que mejor han vivido e interpretado el Evangelio del Señor.

Ciertamente, la piedra angular es siempre Jesucristo, pero sobre ella con Pedro, los apóstoles, los mártires y los santos, canonizados o no, se ha edificado la Iglesia a lo largo de los siglos sin que los pecados de sus hijos hayan podido hacerla fracasar. Por eso se ha dicho que los santos son la mejor y más increíble apología de la Iglesia, de la verdad del mensaje que le confió el Señor. A la luz de esta idea, el nuevo templo se sostiene y ensancha sobre el edículo que guarda las reliquias de San Juan de Mata. El pueblo de Dios que se reúne en esta iglesia es abrazado y protegido por su santo patrono. Pero los santos no son sólo intercesores ante Dios por nosotros, sino también modelos y testimonios de fidelidad al Evangelio. La figura y la obra de San Juan de Mata quedan así destacadas entre los fieles como un permanente recordatorio de amor a Cristo y a los más pobres de Cristo, los cautivos y perseguidos por causa de la fe y la justicia.

De los edificios civiles se dice que se inauguran; en algunos casos se bendicen. Las iglesias se *dedican*, un término con el que queremos expresar que el destinatario último es Dios. Levantamos iglesias para gloria de Dios, que siendo invisible y transcendente quiere morar entre los hombres. Pero como la verdadera gloria de Dios es el hombre santo, conformado a imagen de Jesucristo, por eso muchos templos se dedican a Dios en honor de la Virgen María o de un santo. En nuestro caso, para gloria de la Santísima Trinidad en honor de su siervo san Juan de Mata, fundador de la Orden Trinitaria. Dedicar una iglesia es reservarla para Dios, por eso se ungen con el Santo Crisma, símbolo sacramental del Espíritu Santo, el altar y los muros, es decir, todo el espacio queda consagrado al servicio de Dios. Porque el templo es el lugar donde se reúne el pueblo de Dios y donde se celebra el culto divino, cuyo centro y ápice es la Eucaristía, memorial sacramental de la muerte y resurrección del Señor. Los muros y paredes se ungen para simbolizar que el verdadero templo son los fieles

que en él entran por el bautismo para formar, como piedras vivas, “*Un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo*” (1 Pe 2, 5). Se dedica a Dios un edificio material, pero el objetivo de éste es que los que en él se reúnen para escuchar la palabra y celebrar los sacramentos, para orar y adorar al Señor, lleguen a ser la Iglesia de Jesucristo. Una iglesia es algo muy distinto a un museo. El rito litúrgico de la dedicación, a través de los distintos símbolos como la bendición y aspersion del agua, las unciones, el incienso, la iluminación, etc., pone de relieve para quién y para qué se levanta una iglesia, algo que, además, se recuerda cada año en el día memorial de la dedicación. Se trata de una celebración muy hermosa en la que sobresale la grandeza y soberanía de Dios así como la importancia de la asamblea de los fieles, que son las verdaderas piedras vivas que entran en la edificación de la Iglesia de Jesucristo.

José María de Miguel González

Testimonio sacerdotal

BODAS DE ORO SACERDOTALES DE DÁMASO GARCÍA GARCÍA

Querido Dámaso:

Quiero hacer un pequeño resumen de tu vida en clave de humor, advirtiéndote que también podría hacerlo de nuestros entrañables hermanos y condiscípulos tuyos: Manuel Almeida, Tomás Amores, Manuel Cuesta, Andrés Fuentes, Daniel Martín, Ovidio Pérez, Leoncio Redero y de José Sánchez Vaquero. Pero me veo en la obligación de agradecer a la Diócesis lo que ha hecho por vosotros; y todos hemos dado gracias a Dios por lo que vosotros habéis hecho por vuestra amada Diócesis.

Allá por el 14 de febrero de 1926 naciste en Frades en casa de nuestros abuelos maternos. Fueron aquellos años difíciles en los que creciste entre los tíos y fuiste siempre el nieto preferido.

Nuestros padres te criaron con mucho cariño a la sombra de la parroquia y raro era el día en que alguno de nuestra familia no iba a la Santa Misa y tú como monaguillo asiduo faltabas pocos días, sin que se te pegaran las picardías de César, Mariano y Marce. Ante aquellas oraciones, trabajos agrícolas y ganaderos agotadores de nuestros padres y de nuestras hermanas, tú tampoco rehusabas arrimar el hombro como el que más cuando ibas de vacaciones del Seminario al pueblo. Digo que aquellos trabajos y vida piadosa hogareña, dieron fruto sembrando en tu alma tu vocación sacerdotal y la mía.

No te olvidarás de nuestra vecina “Teresina” que por un anuncio del periódico que enseñó al párroco, D. Lázaro Mangas, se enteraron de la convocatoria de una beca para ir al Seminario. ¡Qué ilusión tan grande!, y se vio colmada, a pesar de la oposición de los tíos y abuelos, como diciendo que no valdrías: “*no le caerá esa breva a Dámaso*”.

Recordarás que nuestros padres cuando venían a las Sagradas Órdenes que ibas recibiendo lloraban de emoción y sobre todo nuestra madre, más extrovertida, besaba las paredes del claustro del Seminario de agradecimiento que expresaba casi a voces: *¡Benditas son estas paredes, bendito Seminario que acoge y educa a nuestros hijitos!* Mi padre se enternecía y apenas podía hablar y lloraba de emoción, asistiendo a toda aquella escena. Fue la expresión de unos padres y de unas hermanas que vivieron, trabajaron, rezaron para que sus hijos, sus hermanos fueran sacerdotes.

Recordarás aquellos años difíciles en los que el latín entraba juntamente con las algarobas; la filosofía se te daba mejor, y mejor aún la teología en la que, como siempre, no sabías asistir a una conferencia o a una clase sin poner pegas o preguntar por si algún punto no quedaba claro. Recordarás las discusiones que tenías en las clases de D. Miguel García Conde, que estábais como el perro y el gato pero que al final os hicisteis buenos amigos, accediendo por ello él a asistir a tu Primera Misa.

Yo era niño en el Seminario Menor y recuerdo cómo hicisteis reír a nuestro Obispo Fray Barbado, que no era fácil, al presentarle en el claustro de la Pontificia una escena del Quijote, en la que tú, alto y espigado, montaste en flaco Rocinante, hiciste de Quijote y Merlo, bajo y rechoncho, montando en famélico Rucio, de Sancho Panza. Aquellos ágapes que preparábais con D. Constancio Palomo, y con los superiores del Seminario,

aquellos teatros. ¿Ya no recuerdas que íbamos desde Seminario Menor a esas veladas y a mí me encomendaron contarte un acertijo? A ver si me acuerdo:

*Alto, alto como un pino,
Estrecho como una lanza,
Airoso como palmera,
Apenas cabe en la cama.
¿Quién será, quién será, quién será?*

– Pues es D. Dámaso.

El 11 de julio de 1950 cantaste la Primera Misa en Frades y fue todo un acontecimiento religioso y gozoso en todo el pueblo. Tampoco olvidarás que nuestro padre, cada trimestre, más o menos, iba a Guijuelo a vender un ternero para pagar el trimestre en el Seminario. No olvidarás que nuestros padres sacrificaron, con toda ilusión, dos terneros gemelos para tu Primera Misa para celebrar la mayor ilusión de su vida, de nuestros padres y de nuestras hermanas: el que tú fueras sacerdote. Como lo veía yo, y un ejemplo a seguir.

Fray Barbado te destina como Coadjutor de Alba de Tormes y encargado de Amatos de Alba. Recordarás las charlas con D. Miguel, en las que tardabais dos horas en un trayecto de 200 metros desde la parroquia a su casa, cuando nuestra hermana María Rosa pacientemente esperaba y lamentaba lo pesado que se le hacía este rato tan largo, con la cena ya preparada.

Mucho trabajaste en clases, misas, novenas y predicaciones atendiendo a monjas de Hijas de la Caridad e Isabeles. En mayo del 51 te sobrevino una tuberculosis galopante, en la que casi falleces consumido, como la Santa, a unos pasos de su sepulcro. Te llevaron a Frades como para morir en casa (julio-agosto del 51). Tú siempre con ánimo de curarte, te alimentabas por imperativo de la enfermedad y cariñosamente con la aquiescencia y el deseo vehemente de todos. El médico del Arrabal, D. Ángel Pro, y el párroco, D. Juan Francisco, te visitaban; mientras, tú ves y meditas cómo te vas apagando y sienten la necesidad y se ven en la obligación de

llevarte a Los Montalvos, con la esperanza de una curación. Llegas a Los Montalvos, no puedes subir las escaleras, los médicos se muestran pesimistas diciendo: “*¿Para qué traen aquí a este pobre cura?*”. Nadie apostaba por ti, nada más que nuestros padres que no fallaron en su esperanza, diciendo siempre: “*Lo que Dios quiera*”. Tú siempre tuviste una devoción muy ardiente a la Santísima Virgen y confiaste siempre en Ella.

A veces, cuando no podías decir misa nos pedías el cáliz de tu Primera Misa para poder tocarlo y besarlo, con la misma exclamación: “*¿Cuándo, Dios mío, podré decir la Santa Misa?*”.

En los ratos libres en los que ya te tenías en pie intimaste con el padre Capellán, mercedario, y cómo jugabas con los niños, los enfermos, los médicos y religiosas. No olvidemos los suplementos que nuestros padres te llevaban, que no eran otros que los productos de “pocilga” que eran un complemento muy valioso a la comida sanatorial, para combatir una enfermedad tan larga. Tampoco puedes olvidar la actitud de nuestro Obispo, fray Barbado, que tenía siempre muy encargado a nuestros padres que cuando vinieran a verte le informasen a cualquier hora, y sin previo aviso, interesándose por tu salud; nada más hablar con el Sr. Tomás, el conserje, bajaba inmediatamente a interesarse por tu salud. Y de cómo para animar a nuestros padres el Sr. Obispo les decía: “*Verán ustedes, cuando se ponga bueno dámaso, ponemos a sus dos hijos en unos pueblos cercanos, y que el chico –que era yo– le ayude al grande*”. Cosa que no ocurrió porque el año 61 a mi me enviaron al Seminario de Linares y a ti de Capellán a Los Montalvos.

Primero pensaban que te operara el Dr. Villaverde, después avanzaste tanto en tu recuperación que te curaste sin operación. Tú dices que fue la intersección de la Virgen de la Merced, y sabemos bien que no te equivocas. De ahí sale ese entusiasmo y ese gusto que tienes siempre por predicar las glorias y alabanzas a la Virgen, y si es de la Merced, mejor que mejor.

Estuviste unos años como Párroco en Vandunciel, con qué ilusión trabajaste con niños, jóvenes y mayores, qué amistad tan enorme llegaste a sentir con los párrocos de alrededor: *D. Jerónimo*, Párroco de la Mata, que no era fácil por su fuerte carácter, y no digamos con *D. Emilio*, Párroco de Calzada y *D. Ángel*, Párroco de Castellanos de Villiquera, entrañables amigos y consejeros.

El año 61 ponen los Mercedarios la dimisión como capellanes de Los Montalvos. Como tenían tan buen recuerdo de tu hacer, con niños y enfermos, fueron el director, el ecónomo y unas monjas a hablar con fray Barbado para hacerle la petición para nombrarte Capellán de Los Montalvos, y éste accede. Aquí dejas la mayor y la mejor parte de tu vida, empujando a muchas personas para la eternidad, como cariñosamente te hemos dicho, los empujas con todo amor, con todo tu corazón de sacerdote celoso y cuántas veces te hemos recordado con cariño, que cuando te mueras, van a salir a tu encuentro muchos enfermos de toda clase y condición, muchos cojos y minusválidos, sin olvidar que a la vez de estar en Los Montalvos, durante al menos 20 años, fuiste Delegado diocesano de Enfermos. Y es que Dámaso, ¿a ti que te importa el fútbol...? Pero ahí tienes al cura de Los Montalvos conduciendo unos carritos con unos enfermos por el césped del Helmántico, como dando la vuelta al ruedo, enfermos que estaban toda su vida en cuatro paredes, sin salir de su casa a ti, Dámaso, te abrían las puertas del Helmántico y ya era esto todo un espectáculo enorme para ellos, antes de empezar el juego. Qué ilusión te hacía llevar a los minusválidos a la Peña de Francia, al Castañar, y si era necesario, también a los hospitales... Bien sabías lo que hacías al “perder el tiempo” (y lo pongo entre comillas) con estas personas. Cuántas veces te decía nuestra madre, con verdadero amor de madre: *“Mira hijo, que te engañan, que no bajes a enfermos a Salamanca, que si tienen dinero para vicios... mejor es que se paguen un taxi”*; y tú nunca le hacías caso, diciéndola cariñosamente: *“A mí no me engañan. Yo sé muy bien lo que necesitan, aunque me engañen en cuanto a que tengan dinero”*.

Siempre tuviste tiempo para acercarte a la cultura y estar al día, asistiendo a toda clase de conferencias e incluso te hiciste licenciado en Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia, con notas de sobresaliente, en julio de 1978. Sobretudo siempre fuiste y eres ávido de asistir a las conferencias de la Asociación “Alfonso X el Sabio”, haciéndote muy buen amigo y discípulo aventajado del profesor Álvarez Villar.

Cuando te jubilaste de Los Montalvos y te hicieron los homenajes correspondientes, y fueron de la Fundación Rodríguez Fabrés, –sin enterarme, y sin intervenir yo para nada–, a pedirle a D. Mauro que te nombra director de la misma donde sigues en la actualidad sirviendo como siempre a todos. Eres taxista diario de todos, unas veces porque llueve,

otras porque llego tarde a las clases, también por si hay que ir al Pryca, al hospital, por si esta empleada cojea, etc.

A los jóvenes los quieres entrañablemente, les dejas tu coche, te fías de ellos. Y bien saben ellos a quien tienen que acudir.

No olvidemos los cientos de cartas a gentes buenas y sencillas, como a diario escribes. Llamadas telefónicas siempre animando e inculcando el amor a Dios y la Virgen.

Tampoco podemos olvidar el apostolado que has hecho y haces con las monjas: dándoles retiros, ejercicios, charlas de formación cristiana, dirección espiritual y sobre todo como confesor ordinario y extraordinario.

No puedes olvidar sobre todo a las Franciscanas del Rollo, a las de la Madre de Dios, a las de Vera Cruz, a las Oblatas, a las Carmelitas de Cabrera, a las Trinitarias de Villoruela, etc.

Y para terminar quiero recordar una anécdota de la que fue protagonista nuestra madre. Un año en el día de tu santo, el 11 de diciembre, sería por el año 80 u 81 cuando la demandera de las Franciscas llevaba una cestita de manzanas y membrillos de la huerta de las monjas a casa de nuestra hermana M^a Rosa. Mis padres estaban en el salón y oyeron bien la conversación: “*Soy la demandera de las MM. Franciscas y vengo a traerle estos presentes a D. Dámaso con motivo de su santo*”. Mi hermana se lo agradeció mucho, pero nuestra madre, que oyó perfectamente la conversación, le dijo a mi hermana: “*Rosa, haz pasar a esta señora para acá*”, después se dirigió a ésta, diciéndole: “*Mire usted, señora, le agradecemos mucho estos presentes. Pero dígame a la Superiora que lo que necesita mi hijo es una estufita para los pies, que se le quedan helados por las horas y horas que pasa en el confesionario*”. Los que estábamos presentes allí –también nuestro padre– no pudimos por menos que soltar una carcajada a la ocurrencia de nuestra madre.

Pero Dámaso, te digo más. Tú y yo tenemos bolsa común, pero a ti no se te ve una “perra”. Pero ya sabes, no te apures, aquí tienes un hermano, y a nuestras hermanas, cuñados y sobrinos. Todos estamos orgullosos de ti y aprobamos todo lo que haces y como lo haces. Sabemos muy bien que todo lo das, no quieres nada para ti.

Los años que Dios te dé vívelos con garbo, como lo has hecho siempre. Sigue así. Nuestro querido Sr. Obispo, D. Braulio, todos los sacerdotes —en especial tus discípulos—, los feligreses de Morille, los paisanos de Frades, la Fundación Rodríguez Fabrés y todos los que te conocemos te queremos así. Te recuerdan con cariño los de Alba y Valdunciel, y sobre todo tus enfermos. ¡Todos te queremos mucho!

Salamanca, 10 de mayo, año Jubilar 2000, en el Seminario diocesano de San Carlos Borromeo (Calatrava)

Francisco García y García, sacerdote.

Acceso a la figura de Jesús por el arte. Sobre la exposición “Miradas 2000” en el Seminario de Calatrava

Apenas abierta la exposición, Ramón Martín, comisario de la misma, me introdujo en ese recinto de arte y de paz, donde nada chirría porque lo antiguo y lo moderno se articulan apuntando a una verdad, cuyo eco todos perciben, pero de la cual nadie tiene monopolio. Después de aquella primera y apresurada información, hice una visita escuchando las explicaciones, tan sabias como sabrosas, de otro Ramón, nuestro “Moncho”, párroco de Calvarrasa. Y pienso volver siempre que pueda, porque bien merece la pena meditar y aproximarse a la figura de Jesús en ese lenguaje artístico que refleja la experiencia creyente mejor que todas las formulaciones conceptuales. Al final del recorrido por las distintas salas, donde hay obras maestras de pintura y escultura, ya desde la perspectiva teológica, hice unas notas sobre lo que me ha llamado positivamente la atención.

Jesucristo es Palabra que a todos ilumina, y en consecuencia todos tienen derecho a dar su versión. Palabra inagotable, no sólo en los muchos escritos que ha suscitado y suscitará; el cuarto evangelista piensa que “*ni todo el mundo bastaría para contener los libros que se escribieran*” sobre lo que hizo Jesús de Nazaret. Su luz alcanza tonalidades siempre nuevas

porque responde a todos cuando cada uno desde su propia vida plantea interrogantes y busca respuestas. Según la fe cristiana, “el Hijo de Dios en su encarnación, se ha unido en cierto modo con todo ser humano”, y su presencia se refleja de mil formas y con innumerables coloridos en esa humanidad cuyas virtualidades se desvelan en la historia interminable. En la exposición “*Miradas 2000*” habla con lenguaje simbólico del arte, que nos aproxima mejor a la verdad de Jesucristo, precisamente porque sugiere sin definir, y abre caminos sin cerrar el horizonte. En el marco espléndido obras maestras del románico y del arte actual vanguardista, lo antiguo y lo nuevo, se unen tratando de balbucir el misterio, pero aceptando la insatisfacción y la humildad del que sólo vislumbra y sabe que se queda en la antesala.

Integridad humana de Cristo. Con frecuencia entre los mismos cristianos se suele discurrir: como Jesús era Dios, lo sabía todo, nada tuvo que aprender. Se da por supuesto de antemano cómo es la divinidad, mientras que, por otra parte, los mismos cristianos confiesan que “a Dios nadie le ha visto”, y los creyentes descubrimos su rostro en la conducta histórica de Jesús. No hay que partir del dios que cada uno imaginamos en nuestras mentes calenturiantas para después proyectarlo en Jesucristo, sino al revés: partir de cómo fue y actuó Jesús, para barruntar cómo es y cómo actúa el verdadero Dios.. Esa integridad humana, que hace algunos años reclamaban musicales u obras de teatro como “Jesucristo Superstar” o “Jesús Gospel”, es una clave para interpretar esta exposición. “Ahí tenéis al hombre”, sirve de título a una sala de la exposición. Jesús es alguien de nuestra raza humana; lo sugiere bien una escultura donde el niño está en brazos de María y en el fondo aparece la abuela Santa Ana. Cosa rara, incluso hay una lograda pintura en que Jesús es presentado como un joven que comparte con sus compañitos en Nazaret. Aparece también el hombre adulto en quien los niños y las mujeres, sin categoría social, encuentran acogida, respeto y dignidad. El que habla sin reparos sociales con la samaritana y valora más el amor de una mujer pecadora que los cumplimientos impecables del fariseo sin amor. Como los demás mortales, aquel hombre tuvo sus crisis y tentaciones; pero fue capaz de salir siempre de la propia tierra, confiando y entregándose por amor a los demás. Todavía mientras Jesús agonizaba, sus sentimientos de misericordia y perdón alcanzaron y avivaron la esperanza de otro crucificado junto a él. Estos temas y otros

recogidos en las obras de la exposición dejan bien afirmada la integridad humana de Cristo.

Humanidad y divinidad inseparablemente unidas. Resulta tan novedosa como difícil la confesión cristiana: en Jesucristo no hay dos sujetos donde la divinidad se salvaguarde a costa de la humanidad, o ésta deba renunciar a su autonomía por presión de la divinidad. Con mucha frecuencia prevalece un esquema religioso común: Dios como el señor feudal, celoso de su honor, contrario del ser humano; y en esa visión el hombre tiene que defenderse de Dios o contra Dios. La separación y la rivalidad entre lo humano y lo divino destruyen una y otra vez la buena noticia cristiana de la encarnación: en Jesucristo la divinidad no se revela por encima de, junto a y menos aún en contra la humanidad, sino “en” la humanidad. La conducta histórica de aquel hombre es el espacio donde tienen lugar la cercanía benevolente y la obras de Dios mismo. En la exposición de Calatrava se ha superado ese dualismo entre lo humano y lo divino. Ya es elocuente un detalle del título “La figura de Jesús”; la “F” de figura va en mayúscula y en minúscula, no separadas pero sí con distinto color; quizás así los mentores han querido sugerir la fe que la Iglesia: en Jesucristo humanidad y divinidad, manteniendo su condición peculiar cada una, van inseparablemente unidas. Y ciertamente esa unión se percibe como preocupación prioritaria; en un primer plano salta la humanidad; pero las distintas obras, con más o menos garra, remiten a un “más” de amor tan gratuito como inesperado y desconcertante, que Jesús gustó como ternura infinita y expresó en el símbolo “Padre”.

“Mirad el árbol de la cruz”. Es sin duda una clave decisiva en la exposición y responde a un clamor de nuestro mundo, tan avanzado en bienestar, pero desfigurado el mal y el sinsentido. No es sólo “el Cristo de la Zarza”, esa joya del arte románico, “triunfador de la muerte” (Unamuno). Hay tres cuadros con el tema de la cruz que de algún modo vertebran el dinamismo de la exposición. En la primera sala un canto a la cruz enmarcada en el ámbito de la divinidad, con una rasgadura elocuente: Dios se deja imoactar por el mal del mundo. Hacia la mitad de la exposición otro cuadro también vanguardista donde la cruz evoca ese claroscuro de la tierra y de la vida, tal vez sugiriendo esa lenta victoria de la vida sobre la muerte. Y al final de la exposición una gran cruz, llevando sobre sí los despojos de la condición humana, pero también las huellas del

Resucitado. La muerte de Jesús es sin duda la manifestación o epifanía del amor de Dios que nos ama incondicionalmente; y también es manifestación de la humanidad que, alcanzada por esa cercanía divina, es capaz de vivir y morir con amor. Lo que realmente libera no es la muerte cruenta ni el sufrimiento, sino el amor.

Por eso en la cruz ya está presente la resurrección. No sólo como realidad del pasado sino como experiencia presente que vive y celebra la comunidad cristiana: “*no soy yo, es Cristo quien vive en mí*”. Esa buena noticia sólo llega en el encuentro personal que llamamos fe, que no es tanto aceptación intelectual de verdades teóricas, sino entrega existencial en la confianza. El camino que sólo se conoce y se recorre caminando. En esa idea han sido bien seleccionadas obras como el Pelicano Eucarístico, la Cena de Emaús y Aparición a Tomás, evocando la presencia del Resucitado que con su espíritu impulsa y rejuvenece a sus seguidores, asaltados por la decepción y la duda. Un cuadro presenta la resurrección de forma original: la faz transfigurada del Resucitado y una mano invitando: “ven y sígueme”.

Y después del recorrido, como ante la muerte inexplicable de Jesús y de tanto crucificados en la historia, uno se pregunta: *¿dónde está Dios?* Todos percibimos su eco, pero respecto a él siempre andamos de camino. Cuando Jesús con sus padres como un emigrante más tiene que huir a Egipto, cuando comparte con sus paisanos de Nazaret, cuando pide de beber a la samaritana, cuando llora por la muerte de su amigo Lázaro a quien resucita, cuando acoge a los niños y defiende la dignidad de la mujer, allí está Dios. Los primeros cristianos confesaron la divinidad de Jesús recordando sus intervenciones históricas de liberación: “pasó haciendo el bien, y curando a todos los oprimidos por el diablo porque Dios estaba en él”. Da la impresión de que nuestra sociedad vive muy curvada sobre sí misma y cada vez más como si Dios no existiera; quizás sea debido, al menos en parte, a que con frecuencia los mismos cristianos hemos presentado a una divinidad desconectada, cuando no rival del mundo y de humano. Quizás ese olvido de Dios puede ser buena oportunidad para que pensemos cómo hablar sobre Dios desde el mundo y para afirmar lo verdaderamente humano.

....

Esta exposición, como la fe y la teología, recuerda el derecho a lo improbable, a lo no-cerrado, al exceso. Es el pluralismo de significaciones unificadas en el misterio de lo no dicho. Si uno se acerca preguntándose “¿quién soy yo, Señor?”, al terminar la visita llevará grabada la saludable pregunta “... y vosotros ¿quién decís que soy yo?”

Jesús Espeja, o.p.
Profesor de Cristología.

25 Aniversario del beato José María Escrivá

“Sabedlo bien: hay un lago santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir” (beato José María Escrivá, Conversaciones, 114). Son palabras que el fundador del Opus Dei pronunciaba en el Campus de la Universidad de Navarra en el año 67 y que expresan un convencimiento profundo: la vida cristiana es vida de santidad. Es fácil que los dones más extraordinarios que hemos recibido pasen ocultos a nuestra mirada, que no sean objeto de nuestra atención. La vida del fundador del Opus Dei constituye un despertador que llama a la vigilia a nuestra alma, siempre inclinada a posarse sobre nuestro propio yo y a perder de vista ese algo divino que se oculta detrás de cada una de nuestras acciones. Conseguir la santidad con lo de todos los días, hacer que lo pequeño sea grande, es la tarea que nos permite descubrir nuestra verdadera dignidad.

En efecto, hay una luz, un tesoro que, al alcance de todos, queda a muchos por descubrir: la dignidad de ser hijos de Dios. *“La valoración consciente que el bautizado debe hacer de su elevación, más aún de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios”*, ha dicho con palabras del Papa Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam Suam*.

El beato José María Escrivá redescubrió a aquellos estudiantes y obreros que le rodean en los comienzos del Opus Dei, su filiación divina. Fue quizás la idea fundamental que les llevó a sentirse felices, buscando su santidad en medio de la calle, con una contagiosa dedicación a Dios, a los

demás y a la sociedad entera. Dedicación a través de su trabajo profesional y del cumplimiento de las responsabilidades familiares, cívicas y sociales que a cada uno le competen.

Más de ochenta mil miembros de esta Prelatura, extendidos en los cinco continentes, saben que *“salvarán este mundo nuestro, permitid que lo recuerde, no los que pretenden narcotizar la vida del espíritu, reduciendo todo a cuestiones económicas o de bienestar material, sino los que tienen fe en Dios como luz orientadora para la acción y la conducta. Porque el Dios de nuestra fe no es un ser lejano, que contempla indiferente la suerte de los hombres. Es un Padre que ama ardientemente a sus hijos, un Dios creador que se desborda de cariño por sus criaturas y concede al hombre el privilegio de poder amar, trascendiendo así lo finito y lo transitorio”*, decía el beato José María en un acto académico, el 4 de mayo de 1974.

Esta confortadora realidad se extiende a millones de personas, amigos, parientes y compañeros de los miembros de la Obra de todas las razas y condiciones del mundo entero. Baste decir, por no extender más este comentario, que la consideración de la filiación divina es una luz de la que se desprende un programa de vida que puede significar el camino de la propia felicidad humana y eterna, a la vez que fuerza para ir edificando un mundo mejor.

Así lo entiendo, y así lo celebro —el 26 de junio— en este vigésimo quinto aniversario del nacimiento a la otra vida del beato, fundador de la Prelatura del Opus Dei.

Manuel Cuesta Palomero